
NOCHEVIEJA
CON EL ENEMIGO
ELLIS NYX

NOCHEVIEJA CON EL ENEMIGO



ELLIS NYX

NOCHEVIEJA CON EL ENEMIGO

Para contactar con la autora:
ellisnyx@gmail.com

ISBN 9798892927611
Copyright © 2025 Ellis Nyx
Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se usan de forma ficticia, por lo que cualquier semejanza con hechos, personas, lugares o empresas reales, existentes o que hayan existido, es puramente casual.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en forma alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de archivo o recuperación de información, sin la autorización escrita de la autora, a excepción del uso de breves citas en reseñas críticas.

ÍNDICE

Prólogo
1. Sam
2. William
3. Sam
4. William
5. Sam
6. William
7. Sam
8. William
9. Sam
10. William
11. Sam
12. William
13. Sam
14. William

Epílogo: Sam
Epílogo: William
Mantente en contacto con la autora

PRÓLOGO

Un coro entero de voces armoniosas avanzaba con aire amenazante hacia mí. Un grupo de niños, con expresiones exageradamente entusiastas, estaba a punto de asaltarme entonando rimas sobre gnomos y renos. Un estruendo anunció el comienzo de los fuegos artificiales. ¿Por qué? ¿Con qué objetivo? Nadie lo sabía. Era 13 de diciembre y en Winter Hollow no había ninguna celebración especial, salvo esa locura que todos conocíamos como la alucinación navideña colectiva.

A mí me encanta la Navidad, de verdad. Fue una de las razones que me empujaron a quedarme en este pueblito perdido de Vermont cuando, cinco años atrás, mi novio —Dustin, el grandísimo capullo Bloom—, tras traerme aquí a vivir, se marchó.

—Hay demasiada gente que me conoce por mi nombre, Sam. Necesito la alienación de la gran ciudad —había dicho, como si fuera una estrella de rock. Solo era un idiota con un ego enorme y pomposo.

Aun así, en cuestión de pocos meses, eché raíces. Invertí en mi vida tomando lo que, a simple vista, parecía una decisión de locos: quedarme solo en un lugar con cuatro gatos, en una comunidad que amaba tanto la Navidad que empezaba a celebrarla en agosto.

Hoy en día, me he convertido en uno de los carpinteros más conocidos de Winter Hollow y tengo mi propio taller de creaciones artesanales. Vendo lo suficiente para costearme un diminuto apartamento al lado de la calle principal.

Pero el Snow Dream, la posada que tenía delante, era mi oportunidad para dar el gran salto. Era mi primer encargo importante para un negocio. Otras ocasiones se habían esfumado en mis narices, pero el Snow Dream era el hotel más relevante de la zona. Cuando Brandon, su dueño, me contactó para pedirme un presupuesto, me compré una botella de cien dólares para celebrarlo. Él mismo se presentó en mi taller mientras trabajaba en los relieves de una mesa para Mary Jane Percer. El hotel requería un cambio total de mobiliario: salón, vestíbulo y treinta habitaciones. Brandon me explicó sus ideas y, aunque por fuera mantuve la compostura, por dentro estaba bailando samba con un daiquiri en la mano. Joder. Era mi ocasión de demostrar que no había sido un idiota al dejar Nueva York ni a Dustin —ese maldito imbécil— y tomar una decisión que muchos habrían considerado un disparate.

Hoy tenía que entregarle a Brandon el proyecto y el presupuesto, y firmar el contrato. Llevaba conmigo los papeles, los bocetos e incluso el bolígrafo.

Entré en la posada procurando que mis nervios no se notaran. La luz cálida de la chimenea iluminaba las paredes de madera y cada detalle parecía estar pensado para acoger a los clientes con cariño. Eché un vistazo a mi alrededor. Brandon charlaba con una mujer junto al mostrador de recepción. Me acerqué y vi un destello de inquietud en su rostro.

Una mala corazonada me revolvió el estómago.

Brandon se separó de la clienta y se me adelantó, como si no quisiera que pasara de la entrada.

—Sam, ¿quedamos hoy? —Se pasó el mechón de pelo hacia atrás, y supe que estaba tenso.

Yo, por mi parte, dejé de respirar. ¿Qué estaba pasando?

—He venido a traerte el presupuesto.

Él vaciló apenas un segundo, pero bastó para poner mis alarmas en marcha.

—Sam, tenemos que hablar...

Fue en ese instante cuando reparé en la carpeta que sostenía. Era evidente que mi cerebro había decidido ignorarla hasta entonces. El rótulo lo dejaba claro: Proyecto Snow Dream, contrato firmado.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando los documentos.

Brandon puso cara de circunstancias.

—Es el presupuesto que hemos aceptado. William lo entregó ayer.

Sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. William Morlow. Siempre él. Ese cabrón de sonrisa embaucadora y actitud de "ven y cómprame" que me daban ganas de reventar a cabezazos todas las estanterías de mi taller. Cada vez que pensaba que por fin conseguiría destacar, él encontraba la manera de robarme la escena.

—Espera un momento. ¿William entregó qué?

Brandon se encogió de hombros, como si no estuviera arruinándome la vida.

—William presentó un presupuesto más bajo que el que me habías adelantado y, además, prometió terminar el trabajo dos meses antes. Ya sabes cómo funciona esto, Sam. No es nada personal.

¿Que no es personal? Era tan personal como un rodillazo en la espinilla con la fuerza de un camión a toda velocidad.

—Brandon, habíamos llegado a un acuerdo. Viniste a buscarme para que te hiciera algo que representara tu posada y el alma de Winter Hollow, no esos muebles desabridos de William.

—Sam, de verdad, no quería perjudicarte. Pero también tengo que mirar por los costes...

Dejé de escuchar. Me fui directo a por el culpable de mi desgracia, a quien había visto dirigirse hacia la zona del bar: William.

Lo encontré cerca de la barra, charlando con alguien como si fuera el tipo más tranquilo del planeta. Al verme, su sonrisa se ensanchó, como si supiera perfectamente lo que estaba a punto de soltarle y estuviera impaciente por contemplar el espectáculo.

—Sam, qué gusto verte.

Capullo. No soportaba ni su voz aterciopelada, que me daba ganas de estrangularlo con mi metro de carpintero.

—No finjas que te alegras de verme —espeté—. ¿Qué demonios creías que hacías quitándome el trabajo?

Tendría que calmarme, pero ya me daba igual perder la compostura. Lo único que quería era soltarle un puñetazo. No era la primera vez que me tocaba lidiar con sus golpes bajos. Y pensar que, en un arrebato de desesperación tras la marcha de Dustin, incluso consideré la idea de sentir algo por él. Todo por ese cuerpo musculoso, el pelo oscuro y corto, y una mandíbula que pedía a gritos ser mordida. Nos encontramos una noche en el pub —en un lugar tan pequeño es imposible no cruzarse—, pero nunca habíamos hablado. Yo estaba un poco borracho por culpa de Dustin, y él parecía triste por algún motivo. Me planteé decirle de irnos juntos, pero entonces mencionó a su chica. Claro, era hetero. Y por eso, sobrio, jamás se me habría ocurrido fijarme en

él de esa manera.

Sin embargo, después de aquella noche, cada vez que trataba con William Morlow me arrepentía de haberlo mirado siquiera.

Como ahora, mientras se limitaba a sonreírme.

—He preparado un presupuesto, igual que tú. Y Brandon ha elegido al mejor. Siempre acabo siendo yo, ¿verdad?

—Todavía no había presentado el mío, y tú le sonsacaste mi cifra para rebajar la tuya. Has bajado los precios a niveles ridículos solo para arrebatarme el trabajo. Eso no es competir, es puro sabotaje. Querías robarme el encargo.

Él se metió las manos en los bolsillos e inclinó la cabeza.

—Sam, esto es solo trabajo. Si no aguantas la presión, quizá no estés hecho para este mundillo.

—¿Que no estoy hecho? ¿Quieres comprobarlo? Porque te aseguro, William, que tus creaciones solo sirven de leña para la chimenea.

La gente de la posada nos observaba; sus miradas iban de mí a William, como si siguieran un partido de ping-pong. William ni se inmutó. Al contrario, parecía divertirse.

—A lo mejor deberías centrarte menos en mí y más en mejorar tus propios proyectos.

—Y tú podrías dejar de comportarte como un bastardo sin escrúpulos.

Brandon se acercó, intentando calmar los ánimos.

—Sam, William, por favor. No quiero que arruinéis la velada de los huéspedes. Estoy seguro de que podemos arreglar esto con tranquilidad.

—¿Con tranquilidad? —repetí, incrédulo—. Brandon, le has dado un trabajo que ya era mío a un… un…

—¿Un genio de los negocios? —sugirió William con una sonrisilla.

Lo taladré con la mirada.

—Un parásito.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. William avanzó un paso y su sonrisa se desvaneció al fin.

—Cuidado con lo que dices, Sam. No quiero que hagas más el ridículo de lo que ya lo estás haciendo.

—Perdona si no tengo tu estilo. No todos sabemos fingir profesionalidad impecable mientras apuñalamos a los demás por la espalda.

—No es culpa mía que no sepas gestionar tu negocio —replicó.

Respiré hondo, tratando de contener el enfado.

—Esto no se ha terminado, William —dije, señalándolo con el dedo—. Esta guerra apenas empieza.

Él volvió a sonreír, aunque esta vez sus ojos mostraban algo más sombrío.

—Estaré encantado de presenciarlo, Sam.

Me di la vuelta y salí de la posada con la sangre hirviéndome y unas ganas locas de hacer trizas todos sus sueños.

SAM



UN AÑO DESPUÉS

Había días en que todo parecía marchar más o menos bien y otros en que William Morlow decidía arruinarme la vida. Hoy, desde luego, tocaba de los segundos. Había pasado un año desde que aquel bastardo me birlara el gran contrato de la posada, y me gustaría decir que, desde entonces, había aprendido a soltarlo, que no había pasado noches en vela tramando cómo sabotear cada uno de sus proyectos. Pero sería mentir. La verdad es que, cada vez que oía su nombre, algo dentro de mí se quebraba.

No era la simple idea de competir: una competencia sana hasta habría podido darme la motivación para superarme y trazar nuevas metas. El problema era que William se comportaba como un auténtico capullo. Quería ser el primero y no dudaba en pisar a quien fuera para conseguirlo. Y ahora, su nombre lucía a lo grande en el cartel frente al Ayuntamiento de Winter Hollow:

"Proyecto de trineos navideños: a cargo de William Marlow."

Trineos. ¿No había sido suficiente con arrebatarme el trabajo de amueblar el hotel? ¿Ahora también se quedaba con los trineos navideños? Parecía que el universo quería ensañarse conmigo. Lo irónico era que amo esta época del año: la Navidad, las luces, esa calidez que invade el pueblo pese al frío. Pero ver el nombre de William asociado a algo tan simbólico me daban ganas de volcar todos los árboles decorados.

Guardé mis herramientas. Llevaba semanas elaborando un proyecto detallado para esos trineos. Me había imaginado la madera pulida, los relieves que harían de cada pieza algo único, la cara de asombro del consejo municipal al ver mi trabajo. ¿Y qué pasó? El Ayuntamiento decidió que "Marlow Artesanías" era la mejor opción para fabricar los trineos del próximo año.

Era 27 de diciembre. Las luces y los adornos brillaban tras la ventana de mi taller, acompañados por villancicos procedentes de algún rincón de la plaza. Una melodía dulce que normalmente adoro, pero que ahora se me antojaba un auténtico suplicio. Me volví hacia la bolsa abierta sobre el banco de trabajo y eché la ropa que había decidido llevarme. Tenía que dejar de dormir en el taller, pero en mi apartamento a menudo me sentía un intruso. A decir verdad, no necesitaba mucho: un par de jerséis, vaqueros y la esperanza de que una breve escapada me devolviera algo de claridad mental.

La puerta del taller se abrió de pronto, dejando entrar una ráfaga de aire helado y a mi mejor amigo, Matt, con ella. Llevaba el gorro ladeado y la bufanda medio suelta, como si se la hubiera puesto a toda prisa.

—¿Qué haces? —preguntó al tiempo que cerraba tras de sí y se sacudía la nieve de las botas. Su tono mezclaba curiosidad y preocupación—. Tienes cara de loco.

—Gracias por notarlo —rezongué, metiendo otro jersey en la bolsa—. Me largo.

—¿Adónde, exactamente? ¿Y por qué parece que huyes de la escena de un crimen?

Me detuve, apoyando las manos sobre el banco para inspirar hondo.

—No huyo de nada. Solo necesito marcharme unos días.

Matt arqueó una ceja, ese gesto que siempre indicaba que no me lo iba a poner fácil.

—Sam, por favor. No me digas que esto tiene que ver con ese cartel frente al Ayuntamiento.

Me giré hacia él y crucé los brazos.

—¿Y si así fuera? William se ha quedado también con ese proyecto. Estoy harto, Matt. No puedo seguir fingiendo que no me importa. Me iré a la cabaña de Brian para despejarme un poco. Esto de perder siempre me está matando.

Matt soltó un suspiro y se acercó, apoyándose en el banco a mi lado.

—¿De verdad crees que aislarte en una cabaña lo resolverá? ¿Por qué no vienes con Emily y conmigo en Nochevieja? Prepararemos una cena tranquila, vemos una peli y no hablamos de William, te lo prometo.

Se me escapó una sonrisilla.

—A Emily le caía genial cuando estaba con Dustin, ¿lo recuerdas? Ahora, cada vez que me ve, parece preguntarse por qué no me largué con mi ex lejos de Winter Hollow.

Matt negó con la cabeza.

—Anda ya. Emily y yo discutimos un montón, y tú eres el amigo al que le toca aguantar las broncas. Pero ella te quiere y se preocupa por ti. Además, Sam, no puedes seguir pensando que todo gira en torno a Dustin. Han pasado seis años. Te quedaste aquí por ti, no por él. Has levantado algo propio y la gente te respeta, te valora. No puedes dejar que un idiota como William te lo arruine.

Guardé silencio, contemplando la nieve tras la ventana. Sabía que tenía razón, pero esa sensación de vacío seguía instalada en mí, pegajosa como una mancha difícil de limpiar.

—Tal vez me equivoqué al quedarme —murmuré—. Después de que Dustin se marchó, todo se volvió cuesta arriba, pero yo creía en esto. Vine con él y ahora no sé si hice bien en quedarme sin él. ¿Realmente quería esto?

Matt se volvió hacia mí, cruzando los brazos.

—Te lo he dicho mil veces y te lo repetiré otras tantas: Dustin no pinta nada en lo que eres ahora. Este taller, tu clientela, todo lo que has construido es tuyo. ¿Y sabes qué? Si no ves tu propio valor, eres un gilipollas.

Aun así, solté una pequeña carcajada.

—Gracias por los ánimos. Pero necesito un poco de espacio. Necesito pensar.

—¿En qué?

—Ya lo sabes.

Matt dio un paso hacia mí.

—No me digas que estás pensando en largarte de Winter Hollow.

Apreté la mandíbula. Él era la única persona de este lugar a quien sentía que le debía una explicación. Logré integrarme: la gente me tomaba aprecio, pero al cerrar la puerta de sus casas, yo seguía siendo el forastero, el carpintero al que abandonó su novio. Matt jamás me vio así. Tenía una tienda de ropa al otro lado de la calle, la dirigía con su esposa y, desde el primer día, me regaló su tiempo, su atención y su cariño... incluso dejó que le ganara a los dardos en el pub.

—Tengo que valorar mis opciones, Matt.

—No.

Solté un suspiro.

—¿Cómo que no?

—Que no te vas. Te necesito, amigo.

Mierda, lo decía en serio. Aparté la mirada.

—No quiero volver a ver a ese capullo.

Matt se quitó el gorro, dejando escapar su pelo rojizo y resaltando sus pecas. Apretó la lana para contenerse.

—¿Te escuchas? ¿De verdad vas a cambiar tu vida por culpa de ese imbécil?

Busqué el cargador del móvil con la mirada.

—No es solo William y su maldita obsesión por ser mejor que yo. ¿Qué estoy construyendo aquí? ¿Qué estoy haciendo en realidad?

—Sam, para —dijo, cogiéndome de la muñeca—. Es culpa de la Navidad. Es una época preciosa, pero también puede ser un bajón. Parece que debas estar contento sí o sí, pero no pasa nada si te sientes de mala leche, tío. Puedes estar de mal humor, pero quédate aquí. Conmigo.

Lo miré a los ojos.

—Necesito despejarme. Necesito estar solo para pensar.

Matt me sostuvo la mirada unos segundos, luego alzó las manos en gesto de rendición.

—Vale, pero que sea con un plan, ¿eh? ¿Sabes cómo funciona la chimenea de la cabaña de Brian? No es de esas de pega, es auténtica. ¿Has revisado el parte meteorológico? Porque como caiga una nevada brutal, ni de coña voy a rescatarte en moto de nieve.

Me eché a reír. Era tan típico de él: siempre sabía cómo aliviar la tensión y hacerme sentir mejor.

—Sí, sé encender una chimenea. Sí, miré el tiempo. Y no, no me perderé en el bosque.

—¿Y si te topas con un oso? —siguió Matt, arqueando una ceja.

—Matt, por favor, esto es Winter Hollow. Está todo controlado.

—Eso dices tú. —Se acercó y me dio un abrazo breve pero intenso—. Prométeme que estarás bien. Y mándame mensajes. Si no lo haces, iré a sacarte de allí. Con oso o sin oso.

—Lo prometo —contesté, apartándome—. Gracias, de verdad.

Cuando se fue, me quedé un momento mirando mi bolsa.

Tomé aire y salí, decidido a dejar atrás el caos navideño de Winter Hollow.

Al menos, ese era el plan.

WILLIAM



El café casi se había enfriado, pero no me apetecía calentarlo. Lo había preparado para ella, más por costumbre que por auténtica amabilidad, consciente de que Elisa seguía esperando su ritual matutino aunque lleváramos un año separados. Seguía ahí, de pie en mi cocina, tan impecable como siempre, con la tablet en la mano y esa determinación fría que me hacía sentir como un aprendiz novato, en lugar de un hombre adulto.

—Tienes que admitir que este año ha sido excelente —comentó, sonriendo mientras deslizaba el dedo por la pantalla—. Encargar los trineos navideños fue un golpe maestro. Mientras tanto, las ventas online han subido un veinte por ciento, y casi no nos quedan existencias de la línea de decoraciones invernales.

—Gracias por el informe —respondí, apoyándome en la encimera. Mi voz sonaba sarcástica, pero a ella le dio igual. Pasaba por completo de mis reacciones.

—Creo que me merezco un premio, William. ¿No crees?

—¿Tú?

—Sin mí, seguirías tallando relojes de cuco para las abuelitas del pueblo.

Sus palabras me alcanzaron de lleno, pero ya estaba acostumbrado. Esa era la forma de motivar de Elisa: herir para hacer espabilar. Y en parte tenía razón. Ella me había transformado, aunque a veces me preguntaba a qué precio.

—Hace años que no tallo relojes de cuco —repliqué, esforzándome por mantener un tono neutral—. Pero, dime, ¿qué premio quieres? Ya cobras una buena comisión de mis ganancias.

Su mirada se volvió maliciosa.

—Si no fueras mi ex, quizás te pediría algo para hacerme feliz. Eras muy bueno con la lengua, buenísimo. Te enseñé bien.

La odiaba cuando se ponía así. Era hermosa, encantadora, y con más de cuarenta seguía siendo incluso más sexy. Pero esa forma suya de tratarme, que antes me encendía, ahora solo me incomodaba.

—Lo nuestro se acabó, Elisa. Como mucho, puedo ofrecerte un café.

—Aburrido. Te has vuelto un muermo. Todavía no comprendo por qué, después de todos esos años, decidiste cortar. Éramos la pareja perfecta.

Que ni siquiera lo entendiera solo confirmaba que había tomado la decisión correcta.

—Centrémonos en el trabajo, será mejor.

—Como quieras —dijo, apartando la vista de la tablet para volver a fijarla en mí—. Tienes razón: no perdamos de vista los objetivos que de verdad importan. Tú, William, aprendiste a pensar en grande. Y ahora tienes un nombre, una marca. Eres un artesano de éxito con varios empleados. Pero el éxito hay que alimentarlo. No puedes quedarte quieto.

Me froté la nuca, sintiendo la presión de siempre cada vez que manteníamos estas conversaciones.

—No estoy parado. Trabajo todo el tiempo.

—Trabajar no basta —replicó, dejando la tablet en la mesa—. Hay que moverse con estrategia. Ser el primero, el mejor.

Suspiré.

—No puedo ser siempre el mejor, Elisa. Y tampoco quiero serlo a cualquier precio.

Su sonrisa se convirtió en una mueca.

—Ahí es donde te equivocas. Pensaba que ya habíamos superado esa fase tuya tan idealista.

Me quedé en silencio, mirando mi taza. ¿Idealista? ¿De verdad me veía así? ¿Un hombre empeñado en hacer las cosas correctamente, aun a riesgo de perder? Durante años habíamos ignorado los límites, arrasándolo todo. ¿Qué más quería?

—Hablando de moverse con estrategia —continuó, con ese tono que reconocía al instante: veneno envuelto en azúcar—, ¿has pensado en lo que te dije sobre el alcalde?

Alcé la mirada, confundido.

—¿Sobre el alcalde? No… ¿a qué te refieres?

Elisa rodeó la encimera con la elegancia de un felino que acecha a su presa.

—Necesitas entablar una relación directa con él. Es nuevo, joven y gay. Justo el tipo de persona que podría convertirse en un aliado valioso. Y, casualmente, adora el arte y la artesanía. Le encanta ser el centro de atención. Tú podrías dárselo.

—Elisa, ¿qué estás diciendo?

—Invítalo a cenar —siguió, pasando por alto mi pregunta—. Una velada elegante, una charla amena. Déjale ver lo encantador que eres. Hazle entender que eres la opción natural para la reforma del Ayuntamiento. Es muy poco lo que tienes que invertir, William, y la ganancia podría ser enorme.

Noté la tensión invadiéndome, así que dejé la taza sobre la encimera con un golpe seco.

—¿Quieres que lo use? ¿Eso me estás sugiriendo? ¿Que lo invite a cenar con segundas intenciones?

Elisa bufó, como si yo acabara de decir una tontería.

—No estoy hablando de engañarlo. Hablo de generar un vínculo. Eres mayorcito, William. Así funciona el mundo. Networking, ¿te suena? ¿De verdad crees que los contratos se consiguen solo con presupuestos y sonrisas afables?

—No lo haré, olvídalo. Tenemos que poner ciertos límites.

Ella abrió los brazos, como si yo estuviera complicándolo todo, y entornó los ojos.

—¿Límites para triunfar o para fracasar?

—Basta.

—Explícame dónde está el problema, William. ¿Te parece inmoral ir a cenar con el alcalde? ¿Por qué te cuesta tanto mostrar tu ambición? Te conozco: sé que la tienes. Quieres ir más allá de Winter Hollow, ganar dinero, labrarte un nombre, hacer que tu padre se sienta orgulloso.

Apreté mi taza de nuevo, sin decir nada. ¿De verdad todavía deseaba todo eso?

—Nadie va a juzgarte por salir a cenar con el alcalde. Y si llega a surgir algo entre vosotros, ¿no sería mejor?

Negué con la cabeza, apartándome de la encimera.

—No soy ese tipo de persona. No pienso fingir interés en alguien solo para llevarme un encargo. No pienso ponerme en esa situación para conseguir la restauración del Ayuntamiento. Ya nos hemos quedado con los trineos del año que viene. Con eso basta. Se acabó la discusión.

Elisa me miró unos instantes, con una mirada aún más afilada de lo normal. Luego soltó un largo suspiro.

—¿Sabes cuál es tu problema, William? Te encanta la idea del éxito, pero no estás dispuesto a pagar el precio. Quieres que te vean como el chico bueno. Pero el mundo no premia a los chicos buenos, premia a los listos. Y tú, cariño, aún tienes mucho que aprender.

Me volví hacia ella, notando cómo la rabia me oprimía la garganta.

—Prefiero mirarme al espejo sin sentir vergüenza. Y créeme, ya me cuesta bastante.

—¿Vergüenza? —rió Elisa, con un sonido más helado que el hielo—. No hay nada vergonzoso en hacer lo que sea necesario para ganar. Y cuando veas a otro firmar ese contrato con el Ayuntamiento, quizá lo entiendas. ¿Quieres que sea Sam cómo-se-llame el que se lleve el trabajo? ¿Ese mediocre vendedor de mesas?

La forma en que Elisa se movía de un lado a otro de mi cocina me sacaba de quicio. Era como contemplar un metrónomo: elegante, firme y condenadamente irritante. El repiqueteo de sus tacones en el suelo parecía sincronizarse con mis nervios desquiciados.

—Elisa, ya te dije que no —musité, intentando mantener la calma mientras terminaba mi café frío.

—Y yo ya te dije que no es negociable —replicó, sin ni siquiera mirarme, ocupada revisando algo en su móvil—. Tenemos la ocasión perfecta para que lo conozcas.

Dejé la taza sobre la encimera.

—¿Qué ocasión?

—Tu fiesta de Nochevieja.

—No he organizado ninguna fiesta de Nochevieja.

Por fin se detuvo, levantando la vista del teléfono para clavar en mí esos ojos azules y gélidos.

—No te preocupes. Ya me encargué de todo. Las invitaciones están enviadas. Una gran fiesta de Fin de Año en esta maravillosa casa comprada con el dinero que ganaste gracias a mí. Será la forma perfecta de romper el hielo con el alcalde.

La cabeza me daba vueltas.

—Elisa, ¿estás de broma? ¿Has organizado una fiesta en mi casa sin consultarme?

Ella se encogió de hombros, como si fuera lo más normal del mundo.

—William, no lo entiendes. Esto no es solo una fiesta: es una oportunidad. Necesitas ese contacto con el alcalde si quieres conseguir el proyecto. Y no hay mejor manera de estrenar el año.

Me masajee las sienes, conteniendo las ganas de gritar.

—No daré ninguna fiesta. No voy a “usar” al alcalde ni a nadie para conseguir un contrato. Eso no va conmigo.

Ella soltó una carcajada, un sonido bajo y gélido que me hizo apretar los puños.

—Ay, William. Justo eso es lo que eres. ¿O se te ha olvidado cómo conseguiste el encargo de los trineos? ¿O el contrato con la posada el año pasado? No seas hipócrita.

—Aquellas fueron decisiones delicadas, sí, pero nunca manipulé a nadie.

Elisa arqueó una ceja, desafiante.

—¿De veras? Claro, porque de ese trabajo sucio me ocupo yo. Prefieres que lo haga todo por ti y luego te presentas a recoger las ganancias.

Tomé aire profundamente.

—Tienes que dejar de manejar mi vida.

Ella soltó una risita y avanzó con pasos estudiados.

—William, por favor, no dramatices. Si no fuera por mí, seguirías siendo un carpintero de pueblo, calculando las monedas para llegar a fin de mes. Fui yo quien te convirtió en un empresario de éxito, quien te enseñó a ver más allá. Deberías darme las gracias.

La miré, sintiendo cómo la rabia me ardía en el pecho.

—Y a cambio, me he ganado la fama de ser un capullo. Le he jodido la vida a Sam Evans —porque así se llama—, quitándole un trabajo tras otro solo porque tú decías que había que aplastarlo para ganar. No hacía falta aplastarlo, maldita sea: fue crueldad, pura crueldad.

Elisa se echó a reír, como si acabara de contarle un chiste.

—¿Sam Evans? ¿Ese paleto con ínfulas de carpintero? Debería darte las gracias por mostrarle lo duro que es el mundo real. Tal vez así al fin se largue a su casa.

Su risa me heló la sangre. ¿Cómo había podido pasar años con alguien tan frío y calculador? ¿Cómo no vi antes lo venenosa que era?

—No daré ninguna fiesta. Y si insistes en hacerla, hazla tú, pero sin mí.

Se paró, ladeando la cabeza como si evaluara mi determinación. Luego se acercó demasiado y me acarició el pecho con un gesto lento, casi seductor.

—William, sabes que hago esto por tu bien, ¿verdad, cielo? No querrás echarlo todo a perder por un momento de debilidad.

Me aparté, sintiéndome sucio con solo rozarla.

—No me toques. Ya no estamos juntos. Y esto, Elisa, no va de mi bien. Es tu juego, y yo paso de él.

Por un momento, algo parecido a un atisbo de humanidad cruzó sus ojos, antes de desvanecerse. Luego, con un largo suspiro, dijo:

—¿Y qué piensas hacer? El alcalde ya tiene la invitación. Tampoco hace falta que te lo tires...

—Ni de coña estás hablando en serio… ¿Te oyes?

—Estás pasando por un arrebato, ya se te pasará. Pero que no te dure más de un par de días, cariño.

Me di la vuelta y me dirigí a mi habitación. Cogí una bolsa de deporte del armario y empecé a tirar dentro la primera ropa que encontraba: vaqueros, jerséis... lo que fuese.

Elisa apareció en la puerta, brazos cruzados y una sonrisilla desdeñosa.

—William, estás actuando como un crío. No puedes largarte cada vez que las cosas se ponen feas.

Me volví hacia ella, sosteniendo la bolsa.

—Mira, Elisa. Por primera vez en años, estoy tomando una decisión por mí mismo. Y no tienes nada que opinar.

Ella negó con la cabeza, como si todo estuviera perdido.

—Haz lo que quieras. Pero cuando regreses, con el rabo entre las piernas y sin perspectivas, no te atrevas a pedirme ayuda.

No respondí. Me limité a pasar por delante de ella, abrir la puerta y cerrarla de un portazo. Sentí una ráfaga de libertad, aunque sabía que no duraría mucho.

Cerré de un golpe la puerta de la pickup, tan fuerte que el eco resonó en el aire helado.

Tenía el corazón a mil y las manos me temblaban mientras introducía la llave en el contacto.

¿Qué coño estaba pasando con mi vida?

Elisa había rebasado todos los límites. ¿De verdad se atrevía a decirme con quién acostarme para conseguir un contrato? ¿Tenía el descaro de organizar una fiesta en mi casa sin consultarme? ¿Cómo demonios había permitido que tomara tanto control?

Arranqué el motor, respiré hondo e intenté contener la rabia. Pisé el acelerador y dejé atrás la entrada de la casa, enfilando las calles del pueblo.

Winter Hollow era puro paisaje de postal, de esos por los que cualquiera pagaría con tal de disfrutarlos al menos un día. Las luces brillaban por doquier, desde los escaparates hasta las ventanas de las casas. Guirnaldas iluminadas formaban arcos en las calles, y cada rincón rezumaba un ambiente festivo que, en teoría, debía reconfortar a cualquiera. Pero no a mí.

Elisa me había conocido siendo apenas un chaval con pasión por la madera. Aún recordaba el día en que nos vimos por primera vez: yo vendía mis primeras creaciones en un mercadillo. Ella se acercó, tan elegante y segura, y señaló una de mis piezas.

—Tienes talento, chico, pero sin una visión, no llegarás muy lejos.

Y no se equivocaba. Me tomó de la mano, me empujó más allá de mis propios límites y levantó conmigo un negocio que jamás habría soñado dirigir solo. Sin Elisa, a estas alturas seguiría tallando cuencos y relojes de pared.

Me lo había dado todo.

Pero ¿a qué precio?

Apreté más el acelerador, haciendo que la pickup diera un salto al topar con un bache oculto por la nieve. La misma pregunta resonaba en mi cabeza: ¿era feliz? Porque la verdad, no lo parecía. Al girar la esquina, distinguí la plaza principal, un pequeño paraíso invernal iluminado hasta el último detalle. Un enorme árbol de Navidad se alzaba en el centro, adornado con luces blancas y rojas que se reflejaban en la nieve.

Recordé aquella vez en que Sam Evans y yo hablamos de cómo decorar ese árbol. Sucedió una noche en el pub, y casi llegué a creer que él…

Sacudí la cabeza para apartar la idea. Me odiaba, sin duda.

Solté un suspiro y dejé que la pickup se deslizara más allá del límite del pueblo. Poco a poco, las luces y el bullicio de Winter Hollow quedaron atrás mientras entraba en la zona boscosa. La nieve se hacía más espesa y los árboles desnudos flanqueaban la carretera, como centinelas silenciosos. Mis pensamientos iban y venían sin rumbo, aunque tenía clarísimo que necesitaba alejarme todo lo posible.

Entonces recordé las llaves. Abrí la guantera con una mano y rebusqué hasta dar con ellas: un llavero de cuero que Brian me había regalado meses atrás. Eran las llaves de su cabaña.

—Si algún día necesitas desconectar, colega, ya sabes dónde está.

Me detuve en el arcén y contemplé el llavero. La cabaña de Brian. Por supuesto, esa era la respuesta. Él mismo me había dicho que no pensaba alquilarla durante las fiestas porque estaba demasiado ocupado para gestionarla. Ni siquiera haría falta pedirle permiso: estaría libre. Aun así, preferí avisarlo. Saqué el teléfono y marqué su número, al tiempo que volvía a ponerme en marcha. La pickup avanzaba con cuidado por la carretera nevada y el habitáculo se llenó con el tono de llamada.

Por fin, Brian respondió:

—¡Will! Amigo, ¿todo bien? —Se lo notaba de buen humor, aunque se oía un chisporroteo de interferencias.

—Brian, escucha, voy a usar tu cabaña. ¿Sigue libre, verdad? —Lo único que oí fue un estruendo infernal—. ¿Brian? No te escucho. ¿Sigues ahí?

Su contestación se perdió en un amasijo de palabras ininteligibles y estática. Eché un vistazo a mi alrededor y me di cuenta de que la cobertura iba y venía. Entonces, el teléfono quedó en silencio y en la pantalla apareció “Llamada terminada”.

—Perfecto —musité, guardando el móvil en el bolsillo de mi chaqueta. Ya estaba en camino

y no pensaba dar marcha atrás.

La nevada arreció conforme avanzaba, y los faros apenas iluminaban el sendero ante mí. El bosque parecía cerrarse a mi paso, con los árboles ladeados por el peso de la nieve. Todo estaba en calma, como congelado en el tiempo.

Y, por primera vez en horas, yo también me sentí en calma.

Pisé el acelerador, dejando que la pickup se deslizara sobre la nieve, en busca de un lugar que, al menos por un rato, pudiera sentir como mío.

SAM

La cabaña era tal como la había imaginado: pequeña, acogedora y con ese aire de postal invernal tan perfecto que casi parecía irreal, como si estuviera diseñada para una peli navideña o para un catálogo de viajes. Brian tenía muy buen gusto: la sala principal era una combinación de salón y cocina. Una chimenea de piedra ocupaba la pared frente a mí, con un pequeño montón de leña apilada a un lado y una manta de cuadros rojos doblada con esmero sobre un sillón mullido. El sofá parecía nuevo y, en la mesita, había varias revistas y libros. La cocina no pasaba de ser un rincón con estantes de madera sin pulir, un hornillo de dos fuegos y una tetera que daba la impresión de llevar décadas sin usarse. El suelo crujía ligeramente bajo mis pies, añadiendo ese encanto rústico que, en otras circunstancias, habría disfrutado mucho más.

Me sacudí la nieve de los hombros y dejé la bolsa de viaje junto a la puerta.

—Venga, Sam, siempre se te ha dado bien adaptarte —murmuré, negando con la cabeza. El frío se sentía implacable, pese a las robustas paredes de la cabaña, y una mirada rápida a la estufa de leña me dejó claro que sería mi mejor aliada los próximos días. Dejé el teléfono en la mesa, sabiendo que allí la cobertura era tan milagrosa como vivir un día sin dramas en Winter Hollow. Aun así, intenté mandar un mensaje a mi amigo Matt para confirmar que había llegado.

“He llegado. Congelado, pero vivo.”

Tras unos instantes, el milagro sucedió: tres barras de cobertura. La respuesta de Matt saltó de inmediato:

“Sobresaliente: sobreviviste al hielo. ¡Bravo! Ahora enciende la chimenea y abre una botella de vino.”

“No hay botella. Solo café y desesperación.”

“¿Café? ¿Estás en una cabaña romántica y te llevas café?”

“¿Romántica? Estoy solo. Y créeme, no hay nada romántico en pasar cinco horas congelándome el culo en la furgoneta.”

“Lástima. Pensé que podrías encontrar el amor en plena naturaleza. ¿Tal vez un oso sexy?”

“Nada de osos. Solo yo, una manta con pinta triste y… espera… ¿qué son esas manchas en la alfombra?”

“Venga, Sam. Vuelve conmigo.”

“No te pongas sentimental.”

“Estoy probándolo todo.”

“No te flipes, Matt. Estás casado y muy hetero.”

“Con que nos quedemos en ‘casado’ basta.”

Me eché a reír. Era un auténtico idiota. Pero el teléfono empezó a perder la señal otra vez, así que lo dejé en el sofá. Mi mirada se detuvo en la pila de leña junto a la chimenea; dudé entre

encenderla ya o aguantar un poco más el frío para terminar de colocar mis cosas. Aun con las temperaturas heladas y esa sensación de aislamiento, no me arrepentía ni un segundo de haber venido. Necesitaba esta pausa. Tenía que decidir si abandonar Winter Hollow para siempre o quedarme y dejar que la frustración me fuera consumiendo poco a poco. La idea de competir con William día tras día por cualquier encargo me revolvía el estómago. Me encogí de hombros para ahuyentar esos pensamientos y me centré en lo que tenía delante.

Con un suspiro, empecé a vaciar las bolsas que había traído. Pan, sopas enlatadas, unas cuantas manzanas, crema de cacahuete, pasta, tomate en conserva, bacon ahumado, refrescos, huevos, mantequilla y… un paquete de galletas de chocolate que había comprado por impulso en la gasolinera. Puede que no fuera un festín real, pero me bastaría para unos días. Lo coloqué todo en los estantes y encendí la chimenea, maldiciendo los fósforos húmedos y la leña que se resistía a prender. Por fin, las llamas empezaron a crepitar y me dejé caer en el sillón con un suspiro de alivio, acercando las manos al fuego.

Va mejor, pensé, contemplando cómo las llamas danzaban en un silencio casi absoluto. Durante unos instantes, el peso de las decisiones que tenía delante me pareció menos agobiante. Pero tampoco es que mis preocupaciones se hubieran desvanecido. Eché un vistazo a mi taza de café, humeante sobre la mesa, preguntándome si en esta cabaña hallaría la respuesta clara a todo lo que me corroía por dentro.

Cuando volví a sentir un poco de calor en el cuerpo, decidí explorar los alrededores. Me puse el abrigo, cogí la linterna de la balda junto a la puerta y salí al crepúsculo que ya se tragaba el bosque. La nieve crujía bajo mis botas mientras avanzaba hacia un pequeño cobertizo que había visto en cuanto llegué. Era sencillo, con una puerta a punto de salirse de los goznes y una ventanita minúscula y empañada.

Lo abrí con cuidado y descubrí un arsenal de herramientas: una sierra, un hacha, un montón de cuerdas y un par de rastrillos oxidados. Todo parecía útil y llevaba años sin usarse, pero mejor eso que nada.

—Bien, si se presenta un asesino en serie, al menos tengo un hacha —murmuré con sarcasmo, cerrando la puerta tras de mí.

Unos árboles altos y deshojados rodeaban la cabaña; sus ramas, cargadas de nieve, se curvaban bajo el peso. El silencio era casi ensordecedor, apenas roto por el susurro del viento y mi propia respiración. Un lugar perfecto para aclarar la mente… o para volverse loco.

Cuando el sol empezó a caer de verdad, tiñendo la nieve de tonos rosados y naranjas, regresé a la cabaña. Encendí una vela que encontré en un estante para darle un poco de ambiente y me preparé una taza de café soluble, con la esperanza de que al menos el sabor me mantuviera despierto.

Necesitaba vino. ¿Por qué no había traído una botella? No era cuestión de capricho, sino de pura supervivencia. Llevaba horas oyendo al viento aullar ahí fuera, y aunque agradecía tener un techo sobre mi cabeza, la sensación de estar atrapado en una cabaña perdida empezaba a ponerme de los nervios.

Por desgracia, mi generoso alijo de alcohol se había quedado a salvo en la despensa de casa, justo al lado de la mermelada de fresa de Margaret —esa mujer del pueblo que, junto a sus amigas, formaba una especie de grupo letal de setentonas—. Las adoraba, pero ahora no me servían de nada. Brian, sin embargo, tenía una teoría interesante sobre cómo afrontar emergencias: “Mantén siempre una botella oculta”. Lo repetía a menudo, sobre todo después de acabar con media botella de bourbon. Recordé que mencionó una reserva secreta en la cabaña. Supuse que se refería a situaciones como esta.

Así que me puse a buscar.

El primer lugar que revisé fue el mueble de la cocina. Nada. Luego eché un vistazo al viejo armario junto a la chimenea: apenas un montón de mantas con olor a humedad. Seguí rebuscando y saqué una sartén y lo que parecía una minitabla de planchar.

—¿Pero qué diablos haces con todo esto, Brian? —refunfuñé en voz baja mientras continuaba la búsqueda.

Entonces lo vi: un pequeño armario con una cerradura extraña, casi oculto tras un sillón deforme. Me arrodillé y tiré de la manilla. Estaba bloqueado.

—Claro, ¿por qué ponérmelo fácil?

No tenía llave, pero contaba con un arma infalible: mi testarudez. Tras varios minutos de forcejeo (y unas cuantas maldiciones muy creativas), la puertecita cedió de golpe.

Allí, iluminada como un tesoro escondido, había una botella de whisky.

La levanté como si empuñara la mismísima Excalibur.

—Por fin.

No me anduve con rodeos. Volví junto a la chimenea, eché mano de un vaso (bueno, de una taza con un muñeco de nieve sonriente) y me serví un generoso trago de whisky. Me hundí en el butacón y tomé el primer sorbo. El licor me abrasó la garganta de una manera deliciosa y, por primera vez desde que llegué, sentí cómo mis músculos se aflojaban.

Ya era de noche, el fuego crepitaba y todo parecía por fin… tranquilo.

Entonces oí un ruido.

Un motor, lejano, pero que se acercaba sin duda hacia la cabaña. Me quedé quieto, la taza a medio camino. ¿Quién demonios podía ser? Se suponía que aquí no vendría nadie. Me puse en pie con cuidado y dejé la taza sobre la mesa. El corazón me empezó a latir con fuerza. Mi cabeza se llenó de las peores ideas: un asesino en serie, un ladrón, un psicópata buscando una víctima fácil. Una cabaña aislada, el escenario perfecto para salir en primera plana de un suceso. Fantástico, Sam, una elección brillante para las vacaciones.

Cogí el atizador, la única “arma” a mano. El metal frío y pesado me ofreció un mínimo de seguridad mientras avanzaba hacia la puerta.

El motor se detuvo. No podía ver nada desde las ventanas; habían aparcado a un lado, fuera de mi campo de visión. Se me encogió el estómago. Inspiré hondo y me coloqué junto a la puerta, agazapado como si fuera a cazar una presa.

El corazón me latía tan fuerte que temí que se oyera al otro lado de la madera.

Después, más ruidos: pasos en el porche.

¿Había echado el cerrojo? Lo supe de inmediato.

La manilla se movió.

La puerta se abrió lentamente y no esperé un segundo más: arremetí con todas mis fuerzas contra las piernas del intruso.

—¡Aaaah! —aulló una voz masculina mientras se estrellaba de bruces contra el suelo con un golpe seco.

La figura se retorció y se dio la vuelta. Y cuando vi de quién se trataba, casi me atraganté con mi propia lengua.

—¿William?

Era él, el pelo oscuro revuelto por la caída y una cara de puro desconcierto.

—¿Pero qué… Sam? —gimió, intentando incorporarse.

—¿Que qué? ¡¿Qué haces aquí?! —solté, dejando caer el atizador con un estrépito.

William se irguió con dificultad, masajeándose las piernas.

—Podrías haber empezado con un “hola” o, al menos, pedir perdón por casi matarme.

—No sabía que eras tú. ¿Cómo se supone que iba a adivinarlo? Pensé que eras… un perturbado, un asesino o algo por el estilo.

—Sí, claro, porque tengo una pinta peligrosísima —respondió con sarcasmo.

De pronto me sentí idiota, pero jamás lo admitiría en voz alta.

—Aún no has contestado a mi pregunta. ¿Qué demonios te trae aquí?

Cerré la puerta de un portazo, haciendo temblar el marco. No me di la vuelta enseguida; necesitaba calmarme antes de enfrentarme otra vez a William. Solo de pensar que estaba a unos metros de mí, con esa pose de amo del mundo, me daban ganas de golpear la pared con la cabeza.

—¿Qué haces tú aquí, Sam?

Me giré y lo vi quitándose la chaqueta. Cojeaba un poco, masajeándose el muslo izquierdo. Bien. Al menos le había dado de lleno.

—Me estás poniendo de los nervios. Aquí mando yo; las preguntas las hago yo… y no te quites la chaqueta.

William arqueó una ceja, sin hacerme caso, y fue hasta el sillón más cercano a la chimenea. Se dejó caer en él, estirando las piernas como si estuviera en su propia casa.

—¿Ya imponiendo normas? No pierdes el tiempo, ¿eh?

Apreté la mandíbula y di un paso hacia él.

—No es cuestión de normas. Esta cabaña es mía durante estos días. La alquilé para pasar el Año Nuevo. Tú tienes que largarte.

Él se acomodó en el respaldo, entrelazando las manos tras la cabeza. Estaba tan tranquilo que me hervía la sangre.

—Parece que tenemos un problema. No voy a marcharme a ningún sitio. Es tarde, hace un frío de mil demonios y no pienso conducir de noche. Así que… me temo que tendrás que aguantarme.

—¿Que te aguante? William, ya te aguanto bastante como para tenerte también en mis vacaciones, joder.

Una sonrisa lenta asomó a sus labios.

—No sabía que estabas tan obsesionado conmigo. De verdad que me halaga.

Noté cómo me ardían las mejillas. Era obvio que se lo tomaría a pitorreo.

—No estoy obsesionado contigo —gruñí.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás tan tenso?

Cerré los puños, tratando de guardar la compostura. No iba a dejar que William ganara también esta vez. Solo tenía que acordarme de respirar.

—Mira —dije, con un tono que pretendía ser razonable pese a que la razón se me escapaba —. Me da igual a qué has venido, pero aquí no puedes quedarte. Yo alquilé esta cabaña a Brian.

William dejó escapar una risita.

—¿De veras? Pues es curioso, porque yo también he venido a esta cabaña por Brian. No es que la alquilara formalmente, porque él es muy amigo mío. Tanto, que tengo llaves de este lugar y le avisé de que vendría.

Lo miré incrédulo, como si me hablara en un idioma desconocido.

—Eso es una gilipollez.

—¿Siempre estás así de gruñón?

Lo fulminé con la mirada.

—Cuando alguien irrumpe sin invitación en una cabaña que ya está ocupada, sí, me toca bastante las narices.

—Parece que Brian olvidó comentarme que te la había alquilado. Pero, ¿cuál es el problema? A lo mejor esto nos da la oportunidad de resolver esas tensiones pendientes entre nosotros.

—No hay tensiones pendientes.

William volvió a reír, con un sonido grave, vibrante, cargado de ese desafío que me hacía desear rodearle el cuello con las manos.

—Claro, Sam, lo que tú digas.

Se incorporó despacio de la butaca, se acercó a la mesa y tomó la taza que yo había dejado allí. Echó un vistazo a su alrededor con una parsimonia exasperante; luego señaló la botella de whisky.

—¿Puedo servirme o también me vas a prohibir que beba?

—William —intenté que mi voz sonara amenazante—. Te hablo en serio. No puedes quedarte.

—Y yo también lo digo en serio cuando afirmo que no me iré —contestó, sirviéndose un dedo de whisky y girándose hacia mí con la taza en alto—. Salud, Sam.

Di un paso al frente, notando cómo el corazón me latía con fuerza en el pecho.

—¿Por qué estás aquí? ¿Qué quieres de mí?

William bajó la taza, la sonrisa se esfumó de sus labios y por un segundo pareció asomar algo más oscuro, casi melancólico. Pero solo duró un instante.

—No todo gira en torno a ti. Estoy aquí porque lo necesito… No tengo por qué explicártelo. Evidentemente, ha habido un malentendido con Brian, pero me da igual. Me las arreglo con lo que hay.

—No digas tonterías, lárgate.

—Tengo llaves, tengo mis motivos y no le debo explicaciones a nadie. Mucho menos a ti.

Como si estuviera por encima de todo; típico de su arrogancia.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías?

William dio otro paso, reduciendo la distancia entre los dos. Ya estaba lo bastante cerca para que notara el calor de su cuerpo, el aroma de su colonia.

—Puede ser, Sam —dijo en voz baja, mirándome a los ojos—. Quizá sea un cabrón, pero no es culpa mía que no sepas cómo manejarme.

No pude responder. Mis ojos se quedaron atrapados en los suyos, llenos de desafío. ¿Era mi obsesión? Ni idea. Lo único cierto era que este imbécil estaba destruyendo mi vida.

William se apartó, bebió un sorbo de whisky y regresó a la butaca junto a la chimenea. Cruzó las piernas como si pensara quedarse allí para siempre.

—Haz lo que quieras. Da portazos, grita, usa el atizador e inténtalo de nuevo. Pero de aquí no me muevo.

Me dejé caer en la butaca de enfrente, dedicándole la mirada más llena de desprecio que pude reunir. Por dentro, sin embargo, una parte de mí se retorcía al pensar lo peligroso que era tenerlo tan cerca. Representaba todo lo que detestaba: su forma de hacer negocios, su prepotencia, ese maldito cinismo suyo. Y mientras su mirada intensa se posaba en mí, no podía evitar preguntarme lo ridícula que era mi vida: atrapado en una cabaña, a pocos días de Año Nuevo, con mi peor enemigo. Un tipo detestable. Un hombre al que, en una noche lejana, incluso llegué a ver sexy antes de descubrir sus artimañas, sus engaños… y su interés exclusivo por las mujeres.

William apoyó la taza en los labios, y un mechón de pelo oscuro le rozó el rostro cincelado.

Sus dedos nudosos se aferraron al reposabrazos, y un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Mierda. Tenía que largarse. Y ya.

WILLIAM



Abrí los ojos y al instante una punzada en la espalda me recordó por qué aquel sofá no era un lugar para dormir, sino un arma letal. Durante un segundo, no supe dónde estaba ni en qué lío me había metido. El techo bajo, el fuego casi apagado y el silencio de la cabaña...

Entonces, el dolor en las piernas me devolvió a la realidad.

Sam. El golpe. Y la pesadilla.

Me froté el muslo izquierdo, seguro de que tendría un buen moratón. Me incorporé en el sofá, haciendo una mueca mientras aquel trasto me dejaba claro lo equivocada que había sido toda mi vida. Me pasé una mano por el pelo, tratando de encajar los fragmentos de la noche anterior. Lo único que tenía claro era que estaba en la cabaña de Brian, atrapado con Sam.

Sam, el carpintero que me odiaba a más no poder. Y ni se molestaba en disimularlo.

Le había mentido. Brian no se había equivocado; no hubo ningún malentendido. Probablemente, cuando oí aquella interferencia tan rara por teléfono, mi amigo intentaba avisarme de que la cabaña ya estaba alquilada... justamente a mi rival en los negocios.

Suspiré, dejándome caer contra el respaldo rígido. Con razón Sam me odiaba. De haber estado en su lugar, yo mismo habría puesto mi foto en la pared para usarla de diana. Pensé en Elisa, mi ex, que había organizado una fiesta en mi casa para presentarme al alcalde como si fuera un trozo de carne en un mercado. Pensé en todos esos años de presiones y en cada decisión que había tomado para contentar a los demás. Me había convertido en la clase de basura que todos esperaban, incluidos mis padres.

Con un quejido, me puse en pie y fui hacia la cocina. Encender el fuego me pareció un buen comienzo para sobrevivir al día. En unos minutos, las llamas volvieron a cobrar fuerza, y el aroma del café que preparaba en una vieja cafetera llenó la estancia. Era casi... reconfortante.

Fue entonces cuando se abrió la puerta de la habitación.

Lo oí antes de verlo: pasos pesados en el suelo y un bostezo que me hizo volver la cabeza. Cuando Sam apareció en el umbral, me quedé paralizado un segundo. Llevaba un pantalón de chándal a la cadera y una camiseta de manga larga que, pese a ser amplia, no ocultaba del todo sus músculos. El pelo rubio le caía suelto, y su rostro tenía esa expresión de sueño matutino. Parecía...

¿Qué?

Me detuve en seco. ¿En qué demonios estaba pensando? Se trataba de Sam, el carpintero insoportable que se moría de ganas de perderme de vista. Además, llevaba casi diez años sin fijarme en un hombre.

Sam alzó la vista, y la somnolencia de sus ojos dio paso a una clara molestia.

—Mierda —murmuró, como si de repente recordara que yo existía.

Me apoyé en la mesa y di un sorbo al café con tranquilidad.

—Buenos días para ti también.

Él se irguió, respirando hondo.

—Ya es de día, no está nevando. Puedes largarte.

Dejé la taza sobre la encimera y lo miré con serenidad.

—No pienso irme a ningún lado.

Sam parpadeó, y la molestia se transformó en ira.

—William, no estoy pidiéndotelo. Quizá no me has entendido: no te estoy invitando a que te vayas, te estoy echando. Vete a tomar por culo a otra parte.

Vale, definitivamente estaba muy cabreado conmigo.

—Me da que el que no entiende eres tú, Sam. Si alguien tiene que largarse, ese eres tú.

—Ni hablar —replicó, dando un paso al frente—. Yo he alquilado esta cabaña. He pagado por toda la semana y tengo derecho a estar aquí.

—Puedo darte el doble si te marchas.

Sam esbozó una sonrisa que me heló la sangre.

—Claro, con tu dinero lo compras todo, ¿verdad, William?

No era lo que pretendía decir... ¿Por qué siempre lograba dejarme como el villano de la película?

—¿Te vale con un cheque?

—¿Sabes dónde puedes meterte tu cheque?

—Me estás arruinando el desayuno, Sam.

—Alquilé este sitio, así que te vas. No siempre puedes salirte con la tuya.

—Tengo las llaves, así que también es un poco mío —repliqué, señalando el manojo que había dejado en la mesa—. Brian me las dio hace meses. Somos muy amigos.

—¿Muy amigos? Ni de coña. Anda, suéltalo: ¿qué coño te pasa? ¿Estás obsesionado conmigo o qué? ¿Por qué no te largas?

El tono de Sam subió, y vi cómo apretaba los puños. Me acerqué un poco más, reduciendo la distancia que nos separaba.

—No es asunto tuyo, Sam. Pero me quedo. Punto. Y quédate tranquilo: no estás en mis pensamientos.

Él me fulminó con la mirada, y su respiración se aceleró. Era grande, musculoso, con el pelo rubio cayéndole por los hombros, y esa barbita que le daba un toque entre surfista malhumorado y leñador de calendario. Tenía la mandíbula tan tensa que parecía a punto de explotar. Pero en su expresión había algo más que simple rabia. Algo que no lograba identificar y que, por algún motivo, me producía un leve escalofrío.

—Vale. Si insistes en quedarte, las normas son pocas y claras: no me molestes y procuremos ignorarnos lo máximo posible. Y la cama es mía.

Solté una carcajada, negando con la cabeza.

—Después de la noche que me he pegado en ese sofá del demonio, ni de coña.

—No es mi problema.

—¿Tienes idea de lo cabezota que puedo llegar a ser, Sam?

Él ni se inmutó, con sus ojos clavados en los míos.

—¿Y tú sabes lo cabreado que puedo llegar a estar?

El silencio regresó con fuerza, solo roto por el chisporroteo del fuego. Nos quedamos mirándonos, sin pensar ceder ni un ápice. Me di cuenta de que no era solo furia lo que había en el ambiente. Y no entendía por qué esa tensión me hacía sentir… raro. Me estaba fijando en

detalles de él que nunca había notado cuando nos cruzábamos en Winter Hollow: esa clavícula asomando por la franela medio desabotonada. Sus labios. Los labios de Sam… ¿En serio? ¿Qué demonios me pasaba?

Al final, solté un suspiro y volví a la mesa, tratando de ignorar la sensación de hormigueo que me recorría el cuerpo.

—Supongo que nos espera una semana larga.

Sam bufó y regresó a su habitación, mientras a mí se me instalaba un nudo en el estómago que no había sentido en la vida.

Sí, estaba metido en un buen lío.

La ducha era lo único agradable de aquella cabaña para mí. Sam no movía un dedo para hacerme sentir cómodo: me ignoraba como si ni siquiera existiera. Al menos el agua caliente me aliviaba la tensión de los hombros y el frío de los huesos. Pero mientras me ponía una camiseta limpia y unos vaqueros, tenía claro que aquella calma sería temporal. Al salir de allí, volvería a encontrarme con Sam y su retahíla de odio y sarcasmos reservados solo para mí.

Agarré las llaves de la pickup de la mesa, decidido a escapar de esa atmósfera tóxica al menos durante una hora.

—No olvides llevarte la bolsa —espetó Sam, sin despegar la vista del libro que leía junto a la chimenea.

—No me voy —dije, apretando las llaves—. Solo salgo a buscar algo de comer.

Sam alzó una ceja, mirándome como si fuera el idiota más grande del mundo.

—¿Ah, sí? Pues llévate el rifle. Para cazar.

Me detuve en seco.

—¿De qué coño hablas?

Él no respondió; simplemente pasó otra página de su libro con esa expresión de esto lo voy a disfrutar. Harto de la tensión y de sus pullas, salí dando un portazo. La pickup estaba helada y tardé un rato en conseguir que la calefacción entrara en acción. Tomé el camino de tierra que llevaba a la carretera principal, intentando calmarme mientras revisaba el mapa en el móvil. Tenía que existir alguna tienda, quizá un minimarket o una gasolinera.

Entonces encajé la cruda realidad.

No había ni un alma civilizada en un radio de tres horas.

Tres. Horas.

—Mierda —murmuré, frenando la pickup. El camino que se extendía delante de mí parecía aún más desolado, y el recuerdo de la sonrisa de Sam me golpeó como un puñetazo. Justo a eso se refería: aquí no había absolutamente nada. Me detuve y tamborileé los dedos en el volante. Podía seguir conduciendo y arriesgarme a quedarme sin gasolina, o dar la vuelta y enfrentar a esa encarnación del sarcasmo.

Suspiré e hice un giro en U.

Cuando volví a aparcar frente a la cabaña, el aroma me invadió incluso antes de abrir la puerta. Delicioso. Algo que te hacía la boca agua. Entré y encontré a Sam cocinando.

Estaba cortando algo con movimientos precisos, mientras en el hornillo una sartén desprendía ese olor celestial. Pasta, por el aroma, y parecía italiana.

Me acerqué, incapaz de ignorar el hambre.

—¿Qué es? —pregunté, intentando fingir indiferencia.

—Comida —contestó sin ni siquiera mirarme.

Capullo.

Me quedé observándolo mientras escurría la pasta y la salteaba en la sartén con una habilidad

irritante. Sus gestos eran tranquilos, seguros, casi hipnóticos. Luego tomó un plato.

—Espera —dije, frunciendo el ceño—. ¿Solo sacas uno?

Sam se giró con el plato en la mano, listo para llevarlo a la mesa.

—Sí.

Cogí otro plato del armario.

—¿En serio vas a seguir siendo un imbécil todo el rato?

Sam alzó una ceja y dejó su plato humeante en la mesa.

—¿Encontraste algo para comer fuera?

Su voz sonaba tranquila, pero solo para fastidiarme.

—No —admití—. No había nada cerca para comprar.

—No me digas.

—¿Hablando en serio? ¿Vas a dejarme sin comer?

Sam me miró, y sus ojos parecían brillar.

—Tendrías que haberlo pensado antes de venir. ¿Cómo pretendías apañártelas, William? ¿Cazar? ¿Pescar? ¿Esperar a que te bajaran una pizza en helicóptero? A lo mejor te lo puedes permitir.

No había pensado en cómo alimentarme. Salí de casa como un loco, sin plan, sin nada.

Pero no podía reconocerlo.

—No sé cocinar —solté, intentando parecer tranquilo.

—Vaya, así que hay algo que no sabes hacer. Increíble.

Me acerqué, mirándolo mientras se sentaba con su plato humeante delante.

—No sé hacer un montón de cosas. Y desde luego no sé cocinar, ¿pero te parece normal portarte así?

Sam se encogió de hombros y cogió el tenedor.

—¿Así cómo? Ahora, si me disculpas, se me enfría la pasta.

Entonces empezó a comer. Despacio, saboreando cada bocado como si fuera el mejor del mundo.

Me quedé allí, paralizado, sintiendo el hambre y la humillación mezclarse en un cóctel explosivo.

—Sam.

Él alzó la mirada, los ojos llenos de desafío.

—¿Sí?

—Eres, de verdad, un pedazo de...

—No todo puede ser como tú quieres, William.

Se acabó. Si pasaba otra hora en esa cabaña, uno de los dos acabaría estrangulando al otro. Y, a juzgar por la sonrisa satisfecha de Sam, él tenía las de ganar. Sentado en el taburete de la pequeña isla de cocina, irradiaba serenidad. Su pelo rubio se movía apenas cuando se inclinaba sobre el libro que sujetaba con una mano, mientras con la otra se llevaba el tenedor de pasta a la boca. Y comía. Con gusto.

Era una auténtica tortura.

No podía dejar de mirarlo, aunque él ni se dignaba a alzar la vista. Me pasé la mano por la cara, intentando no estallar. Sabía que Sam tenía todos los motivos del mundo para odiarme. Éramos rivales en todo, y yo no era precisamente un santo. Había cometido mis errores. Pero, ¿llegar a esto? ¿Dejarme morir de hambre?

—A la mierda —mascullé entre dientes.

No podía quedarme. Agarré las llaves de la pickup y salí, dando un portazo tan fuerte que

temblaron las ventanas. Prefería arriesgarme a quedarme tirado antes que darle esa satisfacción.

El camino frente a mí era largo, nevado y por momentos casi invisible bajo la capa de hielo. Al menos el día estaba despejado. El cielo era de un azul gélido, y el sol reflejaba su luz en la nieve como un diamante afilado.

Conducía despacio, los dedos apretados en el volante. Mi única opción era recorrer tres horas hasta encontrar un supermercado y, de paso, repostar. La tensión que había dejado en la cabaña seguía ahí, en mi pecho. Sam tenía que irse. Yo no podía volver a casa. No podía enfrentarme a Elisa, al alcalde y a toda esa farsa orquestada para convertirme en la marioneta perfecta de su circo.

Solo quería unos días de paz.

Pero con Sam pululando por ahí, la paz parecía un sueño imposible.

A mitad de camino, el teléfono volvió a coger señal y empezó a descargar notificaciones. Mensajes, llamadas perdidas. Todas de Elisa.

—Joder...

No quería hablar con ella, pero tampoco que llamara a la policía creyendo que me había despeñado en un barranco. Pulsé el botón.

—¡William! ¡Por fin! ¿Se puede saber dónde demonios estás?

—Estoy bien —dije, esforzándome por sonar sereno—. No te preocupes.

—¿No me preocupe? ¡Llevo horas buscándote! ¿Dónde estás?

—No es asunto tuyo. Estoy bien. No me molestes hasta el Año Nuevo, ¿vale?

Hubo un silencio.

—¿Y la fiesta, qué? El 31 tienes que estar aquí. Sabes que el alcalde se muere por conocerte. ¿Te imaginas todo el trabajo que he invertido en organizarlo todo?

El estómago se me encogió.

—No me interesa. No soy tu marioneta.

Ella dejó escapar una risa amarga.

—Eres adulto. Tienes responsabilidades.

—Elisa, joder, te dije que me dejaras en paz.

—Y yo te digo que no puedes comportarte como un crío. No puedes huir.

—Feliz Año Nuevo —solté con frialdad, cortando la llamada antes de que siguiera.

Con las manos aferradas al volante, me obligué a calmarme. Decidí llamar a mis padres, confiando en que, al menos, me ayudarían con esta soledad que me estaba consumiendo.

—Elisa dice que te has largado —soltó mi padre a modo de saludo.

Se me secó la boca. Su autoridad siempre me hacía sentir que no daba la talla.

—No me he largado. Solo necesitaba un respiro.

—William, tienes casi treinta años. ¿Cuándo vas a empezar a actuar como un adulto?

—Gracias por el apoyo, papá.

—Montaste una escena y desapareciste. ¿Crees que eso soluciona algo?

—No monté ninguna escena.

—Claro que no. Te limitaste a dejar que Elisa se encargara de todo. Ella quiere que conozcas al alcalde...

No daba crédito.

—Papá, ¿sabes de qué estamos hablando realmente?

Escuché un murmullo de mi madre al fondo, pero no entendí lo que decía.

—Elisa quiere lo mejor para ti. Se ha esforzado con esta fiesta y el alcalde, así que debes volver.

Sentí un nudo en la garganta.

—Papá, ¿sabes que el alcalde es gay y que se supone que tengo que hacerle la pelota aunque no me guste?

Él carraspeó.

—Elisa dice que es muy guapo. Yo no lo conozco, ni le voté, pero si te conviene...

—¿Elisa dice que es muy guapo? ¿De qué mierda hablamos?

—No me hables así. Tenme respeto.

—¿Respeto a un padre que incita a su hijo a engañar a otro hombre por puro interés?

Oí más murmullos de mi madre, y luego él volvió a hablar:

—Recordamos que, cuando eras joven...

—Mierda, para, ni se te ocurra seguir.

—Vuelve a casa, William.

—He dicho que necesito un descanso. ¿Es demasiado pedir unos días para mí?

—La vida no funciona así.

El nudo de mi garganta se volvió insoportable. Estaba a punto de echarme a llorar, y no iba a darle esa satisfacción. Colgué sin despedirme.

Me limpié las lágrimas y di un puñetazo al volante. ¿Por qué tenían que presionarme así? ¿Por qué no podía quererme mi padre tal como soy? Solté varios golpes más hasta que pude respirar con normalidad.

Un par de horas después, alcancé por fin un pequeño núcleo habitado. Ni siquiera era un pueblo, más bien un puñado de edificios a lo largo de la carretera. Aparqué delante de lo que parecía un supermercado y entré.

No pensaba pasar la noche dejando que Sam me humillara. Fui llenando el carro con todo tipo de comida rápida y fácil: congelados, patatas, pasta precocinada, varias botellas de vino. Lo que fuera para sobrevivir sin depender de él. Tenía claro que no podía regresar a Winter Hollow. Cuando volví a la pickup, el sol empezaba a ponerse. El camino de vuelta se antojaba aún más largo.

Suspiré. Aquella semana ya era una pesadilla, y me daba la impresión de que solo acababa de empezar.

SAM

No dejaba de ir de la ventana al sofá como un auténtico imbécil. Y que conste que me daba igual. William podía haberse topado con una jauría de lobos hambrientos o incluso con alienígenas, y no habría perdido el sueño por ello.

Aun así, seguía vigilando.

No se había ido a Winter Hollow, de eso estaba seguro. Sus cosas continuaban ahí: su chaqueta de repuesto y su bolsa de viaje. Tampoco era tan idiota como para lanzarse a horas de carretera sin un motivo. Entonces, ¿dónde diantres se había metido? La respuesta más lógica era también la más simple: habría salido en busca de comida. Solo de pensarlo, me ponía de los nervios. Lo había presionado hasta el límite. No sentía culpa alguna: después de todo lo que había hecho, lo mínimo era dejarlo a dos velas. Pero ya era de noche y, a pesar de todo, no quería que le pasara nada malo.

Me giré hacia la chimenea, donde el fuego volvía a arder, irradiando un calor agradable por toda la cabaña. Coloqué el filete sobre la parrilla y lo contemplé chisporrotear, mientras la carne adquiría ese tono perfecto. El aroma llenó la estancia, y mi estómago rugió de aprobación. Cuando estuvo listo, lo pasé al plato, me senté a la mesa y cogí el tenedor.

El primer bocado fue una bendición: la carne se deshacía en la boca, jugosa y llena de sabor. Por fin, un momento de paz.

Entonces oí el estruendo de la pickup.

Alcé la vista hacia la ventana. El imbécil había vuelto. Fingí no sentir cierto alivio. La puerta se abrió y William entró hecho una furia, envuelto en el frío como si viniera de atravesar una ventisca. Traía los brazos cargados de bolsas que soltó con brusquedad sobre la encimera. Ni él dijo nada, ni yo tampoco.

Lo observé de reojo mientras iba vaciando su “botín”. Tenía la cara enrojecida por el frío, y en sus ojos oscuros brillaba una chispa que no le había visto nunca. El pelo, recién liberado del gorro de lana, le caía alborotado sobre la frente. Llevaba pantalones grises y un jersey negro que resaltaba sus hombros anchos. Aparté la vista, mordiéndome la mejilla por dentro. Mierda. Recordé el porqué, hace cuatro años, estuve a punto de llevarlo al baño del pub y... Corta el rollo, Sam. Fue una idea pésima. Me centré en cambio en el caos que estaba dejando sobre la encimera: bolsas gigantes de patatas fritas, congelados, botellas de vino, latas de cerveza, aperitivos envasados.

El inventario de un desesperado.

Terminé mi filete y me levanté para fregar el plato. El agua caliente corría, y el chorro era lo único que rompía el silencio tenso de la habitación.

Después me volví hacia él.

—Mañana tienes que irte. Has malgastado tiempo y dinero en esa compra.

William alzó la mirada y, por un instante, se quedó helado. Luego estalló:

—¡Déjame en paz! —rugió con tal rabia que me pilló desprevenido—. No quiero oír ni una maldita palabra más de tu boca. Eres como un recordatorio constante de mis problemas. ¡Cada. Maldito. Día!

Me dejó de piedra. ¿Yo era el recordatorio de sus problemas? Vaya morro, cuando era yo el que estaba a punto de salir de Winter Hollow precisamente por él.

Ni me dejó replicar. Agarró una bolsa de patatas, una botella de vino y se marchó hacia la chimenea, dejándome con la boca abierta. Me volví hacia el fregadero, apretando los dientes. ¿Qué mosca le había picado? Se suponía que yo era quien tenía motivos de sobra para odiarlo, no al revés. Cerré el grifo, sequé el plato y regresé a la mesa. William seguía sentado junto al fuego, con el rostro iluminado por las llamas, bebiendo directamente de la botella.

Decidí refugiarme en mi habitación con un libro, firme en no dejarme arrastrar a otra disputa absurda. Que se atiborrara de patatas, se emborrachara o hiciera lo que le diera la gana. Podía construirse un castillo con sus congelados si le apetecía.

La cama estaba fría, pero al acurrucarme con el libro logré relajarme un poco. El silencio de la cabaña, roto solo por el crepitar del fuego en la sala, me fue sumiendo en un estado de somnolencia.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que me despertara.

Me incorporé, algo aturdido. La habitación estaba a oscuras, pero se colaba una luz cálida y vacilante por la puerta entreabierta. Entonces comprendí qué me había sacado del sueño.

Música.

No era cualquier cosa, sino un pop alegre y a un volumen demencial. No tardé en darme cuenta de que el estruendo procedía de la estancia principal.

—¿Pero qué coño...? —farfullé, apartando las mantas y calzándome las zapatillas.

Abrí la puerta de golpe y me quedé sin habla.

William bailaba en medio de la sala, completamente ebrio. La música salía de su móvil, colocado en la mesa con el volumen a tope, y él... él solo llevaba los calzoncillos.

Unos bóxers negros, demasiado ceñidos, que me hicieron soltar una maldición entre dientes.

Se movía con una intensidad asombrosa. No es que fuera un gran bailarín, pero había algo en su forma de dejarse llevar, como si por una vez no pretendiera impresionar a nadie.

—¡William! —grité, intentando imponerme sobre esa música atronadora.

Él se detuvo, tambaleándose un poco, y se giró hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Sam! ¡Estás despierto! ¡Ven a bailar!

—¿Te has vuelto loco?

Avancé hacia la mesa y bajé el volumen del teléfono, sin llegar a apagarlo. William protestó al instante.

—¡No lo toques! —exclamó, acercándose y quitándome el teléfono con un gesto torpe—. ¡Estaba bailando!

—En calzoncillos —recalqué, señalándolo con exasperación—. Por el amor de Dios, ponte algo encima.

Cogí la manta de la butaca y se la lancé, pero él la dejó caer como si estuviera contaminada.

—No necesito una manta, estoy bien así.

—William...

Ni caso. Se quedó callado un momento, mirándome con una expresión que no supe descifrar, y luego empezó a hablar.

—¿Sabes una cosa, Sam? —pronunció con esa voz espesa que delata unas copas de más—. Eres bueno. Muy bueno. Un carpintero increíble.

Me quedé helado, sorprendido por el tono que estaba usando.

—¿Qué dices...?

Él se acercó un poco, con los ojos oscuros brillando a la luz tenue de la chimenea.

—No, en serio. Te envidio por tu talento. Yo... joder, yo no tengo talento. Pero tú sí.

—William, estás delirando.

—No, escúchame —insistió, señalándome con el dedo—. Tú tienes talento. Tus manos... son... mágicas. Yo, en cambio, siempre... siempre tengo que pelearlo todo.

Noté cómo me sonrojaba, pero preferí pasar de ello.

—Vale, has bebido demasiado. Siéntate, cúbrete y te hago un café.

—¡No! —gruñó, alejándose de mí y tambaleándose junto a la mesa—. No quiero sentarme. Quiero... quiero decirte que te envidio. Porque eres mejor que yo.

Apreté la mandíbula.

—Si de verdad fuera mejor que tú, con más talento, no perdería siempre los contratos.

William se quedó de piedra. La sonrisa le desapareció, dejando ver una expresión confusa y, por un segundo, hasta vulnerable.

—¿Me odias por eso, verdad?

—William...

—No, espera. Sé que me odias —continuó, mirándome con una sinceridad que me descolocó —. Y tienes razón. Soy... soy un cabrón. ¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

Me quedé sin saber qué responder, ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo.

—Ponte algo de ropa y deja de hablar.

—No, ¡dímelo! —insistió, acercándose otra vez—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Pedir perdón? ¿Largarme? ¿O qué…?

Antes de que pudiera detenerlo, William se giró y salió corriendo hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —grité, saliendo tras él.

Pero ya estaba fuera, descalzo y en bóxers, en medio de ese maldito frío.

—¡William!

Lo encontré nada más cruzar el umbral, con el aliento convirtiéndose en vaho. Su cuerpo temblaba a la vista, pero parecía importarle un comino.

—No soporto estar dentro —dijo con voz insegura—. Necesito aire.

—Vas a pillar una pulmonía, idiota.

Le agarré un brazo y lo empujé de nuevo hacia dentro, cerrando la puerta de una patada.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Se puede saber? William, cálmate.

Obviamente, hizo lo contrario.

—No —escupió, y volvió a escaparse, hundiendo los pies descalzos en la nieve. Tenía la piel pálida, ya enrojecida por el frío.

—Santo cielo, William, deja de hacer el capullo. Entra de una vez.

Él se volvió hacia mí, con esos ojos oscuros brillando bajo la tenue luz que salía de la cabaña.

—¿Por qué te importa, Sam? Se supone que me odias, ¿no?

Me detuve un segundo. En su voz no había ni un asomo de sarcasmo, solo un matiz… vacío.

—Te vas a congelar vivo. Vuelve dentro.

William retrocedió otra vez, negando con la cabeza.

—Estoy bien aquí.

Ahora sí, iba a volverme loco.

No me quedó otra que lanzarme a por él. Lo sujeté de los hombros y lo arrastré hasta la puerta. Protestó e intentó zafarse, pero no le quedaban fuerzas para oponer mucha resistencia. Lo apreté con más fuerza, cubriéndolo con mi propio cuerpo para que no se helara.

—¡Suéltame! —gritó, aunque la voz le temblaba.

—No.

Lo mantuve bien agarrado mientras abría la puerta y la cerraba con un portazo. En cuanto dejé de forcejear, él se quedó quieto, apoyándose contra mí y respirando con fuerza en mi cuello. Ese contacto me estremeció…, una descarga que fue desde mis labios —en los que él se fijaba con demasiada insistencia— hasta mi entrepierna.

—Por favor, cálmate.

Él se dejó caer al suelo, recostando la espalda contra la puerta. Me arrodillé a su lado, cogí la manta y traté de envolvérsela. Esta vez no se negó.

—Sam… —murmuró, mientras los párpados se le iban cerrando poco a poco.

—¿Sí?

—Te odio un poco menos de lo que creía.

Me quedé inmóvil al notar cómo su respiración se volvía más pausada y apoyaba la cabeza en mi hombro. No tenía ni idea de qué contestar.

Porque, en ese instante, yo tampoco tenía claro que lo odiara.

Lo ayudé a llegar hasta el sofá y lo acomodé ahí.

Ya no se parecía al cabrón engreído que solía conocer. No era el rival implacable que me chafaba cada encargo ni el hombre al que había detestado durante años con toda mi alma.

Parecía… desorientado.

Y esa vulnerabilidad era lo último que esperaba encontrar.

¿Dónde se había metido el cabrón que me robaba trabajo tras trabajo?

En su lugar tenía delante a un tipo joven, con demasiados fantasmas rondándole la cabeza.

¿Igual que yo?

Mejor no pensarlo.

William seguía temblando, y supe que tenía que hacer algo antes de que le diera un ataque de hipotermia. Lo empujé hacia la chimenea y, casi sin saber cómo, acabó dejándose caer en el sofá. Me arrodillé a su lado y saqué de su bolsa la sudadera y el pantalón de chándal que había traído.

—Venga, ponte en pie.

Él me miró, confuso.

—¿Qué…?

—Venga, arriba. Tienes que cambiarte; estás helado.

No protestó. Se levantó con torpeza, tambaleándose, y se dejó ayudar mientras le ponía los pantalones. Al notar lo fría que tenía la piel, tuve que contener un escalofrío. Cada vez que rozaba sus piernas o su cintura, mi cuerpo reaccionaba de formas que prefería no analizar.

Cuando terminé, lo senté otra vez y le puse la camiseta y la sudadera.

Después lo cubrí con la manta y le coloqué un cojín a la espalda.

—Túmbate.

Obedeció, recostándose en el sofá con gesto agotado, pero algo más tranquilo. Me senté en el sillón de enfrente y lo observé mientras cerraba despacio los ojos.

No confiaba en él, pero en ese momento no podía odiarlo.

Me dejé caer contra el respaldo, intentando olvidar ciertas sensaciones peligrosas. El modo en que su cuerpo se había relajado contra el mío…

Negué con la cabeza. No podía permitirme esos pensamientos. No con William.

Mientras lo veía quedarse dormido, no pude evitar preguntarme: ¿quién era, en realidad, el hombre que tenía delante?

WILLIAM

Me desperté con la sensación de haber sido arrollado por un tren de mercancías.

La cabeza me estallaba de un modo insoportable, tenía la boca más seca que un desierto y, al moverme, noté algo pegajoso en la comisura de los labios. Babas. Perfecto. Para redondear el panorama, apestaba a alcohol y… desesperación.

Me quedé inmóvil un momento, tratando de reunir los pedazos esparcidos de mi dignidad.

Luego abrí los ojos.

Lo primero que vi me hizo dar un respingo: Sam.

Estaba desplomado en el sillón de enfrente, con las piernas estiradas y la cabeza ladeada. Dormía profundamente, el pecho subiendo y bajando a un ritmo constante.

El corazón se me aceleró sin entender por qué.

¿Qué demonios había pasado?

Cerré los ojos de nuevo, intentando hacer memoria. Solo me venían escenas borrosas, como si fueran flashes de una peli de bajo presupuesto: música, yo bailando, un frío brutal en la piel… y Sam tirando de mí. Mierda. ¿Me había emborrachado? ¿Por qué dormía Sam en la butaca?

No tenía ni idea. No recordaba nada claro, pero sentía en el cuerpo la certeza de que él se había ocupado de mí. Y me la guardé, como un secreto que nadie más debía saber. Me incorporé con cuidado, tratando de no hacer ruido. La manta que me cubría cayó al suelo y me agaché para recogerla.

Avancé hacia el sillón a trompicones, tambaleándome un poco. Cuando estuve justo a su lado, me detuve. Parecía tan… tranquilo. Tan distinto de esa versión suya llena de sarcasmo y aristas. No tenía ni idea de qué hacer con este Sam, pero algo sí tenía claro: no quería despertarlo.

Con cuidado, le coloqué la manta sobre los hombros.

Sin embargo, los ojos de Sam se abrieron de golpe.

—¿Qué haces? —preguntó con la voz ronca por el sueño.

—Nada —murmuré, retrocediendo un paso—. Te estaba tapando.

Él se incorporó, pasándose una mano por la cara.

—No hacía falta.

Se produjo un silencio incómodo. No de los habituales, llenos de tensión y puyas, sino algo diferente. Más hondo.

—En fin… —Sam se levantó sin mirarme—. Me alegro de que no murieras congelado.

Lo seguí con la mirada mientras se dirigía a la cocina, con esa actitud distante y controlada de siempre. Pero yo no conseguía sacudirme la sensación de que había algo sin resolver.

Arrastré los pies hasta el baño y me metí bajo la ducha. El agua caliente fue una bendición

que barrió los restos de la noche anterior. Cuando volví al salón, me topé con un aroma dulcísimo: café.

Pero bastó con echar un vistazo a la mesa para que casi me diera un infarto.

Había un desayuno perfectamente preparado: pan tostado, mermelada, una taza de café negro humeante y… una aspirina. Me quedé mirando la escena, atontado.

—Es para ti —soltó Sam al pasar junto a mí para meterse en el baño. La puerta se cerró tras él.

El corazón me dio un brinco, traicionando lo gilipollas que puedo llegar a ser.

Me senté y empecé a comer, intentando poner algo de orden en mi cabeza. El café estaba fuerte y amargo, justo como me gustaba, y la aspirina alivió un poco la resaca. Pero la calma duró poco.

Cuando Sam salió, volvía a ser él: ceño fruncido, distante, frío.

—Gracias por el desayuno —dije, tratando de romper el hielo.

Él se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

Lo observé, intentando adivinar qué pasaba por su cabeza.

—¿Qué pasó exactamente anoche?

Sam volvió a encogerse de hombros.

—Nada importante, no te rayes.

Esa respuesta esquiva me crispó. Me levanté y le corté el paso.

—Deja de hacerte el misterioso. ¿Qué hice?

Por un segundo, vi algo distinto en sus ojos. Un destello.

—Te marcaste un baile en calzoncillos.

Me quedé a cuadros.

—¿En calzoncillos?

—Bóxers negros muy ajustados, para ser más preciso.

Enrojecí como un jodido adolescente.

—¿Y luego qué?

—Luego saliste a la nieve, en bóxers, con temperaturas bajo cero.

No pude contener una risa nerviosa, incómoda y casi histérica.

—Genial. ¿Se supone que tengo que disculparme?

Sam me miró y, por un momento, pareció dudar si contestar.

—No estoy aquí para ser tu asistente personal, William.

Aquel comentario me tocó la fibra.

—No te lo he pedido.

—No, pero actúas como si fuera de cajón. Apareces aquí sin invitación, te quedas en la cabaña esperando que acepte verte a todas horas, a pesar de todo lo que me has hecho estos años. Encima, tengo que salvarte de morir congelado. ¿No crees que pides demasiado?

Nos quedamos mirándonos en un silencio más atronador que la música de anoche.

—Solo quiero un poco de paz, Sam.

Él negó con la cabeza.

—Y yo quiero que te largues. No creo que sea tan difícil de entender.

No respondí. Me dejé caer en el sofá, con los brazos cruzados, mirando las llamas de la chimenea.

—No me voy a marchar, deja de pedírmelo.

Sam se fue sin más explicaciones, dejándome con mi caos mental.

Al cabo de un rato salió de la casa, sin soltar una palabra, y se dirigió a la pickup. Lo vi

ponerse el abrigo y caminar con paso firme en la nieve, sin mirarme ni por casualidad. Una parte de mí quiso seguirlo y preguntarle adónde iba, pero me di cuenta de que no serviría de nada. Ni siquiera tenía pinta de ir muy lejos. Sam sacó una caja pesada y varias herramientas de la camioneta. Cuando regresó, su pelo rubio estaba cubierto de copos diminutos que relucían a la luz del fuego. Se quitó el abrigo y lo colgó junto a la puerta, dejándome ver otra vez ese cuerpo que conocía demasiado bien: hombros anchos, brazos fuertes, manos encallecidas.

Ni siquiera me miró mientras organizaba sus cosas en la mesa, cerca de la chimenea. ¿Iba a tallar algo? Verlo me provocó un calor extraño en el pecho.

Se movía con esa concentración casi obsesiva. Instaló un tornillo de banco para sujetar la madera que había traído. Luego cogió una gubia curva y un mazo, moviéndose con fluidez, como si las herramientas fueran parte de él. Me quedé mirando todo el proceso, incapaz de apartar la vista.

Empezó a trabajar la madera con golpes precisos, deslizando la gubia y arrancando tiras finas que caían al suelo como copos. Sus bíceps se tensaban y aflojaban con un ritmo hipnótico. De vez en cuando inclinaba la cabeza para comprobar la angulación, y el pelo rubio le caía sobre los ojos, que apartaba con un gesto distraído.

Estaba concentrado. Sumergido por completo.

Me di cuenta de que tenía los puños apretados y un nudo en el estómago imposible de ignorar. ¿Cuánto tiempo llevaba yo sin tallar nada por el puro placer de crear? No para un cliente ni con una fecha límite, sino solo por el placer de hacerlo.

Mucho. Demasiado tiempo.

Aparté la mirada, buscando en vano algo que hacer. Me levanté y eché un par de troncos a la chimenea. El fuego crepitó con un sonido reconfortante, pero no me tranquilizó en absoluto. Regresé al sofá, me tapé con una manta y cerré los ojos, fingiendo dormir.

No sirvió de nada.

De vez en cuando entreabría los ojos y, cada vez, un calor sofocante me sacudía el cuerpo. Ver cómo Sam movía esas manos fuertes y precisas sobre la madera me provocaba escalofríos. Había algo muy íntimo en ese proceso, algo que me hacía sentir como si estuviera espiando un momento demasiado personal.

El nudo en mi estómago se intensificó, y el calor que sentía en el pecho se deslizó más abajo.

¿Tenía… una erección?

Joder.

Me incorporé de un salto, dejando caer la manta al suelo, y corrí hacia el baño sin mirar atrás. Una vez dentro, cerré la puerta y me apoyé en ella, respirando con fuerza.

Miré hacia abajo.

Mi polla estaba dura y palpitante.

Por Sam.

Me pasé una mano por el pelo, rezando por despertar de esa pesadilla.

—¿Qué mierda me está pasando? —murmuré, mirando mi reflejo en el espejo.

No sentía atracción por un hombre desde que tenía dieciocho años. ¿Y ahora…? ¿Ahora me ponía a mil aquel carpintero engreído que me odiaba?

Sacudí la cabeza, intentando centrarme. No podía ser cierto. Debía de ser culpa de la situación, el estrés, el cansancio. No significaba nada.

Pero necesitaba aliviar la tensión.

Mi mano se deslizó por mi pantalón; me dolía.

Cerré los ojos y me desabroché, metiendo la mano bajo el elástico de los boxers. Agarré mi

erección palpitante y un gemido se me escapó al comenzar a mover el puño arriba y abajo. En mi mente, la imagen de Sam tallando la madera se mezclaba con otras fantasías: sus manos fuertes sobre mí, su cuerpo apretado contra el mío, su aliento cálido sobre mi piel. Lo imaginé besándome, probando mi boca, sintiendo su barba rozándome la cara. Mierda, me parecía un deseo prohibido, un error: él me detestaba y yo lo había jodido en más de una ocasión. ¿Encima un hombre? ¿De verdad estaba pajeándome pensando en un tío? Ni recordaba la última vez que me había pasado…

Acaricié mis huevos, que me dolían, y volví a aferrar la verga dura… Seguí masturbándome, sintiendo cómo el placer aumentaba en espiral. En mi imaginación, las manos de Sam recorrían mi cuerpo, acariciando, apretando, arañando. Su boca me dejaba un rastro de besos por el cuello, bajando más y más. Un nuevo gemido se me escapó cuando mi pulgar rozó la punta húmeda. Me imaginé su boca engulléndome, su lengua entrando en mi culo…

Aquello era un puto disparate, tan mal, pero no podía parar. Aceleré el ritmo, aferrándome a ese placer desesperado, como si fuera lo único que importara. En mi cabeza, Sam se arrodillaba delante de mí, sus labios rodeaban mi polla. Casi sentía ese calor húmedo, su lengua torturándome.

—Joder… —susurré, con la respiración entrecortada. Estaba a punto, muy a punto. Me vi hundiendo las manos en su pelo, metiéndosela hasta el fondo, perdiéndome por completo en él. Con un par de sacudidas frenéticas, corrí, ahogando un grito, mi semen escurriéndome por la mano y el vientre.

Me tomé un segundo para recuperar el aliento y limpiarme como pude, aturdido, confuso. Al salir del baño, Sam seguía en la mesa, inclinado sobre su trabajo con ese aire de concentración y esos movimientos tan seguros. Ni levantó la vista al oírme, y por un instante se lo agradecí.

Regresé al sofá, intentando ignorar el latido alocado de mi corazón y la certeza de que, fuera lo que fuera lo que acababa de suceder, no iba a ser fácil de superar.

El día transcurrió en silencio.

Sam continuaba metido en lo suyo, dando forma a la pieza de madera con sus manos. De vez en cuando dejaba el ritmo preciso del tallado para mirar el teléfono y enviar algún mensaje.

Iba rápido, con una leve sonrisa curvándole los labios.

Vaya, así que el cabrón sabía sonreír.

No podía apartar los ojos de él, por mucho que lo intentara. Había algo en esa sonrisa que me irritaba y me atraía a la vez. Como si fuera un secreto reservado a otra persona, algo a lo que yo no tenía acceso. Y me molestaba más de lo que quería admitir.

Me sentía agotado, el cuerpo tan pesado como si llevara días sin dormir. Era como si toda la tensión de los últimos días con Elisa me cayera de pronto encima. Cerré los ojos y me dejé ir, con el chisporroteo del fuego y el suave raspar de las herramientas de Sam como única banda sonora.

Dormía. Me despertaba. Volvía a dormirme.

Cuando por fin me incorporé, se sentía un ambiente distinto en la cabaña.

El fuego la iluminaba con un resplandor cálido, y un aroma delicioso a comida flotaba en el aire. Sam se movía con soltura, poniendo la mesa para dos.

¿Para dos?

Me paré en seco, sorprendido. No me lo esperaba. Contaba con que él me ignoraría como había hecho la mayor parte del día. Pero no pensaba bajar la guardia.

Me acerqué a la mesa.

—¿Poniendo para mí también? No me digas que te ha dado por ser amable.

Sam alzó la mirada, con esos ojos tan fríos como el hielo.

—No cometas el error de creer que me importa lo que piensas.

Genial.

Me apoyé en la mesa, cruzando los brazos.

—¿Tan horrible sería que tuvieras un poco de humanidad?

Él no contestó. Cogió un plato del estante y lo dejó sobre la madera con un golpe seco, casi como una declaración de guerra.

La irritación me subió a la garganta. Si quería hacerse el imbécil, no lo iba a impedir.

—Descuida, Sam. No esperaba menos de ti.

Él se volvió a los fogones, ignorándome deliberadamente. Luego, sin embargo, sirvió la cena. Me senté enfrente de él. Comimos en silencio: yo estaba demasiado cansado para discutir, y él demasiado concentrado en su plato.

Al acabar, me levanté para recoger y llevar los platos al fregadero.

—Al menos esto lo hago yo.

Él no respondió; lo oí salir a por leña. Lo observé por la ventana mientras atravesaba la nieve, esos hombros anchos balanceándose bajo el jersey grueso. Cuando regresó, se sacudió la nieve de las botas y fue directamente al armario junto a la chimenea, sacando una botella de whisky.

Se sirvió un trago sin decir nada, luego se sentó junto al fuego, con la mirada fija en las llamas. Me acerqué y cogí otro vaso de la mesa. Lo alcé un poco, esperando su reacción. Sam me miró con una expresión neutra, aunque en sus ojos vislumbré un ligero brillo divertido.

—¿Estás seguro de que aguantas? —preguntó, tomando un sorbo.

—Qué gracioso. No suelo ponerme a bailar en calzoncillos, ¿sabes?

Él dejó salir una risita grave que trató de ocultar tras el vaso.

—Te faltó la parte de salir a la nieve en calzoncillos.

Sonreí de medio lado.

—Tal vez quería presumir de resistencia.

Sam negó con la cabeza, dejando el vaso en la mesita.

—Digamos que tuviste suerte de no palmarla.

—Y tú de que no te mandara a la mierda —repliqué, dándole un trago. El ardor del whisky se extendió por mi garganta, pero no aparté los ojos de él.

Sam alzó una ceja.

—¿Y por qué no lo hiciste?

Lo contemplé un instante, preguntándome si de verdad quería saberlo o si era otra de sus puyas. Al final, me encogí de hombros.

—No lo sé. Será que soy masoca.

Él sonrió, pero su sonrisa no tenía nada de divertido.

—Bien. Entonces encontraste a la persona perfecta para hacerte daño.

Su contestación me encendió. Me puse en pie, mirándolo desde arriba.

—¿Sabes, Sam? Si tu objetivo es hacerme sentir una carga, lo estás bordando.

Él se levantó despacio, sin desviar su mirada de la mía.

—William, no tengo que hacer nada. Tú solo te sientes un lastre.

Sus palabras me dolieron de una manera que me dejó sin aire. Di un paso, acortando la distancia entre los dos.

—Quizá deberías aprender a no juzgar a la gente antes de saber por lo que está pasando.

Sam no se movió, pero su expresión se suavizó un segundo antes de volver a endurecerse.

—Quizá deberías aprender a no esperar que todos te traten como si fueras el centro del universo.

Volví a dejarme caer en el sofá, con el vaso en la mano.

No respondí. No había nada que decir.

El silencio volvió a reinar entre nosotros, roto solo por el chisporroteo del fuego. Pero ya no era un silencio cómodo, sino uno cargado de todo lo que callábamos.

Yo estaba cansado. Y cabreado. Pero, sobre todo, me sentía confuso.

Confundido por él.

Confundido por mí mismo.

SAM



El fuego crepitaba en la chimenea, yo me recostaba en el sillón con las manos entrelazadas y trataba de ignorar la presencia de William a un par de metros de mí.

Él miraba las llamas, con un vaso de whisky entre los dedos. Parecía relajado, pero había algo en su mirada, en la forma tensa de sus hombros, que delataba una inquietud profunda. Ni siquiera habría sabido decir si era el mismo hombre que llevaba años conociendo: mi rival en todo, el carpintero arrogante con vaqueros de mil dólares y pinta de cabrón engreído. Desde que había llegado, el único engreído había sido yo.

No, William parecía distinto.

Pero no podía olvidar lo que él representaba. Era la causa de todos mis problemas. El que había construido su carrera haciéndome quedar como un pringado incapaz de seguirle el ritmo.

Lo observé, intentando encajar las piezas en mi cabeza. Pero la imagen de William que yo conocía no coincidía con el hombre que tenía delante.

Joder, se había marcado un baile en calzoncillos.

Ni con la colisión de un meteorito se me habría ocurrido pensar que William soltara algo como "te envidio tu talento".

¿Hablaba en serio? ¿Me envidiaba? Él, que tenía más pasta que yo, más éxito y la astucia para cerrar negocios mucho más allá de nuestro pueblecito.

Era difícil de creer y también de digerir. Pero lo había dicho con tal sinceridad, como si le doliera. Eso me estaba dejando tocado. Aquí, en la cabaña, parecía alguien distinto. Como si le hubiera visto una grieta, una fisura por la que asomaba una fragilidad que casi me daban ganas de proteger. Desde que estábamos obligados a compartir espacio, él me parecía cada vez menos mi polo opuesto. Menos distinto de mí.

Y además… había más cosas que me rondaban la cabeza respecto a él. El modo en que la sudadera se le bajaba, dejando al descubierto un trocito de clavícula cada vez que se movía. Sus abdominales, que había visto fugazmente cuando entró con la leña, ese trozo de piel que me había puesto la piel de gallina. Su pelo negro, un tanto desordenado, que enmarcaba esa mandíbula marcada…

Joder.

¿Qué coño estaba haciendo?

Me obligué a apartar la vista. William seguía siendo mi enemigo. La razón de mis frustraciones, el tipo que me hacía morderme los dientes cada vez que pensaba en todo lo que había perdido por su culpa. Además, era hetero, maldita sea. Eso debería bastar para ponerme en mi sitio. Era un "chico de faldas", se le veía a la legua. Y durante años había estado con esa rubia estúpida.

William se puso en pie, interrumpiendo mis pensamientos. Caminó hacia la mesita y llenó otro vaso de whisky, luego se acercó a mí.

—Toma —dijo, alargándome el vaso.

La forma en que lo hizo me dejó sin aliento un segundo. Decidido, seguro.

Cogí el vaso y, al hacerlo, nuestras manos se rozaron.

Fue un contacto breve, apenas un roce. Pero me bastó para sentir que me saltaba un fusible. Una calidez me recorrió el cuerpo, desde la mano hasta alojarse en el pecho.

Sujetando el vaso, intenté disimular.

—Gracias —murmuré, procurando que mi voz sonara neutra.

William regresó a su asiento, volviendo a fijar la mirada en las llamas. Yo bebí un sorbo, el calor del whisky me abrasó la garganta y me distrajo, aunque solo fuera un instante.

Entonces hablé, sin pensar demasiado.

—Puesto que eres mi grano en el culo, ¿qué tal si me cuentas por qué estás aquí? ¿No crees que podría interesarme?

Él me miró, y durante un instante calló. Parecía titubeante, como si no supiera si contestarme o no. Después se pasó la mano por el pelo, despeinándolo más todavía.

—No quiero hablar de ello, Sam.

Alcé una ceja.

—Claro.

William soltó el aire, alzando el vaso hacia sus labios.

—No quiero compartir nada con alguien que no me soporta, ¿te suena raro?

Respiré hondo. No es que no tuviera razón. Ni siquiera yo sabía muy bien qué pretendía.

—Vale, pues hazlo todo a tu aire.

William vaciló un segundo. En sus ojos vi algo parecido a una vulnerabilidad, pero fue solo un chispazo. Enseguida volvió la dureza.

—¿Seguro?

Me quedé un momento con la mandíbula apretada. Su actitud empezaba a molestarme.

—¿Sabes? Tampoco era mi sueño pasar días atrapado en una cabaña contigo, así que podrías poner de tu parte para que esto fuera un poco menos… insufrible.

William giró un poco la cabeza, con la mirada gélida.

—No te pedí que me hicieras compañía, Sam. Puedes seguir ignorándome si quieres.

Aquello me hervía la sangre.

—Ah, claro. Porque el que alquiló esta cabaña eres tú, ¿no? Espera, no: soy yo. Eres tú el que se coló aquí sin preguntar. Pero si lo que quieres es silencio, podemos hacer esto: tú desapareces y yo continúo con mi vida.

William no se movió, pero sus hombros se pusieron tensos. Por un segundo pensé que iba a responder con un exabrupto, pero al final se limitó a sacudir la cabeza y volver a mirar el fuego.

Estuve a punto de estallar. Abrí la boca para soltarle cuatro frescas, pero en ese momento mi teléfono vibró en la mesa junto a mí.

Era Matt.

Cogí el móvil y leí el mensaje.

Winter Hollow parece sacado de una peli navideña. Si un elfo me salta encima volviendo a casa, juro que no lo supero.

Solté una risa, escribiendo rápido:

Admítelo, igual te molan los elfos.

Si están tan buenos como tú, puede.

Me eché a reír, atrayendo la atención de William, pero lo ignoré.

Corta el rollo, no vayas a hacerte el interesado en los hombres.

¿Por qué crees que finjo?

Para convencerme de quedarme en Winter Hollow. Pero no cuela.

Oye, ¿y si tuviera alguna posibilidad contigo, Sam?

Pausa.

Mi matrimonio ya está en crisis… a lo mejor me da por probar. Creo que soy el único que no lo hizo en la uni. Ni una mamada, nada.

Me hizo gracia. Pero pensar en Matt haciéndome una mamada era… en fin, descolocante.

No te van los tíos, piensa en Emily.

¿Me estás rechazando?

No me torees, capullo.

Carita llorando y corazón roto.

Por cierto, ¿qué tal la cabaña? ¿Todo bien, Sam?

Sí, salvo porque mi peor enemigo se coló y me arruinó la estancia.

¿Cómo? ¿Quién? No me digas que es William.

Exacto. William Morlow en carne y hueso.

¿El de los vaqueros caros y las comisiones robadas? ¿Qué hace ahí? ¿Va a robarte hasta el oxígeno?

No, de momento solo contempla el fuego. Sigue siendo igual de irritante.

¿Cómo es posible que pase algo así?

Culpa de Brian, creo. Y William está intratable, con cambios de humor, numeritos y… no sé.

Si os ponéis a hacer galletas, quiero fotos.

No podía parar de reír. Matt tenía un don para relajarme incluso en las situaciones más absurdas.

Te odio.

Pero le envié un montón de risas.

Cuando dejé el móvil, alcé la vista y vi que William me observaba con demasiada seriedad.

—¿Quién era?

Incliné la cabeza, extrañado.

—¿Cómo dices?

William apretó la mandíbula.

—Te he preguntado con quién chateabas para estar tan entretenido.

Un calor repentino me invadió el estómago. Me obligué a sacudir la cabeza.

—No es asunto tuyo. Además, que quede claro: no solo no somos amigos —como acabas de recalcar—, sino que encima me tratas como a la mierda, y eso que te has metido en la cabaña que yo alquilé.

William se levantó de un salto; sus ojos oscuros brillaban de pura frustración.

—Claro, y a pesar de que soy tu ruina. Venga, repítelo. Sigue haciéndote la víctima.

Su tono era venenoso, pero había algo más ahí debajo. Una tensión que no lograba descifrar y que me ponía incómodo.

—¿Te duele oírlo? No soy ninguna víctima, soy realista. Eres tú quien me ha jodido la vida durante años. Y ahora estás aquí, jugando a ser el héroe atormentado, pero ni siquiera tienes las narices de explicar por qué has venido a este lugar.

William avanzó un paso hacia mí, y la distancia entre los dos se redujo a un suspiro. Su respiración se había acelerado y los hombros estaban en tensión. Por un instante, pensé que iba a

decir algo. Algo que importara de verdad.

Pero no lo hizo.

En lugar de eso, se giró y volvió a sentarse, clavando la mirada en el fuego con tal intensidad que parecía querer calcinar sus propios pensamientos junto a las llamas.

Me quedé allí de pie, el corazón latiendo con fuerza, intentando averiguar qué demonios estaba pasando entre nosotros.

Y qué significaba esa tensión que crecía segundo a segundo.

Me levanté y busqué algo que hacer. Primero revisé la ventana. Luego eché más leña al fuego. Di una vuelta por el baño.

No tenía muy claro cómo había acabado contemplando la despensa de la cabaña como si fuera un oráculo, pero en ese momento me pareció la única manera de huir del silencio opresivo que se había instalado entre William y yo. Cualquier cosa era mejor que quedarme mirando al aire y preguntándome por qué demonios sus pupilas se dilataban tanto cada vez que nuestras miradas se cruzaban.

Con la excusa de encontrar algo para picar, empecé a rebuscar entre bolsas de patatas, frutos secos y galletas saladas que él había comprado. Tenía el estómago revuelto, sin saber si era hambre o un nudo de emociones que prefería no analizar.

A mi espalda, William se aclaró la garganta.

—Tengo sed.

Su voz salió ronca, casi un susurro, como si temiera romper el frágil equilibrio que flotaba en la habitación. Asentí sin voltear la cara, concentrándome en las patatas, fingiendo no dar importancia a ese matiz de inseguridad que había en su tono. Pero el destino (o la mala suerte) quiso otra cosa: justo cuando aferraba una bolsa de cacahuetes, me giré y terminamos frente a frente, atrapados entre el fregadero y la isla de la cocina, en un espacio demasiado estrecho para dos hombres que no sabían ni adónde mirar.

Intenté retroceder por instinto, pero el borde de la isla me lo impidió. William hizo lo mismo y se percató de que a su espalda solo estaba el fregadero. Nos vimos atrapados en una especie de danza torpe e involuntaria, con los cuerpos demasiado cerca y la tensión subiendo a cada segundo.

Alcé la vista y noté que sus ojos parecían… más oscuros de lo habitual, o al menos eso me pareció. Tenía las pupilas dilatadas y un leve rubor en las mejillas, como si alguien hubiera subido de golpe la calefacción. Sentí un latigazo en el pecho: de pronto hizo calor, como si el aire se hubiera vuelto pesado. Tendría que haberme apartado, soltar alguna pulla o un chiste sarcástico, lo que fuera para romper ese maldito hechizo.

—Perdona —murmuré, apoyando las palmas en el borde de la isla y girándome en seco. Necesitaba aire. Me moví con pasos rápidos hacia la chimenea, donde el fuego crepitaba tranquilo, sin preocuparse lo más mínimo por mi caos mental. Me senté en el suelo, frente a las llamas, sobre un cojín. Pero él me siguió. Para mi sorpresa, se dejó caer en la alfombra, justo a mi lado.

Nos quedamos así unos momentos, cada uno metido en sus pensamientos, con la respiración irregular y librando nuestras batallas interiores. Era como si hubiéramos firmado un acuerdo tácito de tregua, aunque la tensión seguía escociendo bajo la superficie.

Después de un rato, William rompió el silencio.

—Elisa ha montado una fiesta de Nochevieja en mi casa —dijo con voz apagada—. A mis espaldas. Quiere que ligue con el alcalde.

Parecía que estuviera recitando el guion más absurdo del mundo, de esos que no creerías

posibles en la realidad.

Fruncí el ceño y me volví hacia él.

—No creo haber entendido… —admití con cautela. Solo de imaginar a alguien metiendo a William en los brazos del alcalde se me hacía grotesco. ¿Acaso no era hetero? ¿No era ella su pareja? Sin embargo, su expresión no dejaba lugar a dudas.

—Sí que lo has entendido —repitió, pasándose una mano por la nuca—. Elisa… ¿la conoces?

—De oídas. Joder, la detestaba sin apenas saber de ella.

—Es mi ex, ya no estamos juntos, y también es mi asesora. Ha decidido darme un "regalo" de fin de año. Organiza esa fiesta en mi casa, con un montón de gente a la que ni conozco, y entre ellos está el alcalde de Winter Hollow, con quien pretende que… me lleve mejor. —Negó con la cabeza. En su gesto vi rabia, frustración y un deje de tristeza—. Cree que así voy a conseguir poder político o alguna gilipollez del estilo. Piensa que sería un contacto útil para mis negocios.

Me di cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Lo solté despacio, fingiendo que no me había sorprendido.

—¿Tu ex quiere que salgas con el alcalde? —todavía dudaba de cómo plantear la frase, porque no sabía casi nada de Elisa. Y, a juzgar por el rencor que se transparentaba en la voz de William, la historia era más retorcida de lo que parecía.

Él se movió un poco sobre la alfombra, con las rodillas flexionadas y los antebrazos apoyados en ellas.

—Elisa me saca quince años. La conocí cuando yo tenía veinte y ella treinta y cinco. Era… un crío, dirían algunos. Pero ya era lo bastante diestro con la madera como para vender mis piezas en mercadillos. Ella me vio y esa misma noche estábamos follando en una habitación del B&B de sus padres. —Esbozó una sonrisa amarga—. Es una mujer guapísima, lista, con recursos, y tiene mucha influencia en los negocios. Ya no vive en Winter Hollow, pero vuelve a menudo por temas familiares. Y por mí. Para controlar mis negocios, mi vida. Al principio, cuando empezamos, era como tocar el cielo con los dedos. Me animaba, me decía que yo tenía talento, me empujaba a pensar a lo grande…

Observé cómo su voz se iba volviendo más baja, como si recordara momentos que habían sido intensos y llenos de pasión. Ahora, además de esa nostalgia, noté el rencor evidente. William estaba herido. Me sorprendí a mí mismo apretando los puños. Resultaba extraño: seguía cabreado porque estuviera en mi cabaña, pero también sentía la necesidad de saber más, de entenderlo. ¿Empatía, ganas de protegerlo?

—¿Por qué lo dejasteis, entonces? —pregunté, intentando sonar sereno.

William negó con la cabeza, volviendo a tensar la mandíbula.

—No querrías saberlo —soltó con brusquedad. Parecía un animal herido a la defensiva.

Me puse en pie de inmediato y fui hasta el armarito junto a la chimenea, donde guardaba otra botella de whisky. Serví un trago generoso en mi vaso y, sin pensar demasiado, preparé otro para él. Al regresar, se lo tendí en silencio. Nuestras manos se rozaron un instante demasiado largo, un contacto que me provocó más calor que el propio fuego.

Él carraspeó, apartó la mirada y bebió un trago lento, como si necesitara armarse de valor. Después contempló el líquido ambarino y suspiró.

—El año pasado, en Navidad, la dejé. Tras ocho años juntos. ¿Y sabes por qué? —Alzó la mirada hacia mí; yo ya me había sentado de nuevo, tratando de disimular mi desasosiego—. Porque me empujó a hacer algo que nunca quise hacer. No diré que me puso una pistola en la sien, pero me manipuló. Estaba cansado, cabreado y, sobre todo, me sentí una mierda.

—¿A qué te refieres? —pregunté, con la sensación de que la respuesta no me iba a gustar nada.

William se pasó la lengua por los labios, y ese gesto me distrajo más de lo que habría querido admitir.

—¿Recuerdas el trabajo del hotel? —soltó.

El estómago se me encogió nada más oír la pregunta. Claro que me acordaba. Había sido una de esas tantas veces en que mis presupuestos habían quedado por los suelos comparados con los de William. Me lo tomé muy a pecho, e incluso llegué a pensar que el problema era mi falta de talento o de preparación. Tenía grabada en la memoria la frustración, la acidez de estómago, las noches en vela dándole vueltas a qué demonios podía estar haciendo mal. Lo del hotel era un proyecto que podía haber significado un gran salto para mí, la verdad.

Por eso necesitaba saberlo todo.

—¿Qué pasó? —pregunté, notando un leve temblor en mi voz por la tensión.

William entrecerró los ojos, como si estuviera a punto de confesar un crimen.

—Elisa habló con Brandon, el dueño del hotel. Se las arregló para averiguar cuánto habías pedido por ese trabajo y… lo hizo de maneras que prefiero no detallar.

—Habla, no te cortes. Necesito la verdad.

—Llevaba días obsesionada. Me repetía sin parar que Brandon se había puesto en contacto contigo para que te encargaras de la reforma del hotel. Que él hubiera recurrido a ti en lugar de a mí la tenía de los nervios —contestó con un gesto serio.

—¿No concebía la idea de perder aunque fuera una sola vez? —dije con un tono casi sarcástico.

William me sostuvo la mirada con gravedad.

—No conoces a Elisa. Ella nunca pierde. —Tomó aire antes de seguir—. Así que me avisó de que había llegado el momento de romper ciertos límites. Llevábamos años juntos, siempre habíamos sido fieles… Joder, al menos eso creo. Yo lo fui, y pienso que ella también. Al fin y al cabo, conmigo lo tenía todo: era su obra, su creación. Su juguete.

Dios, escuchar eso casi se me hacía insoportable.

—En fin, resumiendo, Elisa sedujo a Brandon y le hizo una mamada para sacarle cuánto habías ofrecido. Después vino a contármelo, me dijo cuánto rebajar nuestra oferta y me propuso presentar un plazo de entrega más corto que el tuyo.

Sentí que el corazón se me detenía.

—¿Se folló a Brandon para que te dieran el trabajo?

William cerró los ojos, como si no pudiera soportar oír esa historia en voz ajena, porque así se volvía aún más real.

—Ella jura que no follaron, pero da igual. Fue la gota que colmó el vaso. Porque, siendo sincero, yo no quería jugar sucio, pero cada vez la dejaba hacer. Me repetía que eran estrategias de mercado, que el mundo de los negocios iba así. Pero nunca habíamos llegado tan lejos. Joder, se arrodilló y se tragó su polla solo para saber tu oferta.

Me dieron ganas de vomitar. Ni siquiera podía imaginar cómo se sentía él.

—¿Por dinero? —Negué con la cabeza—. ¿De verdad es solo por pasta?

—¿No lo ves, Sam? —Me miró con esos ojos tan profundos que sentí un pinchazo en el maldito estómago—. Es su forma de controlarme. Así se siente poderosa. No ganando en los negocios, sino teniéndome a mí atado en corto. Y yo la dejé hacerlo.

Me levanté de un salto, con el corazón a mil. Me invadió un remolino de emociones: sorpresa, rabia, sensación de traición y, sobre todo, la certeza de que quizás toda esa rivalidad

entre William y yo se había originado en la relación enfermiza que él tenía con ella. Yo pensaba que lo odiaba por su astucia y cinismo, pero ahora veía que Elisa había estado moviendo los hilos, y William no era tan despiadado como yo siempre había creído.

—No me lo puedo creer —musité, con la voz quebrada. Lo miré fijamente y en sus ojos vi una mezcla de vergüenza y rabia—. No me cabe en la cabeza que fuera ella quien orquestaba todo, y tú…

—Yo fui un cobarde —susurró William, dejando el vaso en el suelo y apretando los puños—. Porque me venía de lujo. Tenía éxito, ganaba un pastón, me sentía invencible. A los veintidós nos fuimos dos meses de vacaciones por Europa, hoteles de lujo, restaurantes con estrellas Michelin… Ella me lo enseñó todo. Hasta a follar. Pero ¿a qué precio? Me odiaba cada vez que ganaba una licitación sabiendo que te había jodido con artimañas sucias. A ti y a muchos otros. Pero contigo pasaba más porque, al fin y al cabo, eras mi rival de verdad. Me consumía darme cuenta de que ella haría lo que fuera por ponerme en lo más alto, por exhibirme como su pupilo, su marioneta. Al final, acumulé tanta rabia y frustración que terminé con ella. Y ahora…

Se detuvo como si las palabras se le atragantaran. Yo sentía como si me hubieran echado un cubo de agua helada. No tenía ni idea de cómo reaccionar. Llevaba años culpándolo de mis fracasos, convencido de que él era el cabrón dispuesto a aplastarme. Y ahora me confesaba que se detestaba a sí mismo por todo aquello. No era precisamente fácil digerirlo.

Intenté aplacar el torbellino de pensamientos en mi cabeza y solté lo primero que se me ocurrió, con un tono quizá demasiado cortante.

—Y ahora ella quiere liarte con el alcalde.

William asintió, con la mirada perdida.

—Exacto. Me largué de mi propia casa, de esa fiesta absurda que está montando, y acabé aquí. Solo buscaba un sitio donde nadie pudiera encontrarme. Y, en cambio… —alzó la vista para mirarme, con algo parecido a la incertidumbre—. En cambio me crucé contigo.

Me quedé en silencio, sintiendo un calor repentino por toda la espalda. No sabía qué decir. De pronto me di cuenta de cuánto me había cegado mi rabia y de lo mucho que, tal vez, nos parecíamos. Allí estaba yo, con un vaso de whisky en la mano, contemplándolo como si fuera mi “enemigo número uno”, mientras me confesaba que había sido un peón en el juego sucio de una mujer que lo había manipulado… y que, de paso, también me había puteado a mí. Me sentía confuso, furioso, aliviado y aterrado por lo que estaba naciendo entre nosotros, en ese aire cargado de secretos por fin desvelados y tensión contenida.

Cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse, sentí un latigazo de claridad. Como si, detrás de toda esa historia, hubiese algo más grande, una fuerza imparable que nos empujaba a quedarnos frente a frente, dispuestos a averiguar hasta dónde podíamos llegar.

Y no tenía ni la menor idea de si estaba listo para ello.

WILLIAM



Me desperté con la sensación de tener una losa sobre el pecho. En realidad, solo era la manta gruesa que se me había caído encima durante la noche, pero la metáfora definía a la perfección mi estado de ánimo. Había dormido fatal, dando vueltas mil veces, con pesadillas mezcladas con el silbido del viento afuera, junto a la cabaña. Mi cerebro seguía rumiando las confesiones que le había hecho a Sam la noche anterior, como un viejo reproductor estropeado que repitiera la misma pista en bucle. ¿Por qué, en el nombre de todo lo sagrado, se lo había contado justo a Sam —mi rival de toda la vida—, todo aquello de Elisa, las guarradas que hicimos con su complicidad y lo del alcalde?

Me levanté con un nudo en la garganta, consciente de que quedarme tumbado a oscuras, lamentándome, no me iba a aclarar nada. Aún me rondaba la cabeza toda esa conversación, sobre todo por un detalle que no dejaba de inquietarme: Sam ni se inmutó cuando le dije que Elisa quería que saliera con el alcalde. Es decir, con otro hombre. ¿Podía ser que ya supiera que no era hetero? ¿O le daba completamente igual? Tenía la cabeza hecha un lío tan grande que decidí salir a despejarme. Tampoco pensaba alejarme mucho; no soy tan gilipollas como para desafiar la nieve y el hielo y acabar perdido por ahí. Solo necesitaba un poco de aire fresco.

Me puse un jersey, una chaqueta gruesa, las botas de montaña y un gorro, y abrí la puerta de la cabaña, dejando que el aire helado me golpeara la cara de lleno. Al principio di un respingo, pero luego respiré hondo. El frío se colaba en mis pulmones como agujas, aunque a la vez me despejaba, apartando esa sensación de pesadez. Empecé a caminar despacio, siguiendo el sendero que rodeaba la cabaña. No tenía un destino fijo: solo árboles, nieve y un silencio amortiguado que, en otras circunstancias, me habría parecido sobrecogedor, pero que en ese momento resultaba casi liberador. Cada crujido bajo mis botas era un punto de anclaje que me mantenía en el presente y evitaba que me perdiera en mis pensamientos.

Aun así, mis paranoias seguían girando en torno a lo mismo. ¿Por qué soltarle todo precisamente a Sam? Era como si el mismísimo diablo hubiera apretado el botón de “confiesa tus secretos a tu peor enemigo”.

Y encima estaba el tema de mi bisexualidad, aparcada durante años mientras estuve con Elisa. ¿Qué coño se me pasó por la cabeza al dejarle ver —aunque fuera sin decirlo abiertamente — que la fiesta tenía un objetivo romántico con otro hombre? ¿Buscaba su reacción? ¿Necesitaba averiguar lo que siento por Sam? ¿Y él cómo había reaccionado? No se le movió ni un pelo, ni una pizca de sorpresa. ¿Acaso me conoce mejor de lo que creo, o sencillamente le importa un pimiento?

Negué con la cabeza para no acabar teniendo un ataque de ansiedad. Mejor centrarme en el crujir de las ramas llenas de nieve sobre mí y en el vaho que salía de mi boca al respirar. Seguí

caminando unos veinte minutos más, dejando que las ideas se estabilizaran. Finalmente, cuando sentí que el frío ya se me había metido bastante en los huesos y mi cabeza estaba un poco más clara, di la vuelta hacia la cabaña.

La puerta estaba cerrada, pero sin llave. Entré con cuidado, me quité las botas y sacudí la nieve acumulada. Dentro hacía calor, gracias a la chimenea que Sam había mantenido encendida. Me deshice del gorro y la chaqueta, colgándolos del respaldo de una silla antes de adentrarme en la estancia principal.

Él estaba sentado a una pequeña mesa, rodeado de sus herramientas de talla. Trabajaba en un bloque de madera bastante grande. No dijo nada, pero alzó la mirada al oír mis pasos. Sus ojos brillaron con algo parecido a la curiosidad o la cautela, antes de volver al trozo de madera.

Me acerqué con cuidado, fijándome en cómo Sam lo sujetaba con la mordaza y manejaba la gubia y el mazo, sacando finas virutas del bloque. Sus movimientos eran precisos y delicados, pero aun así firmes. Aunque me fastidiara reconocerlo, en aquel silencio resultaba casi hipnótico verlo trabajar. Conocía de sobra esa escena —al fin y al cabo, yo también soy carpintero—, pero cada artesano tiene su estilo, su propia huella, y Sam siempre había tenido un toque muy creativo.

Se me ocurrió que quizá un gesto amistoso sería prepararle algo caliente. Al menos un té, porque en la cocina soy un desastre total. Fui al área de la cocina y encontré un par de bolsitas de té, agua y un cazo. Encendí el fuego y esperé a que el agua empezara a hervir antes de echar las bolsitas. Mientras tanto, le daba vueltas a cómo abordar el tema. ¿Le decía algo tipo “oye, Sam, perdón por vomitar mi patética vida sobre ti anoche, prometo no volver a hacerlo”? ¿O mejor fingía que todo seguía igual? Opté por la vía intermedia, como casi siempre: hacer como si no hubiera pasado nada y rogar que él tampoco sacase el asunto.

Cuando el té estuvo listo, vertí el líquido ambarino en dos tazas. Tomé una y la dejé en la mesita junto a Sam.

—Aquí tienes —dije, sin exagerar el tono.

Él levantó la vista de la figura que estaba tallando. Parecía un elfo en proceso: aún no estaba definido, pero el perfil se adivinaba en esas líneas suaves. Tenía sentido, muy de su estilo. Seguro que estaba mezclando algo gótico con lo fantástico, como solía hacer… y yo, para qué negarlo, siempre había envidiado esa vena tan artística, porque mis trabajos se inclinaban más por líneas rectas y formas geométricas.

—Gracias —murmuró, tomando la taza. Al pasársela, nuestras manos se rozaron un segundo, y le vi un pequeño corte en el dedo índice. Estuve a punto de preguntarle si se había hecho daño, pero me pareció un comentario absurdo.

Sopló el té con suavidad. Al alzar de nuevo la mirada, capté un destello divertido en sus ojos. Una chispa que me puso los nervios de punta.

—¿Tienes algo que decir? —pregunté, intentando sonar tranquilo.

Él se encogió de hombros, con una media sonrisa y un mechón rubio cayéndole por la frente.

—Nada de nada.

—No lo parece —insistí, pero Sam negó con la cabeza, como si no quisiera meterse en un nuevo ida y vuelta de réplicas.

Silencio. Durante unos instantes, solo se oyó el chisporroteo de la leña en la chimenea. Al cabo de un momento, Sam volvió a alzar la vista y, con una sonrisilla, soltó:

—Entonces… ¿tú y el alcalde?

Lo juro, en ese momento deseé cavar un hoyo y meterme dentro. Me sentí tan incómodo que creo que me puse pálido y, en cuestión de segundos, rojo como un tomate. Mi primer impulso

fue mandarlo a la mierda y decirle que tallara sus malditos elfos en silencio. Pero lo único que salió de mi boca fue un balbuceo ininteligible. Maldito cabrón.

No añadí nada más. Dejé la taza sobre la mesa y me levanté de golpe, yendo hacia la cocina con un gruñido. Fingí buscar algo para comer en la alacena, cuando en realidad solo quería escapar de ese tema. Odiaba sentirme a merced de una conversación que ni siquiera yo era capaz de afrontar.

Para colmo, enseguida recordé que soy nefasto cocinando. Me giré para mirarlo: él seguía sentado, tallando.

—No me hagas arrepentirme de haberte contado nada —murmuré.

Sam se puso serio al instante y volvió a golpear suavemente el mazo contra la gubia, como si ese trozo de madera fuera lo único que se merecía toda su atención. Sin embargo, al cabo de unos segundos se detuvo y, sin levantar la vista, habló de nuevo.

—Yo pensaba que eras hetero.

No sé si me puse rojo o blanco, o ambas cosas, pero me quedé de espaldas, disimulando con la vajilla de la alacena. El corazón me iba a mil, y no tenía claro si sentía más nerviosismo o alivio ante su pregunta directa.

—En los últimos diez años no he estado con ningún hombre —contesté con un tono neutro, casi como si recitara un parte meteorológico—. Pero soy bisexual, o eso creo. Cuando conocí a Elisa, acababa de dejarlo con un chico. Y no es que tenga que darte explicaciones sobre mi sexualidad.

Sam esbozó una sonrisa peculiar.

—No, no tienes por qué dármelas.

Después volvió a imponerse el silencio, aunque esta vez era distinto: más intenso, como si acabáramos de arrancar un velo y ahora nos miráramos con una perspectiva demasiado íntima.

Sentía el corazón queriéndose salir de mi pecho, un cúmulo de orgullo, ganas de proteger mi privacidad y, al mismo tiempo, una necesidad repentina de saber más de él y de lo que rondaba su cabeza. Y la tensión… la tensión flotaba entre nosotros como un hilo invisible, listo para vibrar otra vez si alguien lo pulsaba.

No estaba preparado para hacerlo sonar. No quería. Pero quizá ya era demasiado tarde.

Hice una mueca a modo de sonrisa y me di la vuelta para buscar algo que echar en la olla, lo que fuera con tal de llenar ese hueco entre nosotros. No encontré nada mínimamente decente y me maldije por haber comprado solo congelados y comida basura. En cualquier otro momento habría soltado una de mis típicas pullas sarcásticas, pero ahora no me sentía con ánimos. Me notaba expuesto, como si me hubiera quitado la coraza sin darme cuenta.

—Vale —dije al final, sin saber muy bien a qué estaba contestando—. Voy a preparar algo rápido. Luego tú, si quieres, corriges mi “intento culinario”.

Era mi manera retorcida de pedir una tregua. De fingir una normalidad que a cada minuto resultaba más difícil de sostener.

Sam no respondió. Se limitó a seguir tallando en silencio, y cada golpe del mazo retumbaba como si marcara el latido de mi corazón. O tal vez señalaba el inicio de una nueva etapa. Quizá peligrosa. Porque, si algo tenía claro de todo esto, era que cuando sacas a la luz partes de tu vida, ya no puedes fingir que no existen. Y a mí me estaba ocurriendo lo más extraño del mundo: estaba hablando con Sam, bajando las defensas, enseñándole quién era de verdad.

Puse un cazo al fuego solo para calentar unos raviolis de sobre (no tenía nada mejor), con la esperanza de ordenar un poco mis ideas. Cuando el agua empezó a hervir, eché la pasta y me di cuenta de que llevaba varios minutos sin articular palabra. Lo cierto era que me aterraba romper

ese hilo de tensión que nos unía. O lo que era peor, que se convirtiera en algo incontrolable.

Al final, fue Sam quien habló. Le oí levantarse de la silla, dejar sus herramientas y dar un par de pasos hacia mí.

—Te ayudo a colar los raviolis —murmuró, rozándome el brazo al pasar.

Y otra vez ese contacto: su mano tocándome el codo casi sin querer, lanzándome una descarga directa al cerebro. Sí, estaba claro: la tensión entre nosotros había cambiado, y yo no tenía ni idea de cómo desactivarla.

Comimos rápido, haciendo un par de comentarios vagos sobre el tiempo.

Luego él volvió a su trabajo y yo escogí uno de los libros que había en la cabaña. Vaya con los gustos de Brian… Jamás habría imaginado que una novela navideña de cowboys pudiera resultarme tan entretenida. Estaba agotado y aturdido por todo lo que sucedía: la distancia de casa, el aire helado de esta cabaña y la presencia de Sam, que con solo permanecer en silencio se hacía notar más que un desfile militar.

Me arrebujé bajo la manta, flexionando las rodillas sobre el sofá, y continué con la lectura. El protagonista era un cowboy solitario que regresaba al rancho familiar por Navidad, donde le esperaba un antiguo amor con el que —cómo no— todavía tenía cuentas pendientes. Un cliché de manual, pero, aun así, en la sencillez de esa trama encontraba cierto consuelo. Al menos era un pasatiempo, algo muy alejado de mi caos actual.

De vez en cuando levantaba la mirada del libro, como si sintiera un leve cosquilleo en la cara: el cosquilleo de la mirada de Sam. Pero en cuanto movía los ojos, él seguía totalmente concentrado en el bloque de madera que estaba tallando. Nada de lo que hacía parecía requerirle esfuerzo: sujetaba la gubia y el mazo con una destreza casi innata, dosificaba la fuerza con precisión y, cuando las virutas caían al suelo en diminutas espirales, las soplaba para dejar a la vista nuevos detalles. Parecía vivir en un mundo aparte, desconectado de todo.

Le tenía envidia. Sí, lo reconozco. Me daba un poco de rabia esa capacidad de concentrarse al cien por cien, de convertir un trozo de madera en una pieza de arte con esa calma que yo ya no recordaba. Creo que, hace tiempo, yo también sabía hacerlo, pero había pasado demasiado desde la última vez que trabajé la madera por puro amor al oficio. Desde que Elisa se cruzó por medio, mi labor se redujo a una carrera frenética por superar a la competencia —casi siempre Sam—, así que producía en serie o me complicaba la vida con diseños recargados con tal de asegurar ese maldito contrato de turno.

Me acordé de las veces que había pasado noches enteras en el taller, forzándome a cumplir plazos, convencido de que la vida era una competición eterna y de que ganar se medía en ceros en la cuenta bancaria. Y ahora, al ver a Sam y sus hombros firmes, con los bíceps que se tensaban apenas un segundo con cada golpe de mazo, sentí un pinchazo en el pecho. Como si estuviera mirando una versión de mí mismo que podría haber sido, si no hubiera escogido el camino equivocado.

Intenté concentrarme en la novela western. Las palabras fluían, pero se me hacía cuesta arriba. Cada párrafo me atrapaba en una ensoñación sobre un mundo más sencillo, con ranchos, pacas de heno, café caliente y algo de humanidad. De algún modo, esta cabaña ya era eso: paredes de madera, un fuego que crepitaba… Pero la presencia de Sam lo complicaba todo. Y, a pesar de la incomodidad, la hostilidad y los restos de esas charlas tan duras, se estaba bien. Reinaba un silencio casi agradable, como si, por una vez, ninguno de los dos quisiera fastidiar la tregua.

—Entonces —dijo Sam, clavando la vista en el bloque que seguía tallando—, de esos trabajos que conseguiste gracias a Elisa… ¿hay algo más que deba saber?

Sabía perfectamente a qué se refería. Lo del hotel, claro, aunque también imaginaba que tenía en mente otras licitaciones perdidas. Fingí ignorarlo y pasé de página en mi libro.

—No me apetece hablar de eso ahora —contesté.

Él dejó el mazo sobre la mesa, para enseguida volver a cogerlo, como si quisiera retomar el trabajo pero cargara con un peso que se lo impidiera.

—No sé si lo has pensado, William, pero perder aquel proyecto del hotel fue un golpe durísimo para mí. Perdí a un cliente muy importante. Y tengo la sensación de que eso solo era la punta del iceberg. Así me lo hiciste entender.

Solté un suspiro, abandonando la lectura.

—Entiendo cómo te sientes, Sam. Pero ¿crees que a mí me apetece revolver toda esa mierda otra vez? Solo de pensarlo me explota la cabeza.

—Ya me lo imagino —replicó, con un tono que de comprensivo no tenía nada—. Pero no puedo fingir que no sé nada ahora que he descubierto que ella te soplaba ideas para joderme. No soy el tipo más vengativo del mundo, pero sí necesito saber la historia completa.

Me puse de pie, apartando la manta con un gesto algo brusco. Ni siquiera estaba cabreado: simplemente me sentía agotado. Habría preferido seguir leyendo sobre ese cowboy dispuesto a reconquistar a su antigua novia. Pero Sam tenía su parte de razón; él también estaba implicado en este embrollo, y yo ya había abierto un boquete en mi vida privada. No podía pretender que lo obviara todo.

—Vale, de acuerdo. ¿Qué quieres saber?

Sam dejó la gubia sobre la mesa y cruzó los brazos. Su mirada era tranquila, pero bajo esa calma se notaba una determinación a prueba de bombas.

—Todo.

—Respiré hondo y di un paso al frente, como si estuviera a punto de confesarme ante un jurado—. Vale, veamos. ¿Te acuerdas de cuando competías por renovar el interior del pub de Old Town? Fue hace un par de años. Pues Elisa habló con el dueño —un viejo amigo de sus padres— y le soltó que estabas endeudado con el banco y que no podrías acabar el trabajo a tiempo. Era mentira, lo sé. Pero el tipo se acojonó y cambió de proveedor.

Escupí esas palabras con un nudo en la garganta, recordando lo fatal que me sentí en su momento, cuando Elisa se jactó de haber “resuelto el problema Sam”.

Sam se quedó impasible.

—¿Me estás vacilando?

—Quería ese proyecto, y ella me dijo que así funcionaba el negocio, que cualquiera haría lo mismo con tal de ganar. Yo… la dejé hacer y me llevé el contrato.

Él asintió, indicándome con la mano que siguiera hablando. Así que no tuve más remedio que contarle otras historias parecidas: la reforma de un bed & breakfast, el suministro de muebles a medida para un restaurante en Winter Hollow... En todas ellas, Elisa metía baza con métodos que llamar “sucios” se quedaba corto: soltaba mierda sobre Sam o falseaba cifras, difundía rumores sobre retrasos e incluso insinuaba que él tenía pleitos abiertos (por supuesto, falso). Mientras lo relataba, sentía un nudo en el estómago tan fuerte que, por un momento, deseé que Sam perdiera los nervios, me insultara o mandara la conversación a la mierda. Habría preferido mil veces un grito suyo antes que esa mirada fría y contenida, como si estuviera aguantando una rabia volcánica, memorizándolo todo para estallar con más puntería.

—Ya sé que ella es una hija de puta —solté—. Pero durante años fue muy importante para mí. Me enseñó la cara más asquerosa del negocio, esa de ganar a toda costa, y… en cierto modo, la idea me sedujo. Yo era ambicioso. Lo sigo siendo. Solo que, llegado el momento, ya no me

bastaba; no quería seguir manchando mi nombre porque, joder, este es el trabajo que amo y ella…

—Te arrastró a la fosa —remató Sam por mí, con un tono que no supe descifrar—. Pero admítelo: esa parte de ti ya estaba ahí. Si no, la habrías parado en seco. Aun sabiendo que hacía guarradas de las que te avergonzabas, seguiste detrás de ella.

Noté un picor intenso en la base del cuello. Por más que me jodiera admitirlo, tenía razón.

—Sí, lo permití. Y con los años, la gente de Winter Hollow me ha fichado como el capullo que roba trabajos y juega sucio. Y no les falta razón, supongo.

Sam apretó la mandíbula.

—Ya te digo que no —espetó, sin resultar hiriente, pero con una franqueza que me atravesó como un cuchillo. Casi me habría dolido menos que me gritara. En vez de eso, se mantenía sereno, y eso me humillaba aún más.

Se hizo un silencio en el que solo se oía el chisporroteo del fuego. Me sentía vacío, como si hubiera vomitado un informe de todos mis pecados y no supiera qué más añadir. Decidí completar el cuadro con la última historia, la más reciente: el contrato con el Ayuntamiento. No era gran cosa, pero quería ser totalmente sincero.

—Hace unos meses, Elisa volvió a Winter Hollow y descubrió que el Ayuntamiento planeaba reformar el despacho del alcalde. No era nada espectacular, pero ya sabes cómo va: querían renovar la sala de reuniones y la del alcalde. Ella, sin consultarme, fue a hablar… no sé si directamente con él o con quién, y enseñó mis trabajos. Ofreció un "precio especial" y, claro, se adelantó a que saliera un concurso público. Así que, en la práctica, me adjudicaron el proyecto a mí antes de que tú o alguien más pudiera presentar oferta. ¿Te das cuenta?

Sam asintió.

—O sea, que si quiero reformar mi casa, tendré que llamar a Elisa de patrocinadora —bromeó con sarcasmo, manteniendo ese tono tenso pero controlado. Intenté sonreír, pero solo me salió una mueca.

—Cuando descubrí que ella estaba detrás de todo eso y que, además, organizaba esa fiesta en mi casa para presentarme al alcalde como… un posible "candidato amoroso"… me di cuenta de que todo estaba mal. No quiero seguir así. Me hace sentir de mierda, ya no me reconozco. Corté con ella y quiero cortar con todas estas trampas. No sé si lograré limpiar mi nombre en el pueblo, pero… —Suspiré, pasándome la mano por el pelo—. Estoy harto de seguir echándome más mierda encima.

Esperaba algún tipo de reacción. Algo. Tal vez un insulto, una palabra de aliento o incluso una queja. Pero los ojos de Sam se posaron en la escultura que aún tenía a medias. Sus manos —las mismas que habían tallado la madera con tanto mimo— empezaron a temblar. Primero un leve temblor, luego algo más fuerte, como si contuviera una furia que de pronto encontró salida en un acto tan inesperado como brutal.

Agarró la pieza y la lanzó a la chimenea con un gesto lleno de rabia. La escultura cayó entre las llamas y saltaron un montón de chispas hacia la campana. Me quedé paralizado, sin saber qué decir o qué hacer. Estaba en shock, pero lo peor fue la punzada en el pecho al ver cómo aquella belleza inacabada ardía sin remedio.

—¿Qué coño haces, Sam?

SAM

En ese instante lo vi todo como a cámara lenta, como en esas películas antiguas de polis en las que llega la explosión y no puedes hacer más que mirar, sin poder evitarlo. Sentía el pecho subir y bajar al ritmo de una rabia que ya se me había ido de las manos, y de repente mi mano cogió la escultura y la arrojó a las llamas de la chimenea. Una parte oscura de mí lo hizo aposta, mientras que la otra gritaba que estaba cometiendo la mayor estupidez del siglo. Pero estaba demasiado furioso para pararme. Furioso conmigo mismo, por todo lo que había aguantado, por las injusticias y marranadas que me habían hecho a mis espaldas. Sin embargo, lo que más me descolocaba era esa necesidad extraña de proteger a William, de quitarle de encima toda esa mierda que lo consumía, de poder retroceder y gritarle a esa bruja que lo dejara en paz.

Mi creación ardía en la chimenea, igual que mis emociones.

Luego, como en un sueño retorcido, vi a William lanzarse hacia el fuego, con la cara desencajada, gritando algo que no entendí, para rescatar mi talla antes de que se quemara del todo. Y sí, un segundo más tarde la escultura, o lo que quedaba de ella, salió volando de la chimenea y aterrizó en el sofá.

Mi cerebro conectó un par de neuronas con retraso. ¡El sofá! Era de tela, podía arder en un suspiro, y una llama ya estaba lamiendo la tapicería. Abrí la boca para gritar, pero William se adelantó.

—¡Pero qué coño haces! —soltó con un chillido, sin molestarse en limpiarse la ceniza de los brazos. Tenía restos de hollín, un amago de quemadura en el antebrazo y, aun así, parecía darle igual. En vez de atender al sofá o a sí mismo, vio el momento perfecto para restregarme lo capullo que era. Se me vino encima, el pecho subiendo y bajando con cada respiración.

Y entonces llegó el empujón. Me estampó contra la pared con un golpe seco que hizo temblar los cuadros colgados. No era mucho más alto que yo, pero en ese momento me pareció un gigante.

—¿Te has vuelto loco? —su voz rota—. ¿Por qué coño te pones a quemar cosas? ¿Pretendes prenderle fuego a toda la cabaña?

Apreté los dientes. Seguía cabreado, pero era consciente de que me había pasado tres pueblos. Aun así, William no me dio tiempo a replicar. Sus manos me sujetaban contra la madera y sus ojos, abiertos como platos, me taladraban.

—Vale, Sam, soy un gilipollas —gritó—. He hecho cosas horribles, te he robado trabajos, me he cargado tu carrera, ¡pero qué coño quieres de mí! ¿No ves que mi vida está hecha pedazos? ¿Que he tenido que huir de mi propia casa porque mi ex está zumbada, lo controla todo y hasta quiere controlar mi polla? ¿Quieres que me martirice como un monje, que me prenda fuego, qué? ¿Qué se supone que me redimiría a tus jodidos ojos? Si pudiera dar marcha atrás, lo

haría. No por el pueblo, ni por mí. Solo para no ver la forma en que me estás mirando ahora.

Me quedé callado, observando el dolor en su rostro mientras me tenía pegado a la pared. ¿Me odiaba a mí o se odiaba a sí mismo? Quizás a ambos.

—Yo… yo ahora estoy viendo con claridad toda la mierda que he hecho y ya no me reconozco —continuó William con la voz quebrada, los ojos a punto de soltar lágrimas—. He perdido todos mis puntos de referencia, Sam, ¿vale? Ni siquiera sé quién coño soy. No soy el carpintero honesto que pensé que sería, ni el trepa social que Elisa quería. Tampoco soy el hijo del que mi padre pueda sentirse orgulloso, joder, ni de lejos. Me lié con una rubia explosiva, me convertí en un tiburón cínico y engreído, pero ni así le sirvo. Para él nada borra el hecho de que era un marica de tres al cuarto al que le gustaba tallar madera.

¿Estaba temblando su cuerpo? Quise abrazarlo, pero él me tenía inmovilizado.

Y yo tampoco podía moverme. Me sentía jodidamente atrapado.

—Estoy hasta los huevos de mi vida, Sam. Y vas tú y echas tu escultura al fuego, ¿qué coño te pasa por la cabeza? ¿No ves el valor que tiene cada cosa que haces? ¿Lo importante que es lo que creas?

Parpadeé, aturdido. Quise contestarle, soltarle mis propios gritos, pero las palabras se me quedaron atascadas. Me bloqueé, como si el cerebro se me hubiera colapsado. Él me presionaba el antebrazo contra el pecho y noté que le temblaba, como si quisiera derrumbarse pero se negara a hacerlo.

Estaba a punto de hablarle cuando miré por encima de su hombro.

—¡William, joder, suéltame! —grité—. ¡El sofá está ardiendo!

Lo vi abrir los ojos de par en par, confuso durante un par de segundos. Ambos nos giramos a la vez y vimos cómo las llamas ya se extendían por la tela y el relleno. Un humo negro y denso empezó a invadir la sala, con un hedor insoportable que rascaba la garganta.

William aflojó la presión y yo salí disparado hacia el cuarto al final del pasillo. Sabía que había un extintor; Brian me lo había enseñado el primer día por si acaso. Abrí la puerta, localicé el dichoso extintor y corrí de vuelta.

Cuando regresé, William trataba de sofocar las llamas golpeándolas con una alfombra, pero el lado izquierdo del sofá estaba ya envuelto en un fuego que avanzaba a toda leche.

—¡Aparta! —bramé, y sin dudar accioné la palanca. El chorro de espuma y polvo cubrió el sofá al instante, apagando las llamas en cuestión de segundos.

Una nube densa, blanca y gris, llenó el aire, haciéndolo irrespirable.

—Mierda… —maldije, tosiendo. Paré el extintor y eché un vistazo a mi alrededor. Toda la habitación estaba saturada de humo. El sofá, destrozado y empapado en espuma, seguía echando un calor sofocante, con los cojines chamuscados y la estructura medio carbonizada.

William se había apartado, con la cara pintada de rabia y estupor. Tenía el pelo manchado de hollín, una mancha negra en la mejilla y los ojos clavados en mí como si fuera… no sé, un puto extraterrestre o algo incomprensible. Y sinceramente, puede que no fuera el que más sentido común tuviera en ese momento.

—¿Estás bien? —le pregunté, con la voz ronca por el humo, mientras me ardían los ojos.

No contestó. Pasaba la mirada del sofá a mí, y de mí al sofá, y otra vez a mí. Entre tanto, yo intentaba poner en orden las ideas y averiguar cómo arreglar este desastre. El humo seguía espeso, me abrasaba los pulmones y una ráfaga de aire helado entraba por la ventana doble.

—Abramos las ventanas —dije en voz baja, dejando el extintor con cuidado en el suelo. Corrí a abrir la primera, luego la segunda. El aire gélido entró como un latigazo, levantando la nube de polvo blanco que cubría el suelo. Tuve un ataque de tos brutal y terminé estornudando.

Cuando me giré hacia William, él seguía clavado en el mismo sitio, con los hombros tensos y los puños cerrados a los lados.

—William… —empecé, pero la expresión de su cara me dejó sin palabras.

Poco a poco, como si cada paso fuera a costarle la vida, William se acercó a mí. Tenía la mirada completamente apagada. Ya no veía rabia, pero tampoco calma: solo una especie de desconcierto, un dolor tan intenso que le hacía temblar.

—Sam —murmuró con un tono de voz bajo y desgarrado—. ¿Qué… qué coño estamos haciendo? —Se detuvo un segundo, tragando saliva con dificultad—. Casi incendiamos la cabaña. Yo no…

No sabía cómo rematar la frase, y yo tampoco. Tenía la respiración desbocada y los ojos húmedos. Ese William que se creía tan duro, que me había contado cómo me fastidió proyectos enteros, estaba allí, con los labios temblorosos y una emoción apunto de explotar que no encontraba salida.

Le puse una mano en el brazo, pero él la apartó con un gesto brusco. No me golpeó ni me empujó, pero no me dejó acercarme. Nos quedamos mirándonos en silencio, rodeados del olor a quemado y del polvo del extintor, con el sofá destruido aún humeando.

En ese momento comprendí, con una claridad que dolía, que había desatado una tormenta que no se iba a calmar tan fácilmente.

Hubo un instante de silencio, mientras el humo y el olor a quemado se disipaban un poco gracias al aire que entraba por las ventanas. William no dijo ni una palabra. Su cuerpo seguía temblando, como si cada fibra estuviera debatiéndose entre largarse corriendo o quedarse.

Entonces bajó la mirada hacia sus manos manchadas de hollín.

—Ya no sé qué pensar de lo nuestro. Y no sé si aquí dentro cabemos los dos. Hay un puto infierno de cosas pendientes entre tú y yo. Y en vez de enfrentarlas, parece que estemos hundiéndonos más.

No podía contradecirlo. Mi escultura estaba hecha añicos, el sofá se había convertido en un amasijo de espuma sucia y tela quemada, y entre nosotros se había desatado tal caos que ya no sabía cómo manejarlo.

Le agarré la muñeca con cuidado; la noté tensa como una cuerda.

—Déjame al menos revisar si te has quemado el brazo —propuse, tratando de encontrar su mirada—. No soy médico, pero entiendo un poco de heridas.

Él dudó unos instantes y luego me mostró el antebrazo. Tenía una zona enrojecida, quizá una quemadura superficial. Pasé un dedo con cuidado cerca de la mancha, y lo vi apretar los labios, aunque no se apartó.

—Tenemos que limpiarlo y ponerte algo de pomada.

—Ok —murmuró en voz baja.

Fue una especie de tregua forzada: yo necesitaba compensar el arrebato de furia de antes, y él parecía demasiado cansado para protestar. Nos dirigimos a la cocina y, mientras abría el grifo de agua fría y buscaba un botiquín, no podía dejar de pensar en lo absurdo de toda esta situación. Él seguía en silencio, como si la bronca de hacía un rato lo hubiera dejado sin fuerzas. De vez en cuando alzaba la vista, y me pareció ver una mezcla de frustración y curiosidad… y también cierto temor. ¿Miedo a mí? ¿Miedo a lo que podríamos descubrir si seguíamos atrapados en esta cabaña con un sofá carbonizado y un montón de secretos y tensión de por medio?

Ni idea. Pero mientras le lavaba la quemadura y mi mano rozaba su piel, mientras él contenía un pequeño respingo, sentí que aún había fuego en esa habitación.

Durante un largo instante, fui incapaz de pensar en otra cosa que no fuera el calor de su piel

bajo mis dedos. William apoyaba el brazo sobre la mesa de la cocina y yo le colocaba una venda con todo el cuidado del mundo. Pero esa cercanía. Esa jodida cercanía. Me estaba volviendo loco.

Me inclinaba sobre él, necesitaba sujetarle el brazo porque no paraba de moverse, quizá porque le escocía y también porque era un culo inquieto por naturaleza. Cada vez que se movía, su brazo rozaba el mío y notaba sus músculos en tensión, su piel caliente.

—Aprieta los dientes un segundo —le advertí, ajustando la gasa con cuidado. Veía cómo se endurecían sus rasgos, esos de tipo terco y orgulloso que empezaba a reconocer en cada expresión suya. Fingía ser invencible y descarado, pero yo notaba que su resistencia flaqueaba. Intenté no prestar atención a su olor, una mezcla acre de humo y madera quemada con un fondo de jabón de sándalo, que seguramente se había dado en la ducha. Por un segundo recordé cómo se había metido casi hasta los codos en el fuego para salvar mi talla de madera. Una faceta suya que jamás había visto y que despertaba en mí un extraño instinto de protección. ¿Estaba perdiendo la cabeza?

Cuando terminé de vendarlo, eché las gasas sucias en una bolsa.

Él se miró el brazo e hizo una mueca.

—Lo del fuego podría haber acabado mucho peor.

Asentí sin decir nada y le tendí la mano para ayudarlo a levantarse, porque lo vi titubear un poco. William se apartó como si mi contacto le doliera más que la propia herida, y me dirigió una mirada de pocos amigos. Nos quedamos así, de pie, en la cocina, inundada de humo y polvo de extintor, los dos impactados por lo ocurrido, los dos al límite. Después, casi como si lo hubiéramos hablado, fuimos al salón, donde el sofá seguía echando un leve humo.

—Diría que nos merecemos un trago —murmuré. Necesitaba algo que me calmara. Abrí el mueble, saqué la botella de whisky y me serví un par de dedos en un vaso. Le serví otro a él. William se acercó por detrás, con cuidado de no hacer movimientos bruscos porque en cuanto se movía mal, ponía cara de dolor.

—Toma —dije al pasarle el vaso.

Nuestras miradas se cruzaron y sentí de nuevo esa descarga de tensión. Temía que me soltara un puñetazo o, peor todavía, que me besara. Y solo de pensarlo me estremecí. ¿Me lo estaba imaginando, o de verdad corría una corriente ardiente entre los dos? ¿Por qué demonios se me pasó por la cabeza que me besara?

William dio un sorbo lento, dejando que el whisky descendiera.

—¿Limpiamos?

Retiramos los cojines medio calcinados y los sacamos fuera, intentando ordenar un poco la habitación. Reunimos los pedazos de madera y el armazón del sofá —o lo que quedaba de él— y los arrinconamos. Confiaba en que, al día siguiente, encontraríamos la forma de deshacernos de todo. William, con el brazo vendado, hacía lo que podía y yo… madre mía, no podía evitar fijarme en cómo se le tensaban los músculos a pesar de la herida. Trabajábamos en silencio, sincronizados pero evitando rozarnos demasiado, como si hubiera una barrera invisible entre los dos que ninguno se atrevía a franquear.

Cuando terminamos, estábamos exhaustos. El olor a quemado seguía ahí, pero al menos el peligro de incendio había pasado. William dejó caer una manta en el suelo, donde aún había restos de ceniza, pero se lo pensó mejor y la colocó sobre el sillón.

—¿Qué haces? —pregunté, viendo en su cara el cansancio, pero también esa determinación de quien no quiere mostrar debilidad.

—Me quedo aquí —replicó con un tono arisco—. Ya no tenemos sofá, ¿no?

Le lancé una mirada que dejaba clara mi irritación.

—No digas gilipolleces. Ven a dormir a la cama.

Lo vi fruncir los labios, como si tuviera un repertorio de insultos a punto de disparar.

—¿Contigo? —espetó, con un brillo de recelo en la mirada.

Puse los ojos en blanco.

—Sí, conmigo. Venga, muévete.

Esperaba que mi "orden" no despertara demasiadas preguntas. La verdad, ni siquiera yo estaba seguro de que fuera buena idea; la tensión seguía a tope. Pero al mismo tiempo, pensar en dejarlo durmiendo en un sillón incómodo y, encima, herido, me hacía sentir como un cabrón.

William apretó la mandíbula, y sus ojos se llenaron de un extraño desafío. Tras vacilar unos segundos, negó con la cabeza y se encaminó hacia la habitación.

Reuní fuerzas y me metí en el baño, esperando liberarme al menos de una pizca de nervios. Me lavé la cara, intentando no mirarme demasiado en el espejo, porque tenía el gesto de alguien al borde de un colapso emocional. Revisé lo poco que había traído y encontré un chándal gris limpio y una camiseta sencilla de algodón. Quería sentirme cómodo. Pensé en coger también un pijama, pero se me había quedado en casa, tan convencido como estaba de que aquí iba a estar solo.

Cuando regresé al cuarto, William ya estaba de pie, con unos pantalones de chándal negros y nada más. Ni camiseta de tirantes ni nada que cubriera ese maldito torso, lleno de líneas duras y abdominales marcados. La luz del fuego del salón se filtraba por la puerta, resaltando aún más los contornos de sus músculos, y la visión me pilló completamente desprevenido. Tenía un tatuaje que empezaba en la ingle, justo por debajo de la cintura del pantalón, y subía hasta el costado, formando un dibujo complejo que no alcancé a descifrar pero que captaba la mirada sí o sí. Se me disparó el corazón y me sentí imbécil perdido. Me quedé un segundo de más mirándolo, y William se dio cuenta. Me observó como si quisiera leer cada matiz de mi desconcierto.

Preso del pánico, fingí que no pasaba nada. No pensaba darle la satisfacción de saber que me había impactado tanto y que corría el riesgo de montar una erección de escándalo solo con tenerlo en mi habitación. No quería que notara lo mucho que su pecho desnudo me dejaba sin aliento.

—Ponte algo.

—¿Te molesta que esté así?

¿Me estaba provocando?

—Haz lo que te dé la gana —respondí, encogiéndome de hombros. Y acto seguido llegó ese momento incómodo de decidir en qué lado de la cama se acomodaba cada uno. Me tumbé en mi lado habitual, el izquierdo, con la esperanza de que William captara la indirecta y fuera al derecho. Así sucedió. Se acostó sin decir nada, cuidando su brazo vendado, y yo me esforcé en no fijarme en su piel al descubierto, en la tensión de sus pectorales y, sobre todo, en no pensar en la erección que amenazaba con dejarme sin capacidad de raciocinio.

Apagué la luz, dejando la habitación sumida en una penumbra casi irreal. El chisporroteo de la chimenea y la tenue claridad que llegaba desde la sala nos envolvían en una atmósfera extraña. La sábana apenas nos cubría y sentía el calor de su cuerpo a escasos centímetros. Se me aceleró la respiración mientras intentaba contener la tensión que me oprimía el estómago.

Nos quedamos así un rato, mirando ambos al techo… o fingiendo que lo hacíamos. Tenía la cabeza a punto de estallar con mil pensamientos: el incendio, la escultura calcinada, las verdades que William me había confesado sobre sus jugarretas y la brutal tentación de rozarle la piel con

la punta de los dedos. Era de locos. Estaba hecho un lío y, aunque siempre pensé que lo odiaba, ahora sentía algo muy distinto.

—Estoy pensando en pirarme de aquí y volver a Nueva York —dije de pronto, rompiendo el silencio. Ni yo mismo sabía por qué se lo soltaba a él.

William se tensó a mi lado, como si una ráfaga helada le hubiera rozado la espalda. Afuera, el viento de verdad sacudía las paredes de la cabaña, pero dentro de la habitación el silencio era ensordecedor.

—¿Por mi culpa?

Me giré un poco, mirando su silueta en la penumbra. Parecía que estaba conteniendo la respiración… o tal vez era yo. Decidí ser honesto, aunque me costara encontrar las palabras adecuadas.

—Me has jodido demasiadas veces, William —susurré, sin saber qué más añadir. ¿Iba a explicarle que estaba perdiendo la guerra contra mí mismo? ¿Que ya no aguantaba tanta presión? ¿Que mi futuro aquí se había vuelto insoportable?

Permaneció inmóvil unos segundos, luego lanzó un largo suspiro y se dio la vuelta, dándome la espalda. Tal vez fuera su forma de rendirse o de elegir no discutir más. Yo lo imité casi por inercia, girándome hacia el mismo lado, a una distancia mínima que no me atrevía a romper. Notaba el calor de su cuerpo y, si me concentraba, podía incluso oír los latidos de su corazón. El mío latía igual de fuerte que mi polla, que presionaba de forma dolorosa contra la tela del pantalón.

Era una tortura. Una maldita tortura estar tan cerca y no tocarnos, conscientes de que entre nosotros se abría un abismo y, a la vez, una necesidad inexplicable que nos tenía en vilo, con la respiración entrecortada. Sabía de sobra que aquello rompía cualquier norma de precaución, pero no podía moverme: si me alejaba, admitiría que huía de algo más profundo, y si me acercaba, me rendiría al impulso de tocarlo, de acariciar su espalda fuerte o besar esa parte del cuello que asomaba entre su pelo negro.

Opté por quedarme quieto, con el corazón en un puño y sin moverme, mientras mi polla se ponía cada vez más dura y amenazaba con volverme loco. No sabía si William conseguiría dormirse o si estaba oyendo mis jadeos de deseo reprimido. Pero sí tenía claro que, al menos por esta noche, nuestro destino estaba suspendido en esa tensión de silencios y confusión, donde un simple roce podría desatar un incendio todavía peor que el que había reducido el sofá a cenizas.

WILLIAM



A la mañana siguiente me desperté sintiéndome a gusto y acurrucado en una cama cómoda. Abrí los ojos y vi a Sam al otro lado de la habitación, con los brazos cruzados y una expresión tan oscura que parecía que la noche anterior le hubiesen robado el coche.

—Buenos días —dije, intentando estirarme sin aspavientos. Todavía me dolía el brazo vendado—. ¿Has dormido bien?

Sam soltó un gruñido de fastidio.

—Si para ti "dormir" significa pasar la noche protegiéndome de un ladrón de mantas, entonces sí, he dormido de puta madre.

Bufé, levantando mi brazo vendado como si así demostrara mi inocencia.

—No lo hice queriendo, estaba medio inconsciente…

—Ni de coña —replicó, apuntándome con un dedo—. Eres peor que un pulpo, William. Me he pasado la noche muerto de frío. Y que conste: no pienso prepararte el café.

Mi primer impulso habría sido mandarlo a la mierda, pero aún tenía grabado el sonido del fuego devorando el sofá… Y, en el fondo, el recuerdo de que él me había echado una mano cuando me lancé a salvar la escultura.

Y luego…

Bueno, también estaba el pequeño detalle de haber pasado la noche juntos, uno al lado del otro, pese a todo. Seguía aturdido por aquella cercanía.

—No te preocupes, ya me las arreglo —dije.

Diez minutos después me descubrí en la cocina, peleándome con una cafetera que se negaba a cooperar. Con el brazo vendado resultaba complicado hasta enroscar la parte superior, y un par de veces estuve a punto de vaciar el agua por el suelo. Oía a Sam trajinando por el otro lado, mirándome de reojo de vez en cuando, probablemente para echarse unas risas a mi costa.

Al final, con un golpe de suerte, logré encajar la cafetera sin quemarme otra vez. Abrí un poco la ventana para ventilar: todavía flotaba un tenue olor a quemado por toda la casa, a pesar de la limpieza de anoche. Fuera, las ramas de los árboles seguían cubiertas de escarcha y la nieve caía con suavidad sobre los senderos. Ese paisaje invernal, tan romántico y apacible, contrastaba de pleno con la tensión que sentía por dentro… y con la que aún había entre Sam y yo.

Cuando por fin pude verter el café en las tazas, Sam pasó a mi lado y, de reojo, le vi con una sudadera oscura y unos vaqueros gastados que se ceñían a sus caderas como si fueran parte de él. Me fijé en todos los detalles: la forma de sus hombros, la tensión de sus bíceps, el contorno de su mandíbula que se apretaba con cada respiración. No era normal que me quedase ahí, escrutando cada milímetro de su cuerpo.

Él se limitó a asentir con la cabeza a modo de saludo y se puso a organizar su espacio de

trabajo tras el desastre del día anterior. Yo negué con la cabeza y apuré un trago de café. Afuera hacía un frío que pelaba, pero necesitaba entretenerme, así que se me ocurrió llevar el sofá quemado hasta el cobertizo. Lo empujé hasta la puerta, pero luego había que levantarlo. Agarré la parte menos dañada. La tela, medio mojada y medio convertida en ceniza, se desmoronaba bajo mis dedos. Solté un suspiro y seguí arrastrándolo.

Pesaba una barbaridad y la nieve hacía que todo resbalara. Por no mencionar mi brazo. Pero venga, William, gran idea.

Empecé a tirar, paso a paso, sudando a pesar del frío. Cada paso era un suplicio: resbalaba, me tambaleaba y no tenía un buen apoyo para mantener el equilibrio. Pero mi cabezonería podía más. Si Sam no quería ayudarme, peor para él. Ya le demostraría que podía apañármelas solo.

En mitad de mi obsesión, pasó lo inevitable: el pie se me fue en una placa de hielo oculta bajo la nieve. Intenté compensar el movimiento, pero ya estaba condenado. Patiné de espaldas y di un culazo épico. Y el sofá, como un armatoste enorme, decidió seguirme en la caída, arrastrándose por la nieve y quedando atravesado. Me di un buen golpe y solté una retahíla de improperios mientras me frotaba el trasero. Entonces vi a Sam en la puerta.

—¿Te lo estás pasando bien mirando el espectáculo? —gruñí, intentando ponerme en pie.

Él avanzó, abriendo los brazos en un gesto que podía significar "¿lo ves? Si vas de sobrado…". Luego, de repente, alzó los ojos al cielo, como si pidiera paciencia, y se echó a reír a carcajadas. Una risa que nunca se la había oído, llena, libre. Maldito cabrón sexy… Joder, era endiabladamente sexy cuando reía.

Lo miré de reojo, bufando por la vergüenza que acababa de pasar, pero algo en sus ojos —tal vez la forma en que me miraba de verdad— acabó contagiándome. Empecé a reírme tanto que se me saltaron las lágrimas.

—No sueltes ni una palabra, por favor.

—No te habría negado el café si llego a saber que estabas dispuesto a matarte para demostrar algo —soltó, con un destello divertido en la mirada.

Dejé escapar un suspiro.

—No me estaba matando, me las apañaba de maravilla. —Revisé la venda, que seguía en su sitio. Y sin dar más explicaciones, nos pusimos a arrastrar juntos el sofá hasta el cobertizo. Aquellas risas parecieron suavizar un poco la tensión entre nosotros. El cobertizo no tenía calefacción, pero al menos era un sitio seguro para dejar aquel trasto mientras decidíamos qué hacer con él. ¿Se enfadaría Brian? Tardamos un minuto entero en recobrar el aliento. Sam apoyó las manos en las rodillas, y me fijé en que aún sonreía un poco, con la respiración entrecortada. Tenía un copo de nieve prendido en el pelo y me dieron ganas de quitárselo. Por supuesto, no lo hice, pero me di cuenta de que lo había pensado.

¿Qué coño te pasa, William?

No sé si él captó algo; el caso es que apartó la mirada y asintió, saliendo primero. Me apresuré a seguirlo. Afuera, la nieve caía con más fuerza y el aire helado cortaba la piel.

Tras sacudirnos los copos, volvimos a la cabaña. Me dolían los hombros, el brazo me palpitaba y mi mente era un caos. La casa seguía oliendo a humo, aunque menos, y el calor de la chimenea me envolvió al instante. Eché un ojo al móvil, pero no lo encendí. Cogí un trapo y empecé a limpiar la sala principal, donde antes estaba el sofá. Aún había restos de ceniza y polvo del extintor. Me puse a fregar y fregar.

—William, la comida está lista.

Me giré, algo sorprendido. Pensé que, pese a nuestros piques, intentaba hacerme una especie de tregua.

Dejé el trapo y fui a la cocina, también atraído por el olor. No era un menú de chef, pero tenía buena pinta: patatas salteadas y huevos revueltos con un poco de verdura, un plato sencillo y reconfortante. Sam removía los huevos en la sartén mientras un cazo de agua hervía para la pasta. Eché un vistazo por la ventana: la nevada se había intensificado y los copos caían casi en horizontal, arrastrados por el viento.

—Así que… ¿viene tormenta? —comenté, fijándome en la mesa ya puesta. Vi que había colocado dos platos. Otro detallito de normalidad en medio del caos.

—Ajá —asintió Sam, en un tono lacónico—. Parece que va a caer buena hoy. No podremos salir a por más provisiones. Pero tenemos de todo, ¿no?

Me encogí de hombros, observando la nieve. No podía evitar pensar que era 30 de diciembre y que, en teoría, al día siguiente debía estar en otra parte. O tal vez no. Por un momento, me imaginé cómo sería quedarme aquí con Sam, atrapados en esta cabaña, y se me vinieron a la mente las imágenes borrosas de la noche anterior, nuestros cuerpos tendidos a escasos centímetros, esa línea difusa entre el odio y un deseo abrasador.

Tragué saliva.

—Sí, hay de todo en el congelador.

Sam apagó el fuego de la sartén y se giró hacia mí. Lo vi titubear, como si fuera a decir algo, pero negó con la cabeza y sirvió las patatas en un plato.

—Nos apañamos con esto.

Le dediqué una sonrisa tímida, notando cómo el corazón me latía un poco más deprisa. Solo sentía confusión, mezclada con un extraño calor que me inundaba el pecho. Tal vez estaba empezando a ver a Sam de otra manera, y eso me daba auténtico pavor.

Me senté, y él dejó el plato frente a mí.

—Buen provecho, ladrón de mantas.

—Gracias, chef —respondí en voz baja, separando un poco la silla para tener más espacio entre nosotros. Su cercanía me alteraba, me hacía temblar las piernas.

Una vez sentados, empezamos a comer en silencio. De vez en cuando, nuestras miradas se cruzaban y sentía cómo la tensión me subía por la espalda. El viento golpeaba la ventana, aullando como un animal que buscara refugio. Dentro de la cabaña, el fuego de la chimenea crepitaba, irradiando un calor acogedor que me hacía pensar —aunque suene cursi— en una idea de “hogar” que nunca antes había experimentado. Después de comer, seguí limpiando y, al anochecer, la ventisca de nieve de fuera seguía arrasando. Me senté en una silla junto al fuego, contemplando las llamas. De vez en cuando, le echaba una mirada al hombre rubio que se movía por la estancia, concentrado en buscar algo en los armarios o entre las cajas de herramientas.

Sam había estado raro todo el día: se movía del sarcasmo a silencios largos, como si se perdiera en pensamientos muy profundos. Yo no era mejor, la verdad: debatía entre las ganas de buscar bronca por cualquier tontería y la necesidad de… ¿de qué, exactamente? ¿De tenerlo cerca? ¿De hablar sin filtros? ¿De descubrir esos detalles suyos que nunca quise ver? ¿De abrazarlo?

En fin, cuando lo vi acercar la mesita que usaba como banco de trabajo hacia la chimenea, me di cuenta de que había puesto un segundo taburete al otro lado. Por un instante pensé que quería ampliar la superficie o que iba a hacer algún experimento extraño. Pero entonces noté que alineaba varias gubias, junto al mazo de madera y un cuchillo de talla más fino. De la caja de herramientas sacó otro cuchillo, que dejó con cuidado junto al primero.

Se me encendió la bombilla: estaba preparando dos puestos. Dos juegos de herramientas. Y había dos bloques de madera. Uno bastante grande y oscuro, y otro algo más pequeño y claro,

casi de abedul.

—¿Qué haces? —le pregunté con un deje de desconfianza.

Él se giró, sosteniendo un bloque de madera que me puso en las manos. La venda no me impedía sujetarlo, pero en cuanto mis dedos tocaron la superficie, sentí sus vetas bajo la yema. Fue una sensación única, y un ligero escalofrío me recorrió la espalda.

Sam no respondió al momento. Tenía una mirada intensa, los ojos parecían brillar más de lo normal, quizá por el reflejo del fuego. Su pelo rubio le enmarcaba el rostro decidido, con esa mandíbula que siempre había detestado… y que ahora me estaba volviendo loco. Sus labios se separaron para soltar una sola palabra, muy clara y directa.

—Esculpe.

En otro momento me habría reído o habría buscado la forma de discutir. Pero ese tono grave, tan directo y sin florituras, me dejó en blanco. Fue como un puñetazo en el estómago que, en vez de doler, me sacudió con una descarga eléctrica hasta la ingle. Sentí un tirón en la polla, pero mi corazón… pegó una voltereta brutal.

—¿Por qué tendría que tallar?

Sam se dio la vuelta y se sentó en su taburete, frente al bloque de madera más oscuro. Se acomodó con la compostura de alguien en un estudio de arte. Luego me miró otra vez, con esa intensidad que me ponía la piel de gallina.

—Porque lo necesitas, William. Y antes de que preguntes quién soy yo para decírtelo, ya te contesto: lo sé. Te conozco mejor de lo que crees. Esculpe. —Colocó cerca de su mano una gubia de punta curva—. No lo hagas para venderlo, hazlo para crear.

Cerré la boca, incapaz de soltar ni una sola réplica. En apenas tres días había captado exactamente lo que me hacía falta, pensé, notando un nudo en el pecho. Elisa, en ocho años, jamás entendió que me había alejado de mi creatividad más pura, volviéndome un mercenario capaz de quitarle clientes a cualquiera con tal de ganar pasta y presumir de ser el mejor. Sam, en cambio, había percibido mi vacío casi al primer vistazo.

Aun así, mi orgullo no me permitía mostrar la emoción que me hervía por dentro. Me encogí de hombros, fingiendo un leve fastidio.

—Vale —dije, acercándome al otro taburete que había preparado para mí y dejando el bloque en la mesita.

Hubo un breve silencio. Me había dejado a mano un cuchillo para desbastar, otro más fino y un pequeño formón con forma de gancho. Debía agradecerle que eligiera herramientas bastante básicas, ya que con mi brazo vendado no iba a ser muy preciso. Adoptando pose de tipo duro —o sea, de imbécil— agarré el cuchillo. Miré de reojo por si Sam quería darme alguna instrucción, pero él ya estaba concentrado en su propio bloque, quitando astillas con toques suaves, observando la veta y la dirección de la madera. Cada vez que golpeaba la gubia con el mazo, el sonido invadía la estancia con un ritmo casi hipnótico, acompañado por el crepitar del fuego y los aullidos del viento fuera.

Solté el aire. Venga, William, me dije. A ver si todavía recuerdas cómo se hace.

Tras un primer titubeo, empecé a limpiar los bordes del bloque, quitando las astillas más grandes. Lo más difícil fue al principio, porque no me sentía nada seguro y mi brazo herido me restaba estabilidad. Y, cada vez que lo miraba, lo veía sentado frente a mí, tan callado y demasiado atractivo en esa actitud de entrega total. Un par de veces alzó la vista, encontrándose con la mía; noté un escalofrío, como si me hubieran pillado viendo porno, y bajé la cabeza con las mejillas encendidas.

La primera media hora la pasamos así, cada uno a lo suyo. Yo recortaba, él trabajaba detalles

más finos. Advertí que estaba creando algo definido, aunque no supe qué. Empleaba con frecuencia la gubia en V para dibujar surcos precisos, y a ratos daba unos toquecitos con el cuchillo. Por mi parte, me centraba en dar alguna forma a mi bloque claro, sin saber muy bien qué resultaría. Aun así, a medida que la madera cobraba vida bajo mis dedos, sentía cierta ligereza por dentro. Era como ir desprendiéndome, poco a poco, de la carga de tantos compromisos y mentiras.

Sam lanzó un murmullo de aprobación al verme usar el formón con cuidado para no generar grietas. Traté de no pavonearme, pero una sonrisa involuntaria apareció en mi rostro. Era casi como regresar a aquel tiempo en que tallar era pura pasión, sin presiones ni segundas intenciones.

Tras una hora, mi pieza empezaba a asemejarse a un animal pequeño, quizá un zorro, aunque su cola seguía bastante indefinida. Me moría por saber qué hacía Sam, pero mi orgullo me impedía preguntarle. Él, mientras tanto, parecía concentrado en algo más geométrico, como si levantara una base o una estructura esencial que luego detallaría.

—Oye… —solté de pronto, rompiendo un poco la tensión—. No me habría imaginado que fueras capaz de compartir tus herramientas con un… rival.

Él levantó la mirada con media sonrisa, ladeando un poco la cabeza.

—Yo diría que ya hemos superado la etapa de “rivales”, ¿no crees?

El estómago me dio un vuelco. ¿Se me notaba que me ponía rojo?

—¿Y cuándo ha pasado eso exactamente?

—Tal vez cuando me enfadaste tanto que arrojé mi escultura a la chimenea.

Seguí tallando.

—¿Sí? A lo mejor fue cuando yo incendié el sofá.

—Creo que todo empezó cuando te pusiste a bailar en calzoncillos bajo la nieve.

Silencio. Sentí cómo toda la sangre se me iba a la entrepierna.

Menos mal que estábamos sentados. Esa tensión no era, ni de lejos, saludable.

—Pocos días y ya tenemos anécdotas para dar y tomar.

Sam sonrió apenas, con la mirada.

—Ya ves.

—Hazme el favor de no tirar también este bloque al fuego, Sam. Mis nervios no lo soportarían.

Nos echamos a reír los dos.

Seguimos trabajando en silencio durante un tiempo que se me hizo eterno. La chimenea mantenía un calor agradable, pero ese calor no llegaba ni de lejos a competir con lo que iba creciendo dentro de mí a cada minuto. Me hormigueaban las manos, no solo por el esfuerzo de tallar, sino porque, de vez en cuando, nuestras miradas se cruzaban. Y era como si un hilo invisible nos conectara.

Al rato, mi mano empezó a quejarse; me detuve para sacudirla, y Sam aprovechó para estirarse, moviendo los hombros y soltando un bufido de alivio. No sé por qué, pero me dio la risa de nuevo. Quizá porque nos veíamos uno frente al otro, sumidos en esa extraña “clase de talla compartida” mientras afuera el mundo nos amenazaba con nieve y viento huracanado. Era como una burbuja mágica, un paréntesis de complicidad donde no cabían rencores ni ganas de venganza, solo el olor de la madera y el crujir de nuestras herramientas en la superficie.

—Me pregunto qué pensará Brian cuando vea lo que le hemos hecho a su sofá —dije de pronto, solo para ver su reacción.

Él alzó las cejas y esbozó una media sonrisa.

—Creo que, dentro de mi lista de preocupaciones, eso está bastante abajo, la verdad.

Luego siguió tallando, pero su tono sonaba algo más liviano.

Yo continué con mi "zorro", delineando un hueco para los ojos y dando forma a las patas delanteras. Pasaba la cuchilla con cuidado, retirando virutas minúsculas e intentando perfilar la silueta para darle armonía. De vez en cuando, pasaba el pulgar por la superficie para notar la curva. Todo eso me recordaba mis veinte años, cuando soñaba con crear algo verdaderamente mío, con mi firma, antes de que Elisa y las exigencias del mercado me comieran el alma.

Miré a Sam y me di cuenta de que él también estaba puliendo detalles. Con una gubia más fina, trazaba arabescos o formas abstractas, y se notaba que tenía un plan muy claro para ese bloque. Era buenísimo en lo suyo. Cada vez que daba un golpe, las tiras de madera caían, revelando planos más complejos.

Había algo terriblemente íntimo en lo que estábamos haciendo: nuestras miradas, nuestras manos a escasos centímetros, compartiendo un espacio mínimo, con el fuego a nuestra espalda proyectando un juego de luces sobre nuestras piezas. Como si cada astilla que caía limara un poco la distancia entre los dos, quitando un punto más de desconfianza.

—¿Lo haces para ti o para vender? —preguntó él, cortando el flujo de mis pensamientos.

—Para mí —contesté sin dudar. Y era raro, porque era la primera vez en años que tallaba algo sin pensar en vendérselo al mejor postor, sino por el placer de ver cómo cobraba forma bajo mis dedos.

Él esbozó una sonrisa breve y volvió a concentrarse en su pieza.

—Bien.

Ya habrían pasado tres horas, y fuera la tormenta seguía rugiendo con la misma fuerza, cuando me di cuenta de lo sumergido que estaba en la tarea. Mi zorro cobraba forma: la cola, aunque incompleta, se retorcía en un bucle gracioso, y el hocico tenía una expresión muy viva. Y, cuanto más tallaba, más sentía un hormigueo de libertad y alegría que no recordaba haber tenido en muchísimo tiempo.

Al otro lado de la mesa, Sam se reía en voz baja con cada broma que compartíamos. Se burlaba de lo mal que me salían las patas, y yo lo picaba con su obsesión por las líneas perfectas. Estaba esculpiendo un árbol, lleno de trabajo y muy bonito. Complicado y rebosante de detalles estimulantes, como él. A veces se inclinaba ligeramente y su pelo rubio le rozaba la barbilla. Me daban ganas de estirar la mano y colocarle ese mechón tras la oreja.

Pero ninguno de los dos daba un paso para acercarse de verdad. Nos rozábamos con la mirada, con las palabras, con las sonrisas, pero siempre conservábamos una mínima distancia entre los cuerpos. Era como bailar en la cuerda floja, sabiendo que un paso en falso implicaba caer en un abismo de confusión y, quizás, de pasión.

Llegada la noche, Sam dejó a un lado su bloque y se enderezó, emitiendo un suave gemido de cansancio. Tenía virutas de madera colgándole del pelo y de la sudadera, y la mano derecha algo reseca, seguramente por la resina. Era una imagen tan… real, tan condenadamente hermosa, que tuve que desviar la vista para no quedarme embobado mirándolo.

Mientras tanto, sentí un nudo en la garganta: toda esa intimidad silenciosa me había desarmado más que cualquiera de las broncas que habíamos tenido. Notaba que, en esas horas de trabajo codo con codo, compartiendo herramientas y pasión sin apenas mencionar nuestras historias, se había creado un puente entre los dos. Y quería descubrir con todas mis fuerzas qué había al otro lado.

Pero no dije nada. Yo seguía siendo William, el tipo que la cagaba una y otra vez, y no deseaba estropear el frágil equilibrio que estábamos construyendo. No quería romper la magia de

esa tarde.

—¿Te tomas un descanso o ya te he dejado fuera de combate? —bromeé con una media sonrisa, intentando ocultar el torbellino que me recorría por dentro.

Sam alzó una ceja. —¿Yo, fuera de combate? Ni hablar —contestó, adoptando un tono de indignación fingida—. Pero si quieres, podemos picar algo…

Asentí, agradeciendo la idea de meter algo al estómago. —Sí, suena bien. Además, viendo cómo está nevando fuera, no parece que vayamos a salir pronto.

Nos levantamos y dejamos nuestras obras a medio hacer. Me quedé un instante contemplándolas, notando lo extraño que resultaba lo bien que encajaban. Sin habernos puesto de acuerdo, parecía que creábamos dos piezas que, al unirse, formaban un conjunto armonioso. Y no supe si eso era un símbolo de lo que estábamos llegando a ser… o la promesa de algo que aún no sabíamos expresar con palabras. Con el corazón desbocado y la mirada chispeante de deseo, seguimos el calor de la chimenea hacia la cocina. Y mientras el viento aullaba, me dije que, tal vez, por fin estaba empezando a entender por qué Sam me había puesto ese trozo de madera en las manos: para recordarme quién era y, sobre todo, quién podía llegar a ser.

SAM

Había improvisado una cena con lo poco que nos quedaba: algo de verduras salteadas, arroz recalentado, unos restos de queso. Nada emocionante, pero al menos calmaba el hambre. No esperaba que William me diera las gracias: después de haber compartido la misma cama y de pasar la tarde tallando juntos, entendí que su manera de mostrar gratitud era… no mandarme a la mierda. A mí me bastaba.

Al terminar de comer, nos sentamos frente a la chimenea con dos copas de vino en la mano. Afuera, la tormenta de nieve parecía intensificarse y, pese al fuego crepitante, sentía un frío que me calaba los huesos. Me acurruqué dentro de la sudadera y me acomodé en uno de los sillones.

—Si sigue así, mañana igual ni salimos a por leña —dije, fijándome en cómo el viento sacudía los cristales. William asintió, acercando la silla al fuego, visiblemente helado. Me serví otro chorrito de vino, con la esperanza de que me calentara.

Durante unos minutos hablamos de cosas superficiales: el frío, la reserva de leña, las provisiones. Luego, en un momento dado, noté que William se ponía inquieto. Jugaba con la copa, dándole vueltas entre los dedos, y me miraba como esperando el instante adecuado para decir algo.

—¿Qué pasa? —le pregunté, sin apartar la vista de las llamas.

—Nada… —Alzó los ojos hacia mí—. Es solo que… yo te he contado cosas muy incómodas sobre mi vida, te hablé de Elisa y de cómo me manipuló. En cambio tú no has contado nada de ti, no te abres en absoluto.

Un nudo me apretó el estómago. En efecto, lo había dejado desahogarse sin decir gran cosa de mí, aparte de mis frustraciones. Pero lo que más me impactó fue cómo lo dijo, como si de verdad necesitara conocerme. ¿Cómo habíamos llegado hasta esto?

—No hay mucho que decir sobre mí —respondí al principio. Pero era mentira. Bajé la voz y continué—: Sabes que vengo de Nueva York. Allí no tenía un taller propio de verdad. Trabajaba en un espacio compartido con un artesano de Brooklyn bastante conocido. Él me pasaba clientes y yo le ayudaba con algunos proyectos. Pero… —Me encogí de hombros—. No era suficiente. Estaba impaciente, quería encontrar mi camino, hacer algo mío.

—Puedo entenderlo.

—Ya sé que puedes entenderlo.

Noté la mirada de William volverse más atenta. Inclinó la cabeza, con esa expresión suya de cuando se esfuerza por escuchar de verdad, y me vino a la mente que unos días antes no lo habría creído capaz de hacerlo.

—¿Y luego? —me animó.

—Luego conocí a Dustin —dije, dando otro trago de vino para darme valor—. Teníamos más

o menos la misma edad. Él era fotógrafo, sobre todo de reportajes. Trabajaba para una agencia que lo mandaba por todo el mundo. Me llevó con él un par de veces, en esos viajes donde él hacía fotos y yo… bueno, yo solo estaba allí, creo que más bien de compañía. Dustin era un tipo dominante. Le gustaba controlarlo todo: el trabajo, las relaciones, mis espacios. Al principio me parecía bien, me atraía esa determinación suya. Pero con el tiempo, me di cuenta de que así estaba perdiendo mi propia esencia. Entonces, después de una bronca, decidí venir a Winter Hollow de vacaciones de Navidad, ya sabes, para desconectar un poco. Vine solo. Tenía veintiocho años. —Sonreí con tensión, recordando aquella primera vez—. Pero Dustin apareció pidiendo disculpas y, en pocos días, me enamoré de este lugar: el ambiente, la nieve, el pueblo que parecía estar lejos de todo. Dustin estaba incluso más entusiasmado que yo y me arrastró a la loca aventura de mudarnos. Yo podría dedicarme a tallar y él seguiría viajando, pero haciendo escala aquí. Yo era su hogar. Así lo decía. Nos mudamos. Abrí un taller minúsculo y él continuó viajando. Pero una mañana Dustin hizo la maleta y se largó, para siempre, sin siquiera sugerirme que fuera con él.

William me miró con los ojos muy abiertos, enfadado.

—Qué cabrón.

—Uno de esos egocéntricos. No es que fuera malo en el sentido absoluto, pero todo tenía que hacerse a su manera. Ni siquiera se despidió. Fue una separación bastante jodida.

Hubo un momento de silencio. Removí el vino en la copa, tratando de distraerme con el parpadeo de la llama.

Luego William carraspeó.

—Te afectó mucho…

—Me encontré aquí solo, fue complicado. Estaba contento de arriesgar con mi propio proyecto, pero a la vez me sentía vacío sin él. Tenía una presencia tan potente, como solo puede tenerla un narcisista.

Le di tiempo a asimilar mis palabras. ¿Comprendía que ambos habíamos vivido experiencias con gente retorcida? Aunque Elisa era peor. Solo pensar en ella me hizo cabrearme.

—Te mudaste hace ya unos años, así que ahora debes de tener…

—Treinta y cinco —dije, adelantándome a su pregunta, como si supiera a dónde iba.

William arqueó una ceja.

—Entonces eres mayor que yo. Yo tengo veintiocho.

No sé por qué aquel dato me impactó. Tal vez porque, sabiendo lo ambicioso y cabrón que podía llegar a ser, siempre lo había imaginado más viejo y curtido. Y sin embargo no, era más joven, y aun así había hecho un montón de cosas, buenas o malas. Nuestros ojos se encontraron. Un segundo, dos… y en ese instante sentí una oleada de calor atravesarme, mucho más intensa que el fuego tras mi espalda.

Dejé la copa en la mesita.

—Después de que Dustin se marchara, decidí quedarme. El taller era mi vida, por fin había encontrado mi camino. Ya no quise volver a Nueva York. Aquí intenté construirme algo: un nombre, una clientela estable, una existencia que fuera solo mía.

William asintió y partió un leño para avivar el fuego. Por un momento me dio la espalda y, cuando se giró con gesto pensativo, tenía los ojos un poco brillantes.

—Ahora entiendo por qué me odias tanto, Sam. Te he montado un follón en el trabajo, y el trabajo era la razón por la que te quedaste.

Se sentó en la alfombra, con las piernas cruzadas y la mandíbula tensa. A la luz cálida de las llamas, sus hombros y hasta su mirada parecían más suaves, como si estuviera bajando un poco

su coraza de tipo duro.

Me acerqué, agachándome a su lado. El calor me envolvió al instante, pero no bastó para contener los escalofríos que me recorrían por motivos muy distintos al frío. Me senté sin tocarlo, pero lo suficientemente cerca como para percibir su presencia.

—No te odio.

Él se volvió para mirarme, incrédulo.

—¿No me odias?

Negué con la cabeza.

—No. No te odio. —Apenas pude pronunciar esas palabras—. Para nada.

La mirada de William vaciló un momento, como si no pudiera creer lo que acababa de oír. Un destello de sorpresa, casi de alivio, cruzó por su expresión. Después se hizo el silencio. Un silencio tenso, cargado de algo que flotaba entre los dos. Puse las manos sobre mis rodillas, intentando controlar mi respiración, mientras él se quedaba mirando el fuego y su pecho se movía con un ritmo que yo traté, en vano, de sincronizar con el mío.

Estaba demasiado cerca de él. Percibía su olor, ese aroma que sabía a leña, a jabón y a un tormento indefinible. Quería agarrarle el brazo vendado, rozar mi mejilla contra su hombro, aspirar el aroma de su piel y de su pelo oscuro. Pero me quedé donde estaba, tragándome el impulso. Tenía un nudo en la garganta imposible de deshacer.

William continuó en silencio, con la mirada fija en las llamas. Parecía que dentro de él estuvieran pasando miles de cosas, y aun así, ni una palabra salía de su boca. Yo, por mi parte, sentía el corazón martillándome como si quisiera salirse de mi pecho. No sabía si estaba preparado, si estábamos preparados para dar ese paso inevitable que habíamos rozado en más de una ocasión en nuestros pensamientos.

Y así nos quedamos allí, uno al lado del otro, con los cuerpos cerca y los corazones revolucionados, en un silencio que ardía más que el fuego.

La conversación se reanudó a trompicones, como si cada uno esperara entender adónde quería llegar el otro.

—Entonces —dijo William, en un tono más ligero—, me has contado lo de Dustin, cómo llegaste aquí, lo mucho que te afectó aquella ruptura…

Se detuvo un instante, como si estuviera inseguro.

—Después de él, ¿has tenido otras relaciones importantes aquí en Winter Hollow?

Lo miré y noté en sus ojos un matiz de curiosidad casi celosa, pero también un velo de inseguridad, como si no quisiera pasarse de la raya. Esbocé una leve sonrisa, sintiendo un pequeño nudo de nostalgia en la garganta.

—Nada serio —respondí, encogiéndome de hombros—. He salido con un par de personas, pero nada que durara más de unas semanas. No tenía la cabeza para otra cosa. Estaba centrado en el taller, en mí mismo. Digamos que me faltaba el valor de arriesgar de nuevo.

William asintió, pasándose una mano por el pelo negro. Lo oí soltar un leve suspiro, casi como si se sintiera aliviado.

—Lo entiendo —dijo. Luego añadió—: Después de romper con Elisa, este último año no he estado con nadie. Ni con mujeres ni con hombres.

Me sorprendió, aunque tal vez no debería. Quizá asumía que alguien como él, con ese físico esculpido y esa actitud de tipo duro, siempre tendría a alguien calentándole la cama.

—¿Lo echas de menos? —me atreví a preguntar, intentando que mi tono sonara neutral.

William no respondió de inmediato. Dejó vagar la mirada por las llamas que se alzaban en la chimenea, mientras la nieve seguía azotando los cristales a nuestra espalda. Después se giró

hacia mí, con la mandíbula tensa.

—Creo que a veces echo de menos querer a alguien. Con Elisa fue una relación muy complicada, más parecida a una dependencia que al amor.

—Estás mejor sin ella, William.

Se volvió de golpe y me clavó la mirada.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro. —Luego sonreí—. Pero si lo que echas de menos es el sexo, puedes decirlo. Es normal. A mí me pasa.

Abrió los párpados un poco más, sorprendido.

—Echo de menos el sexo con hombres.

Esas palabras, tan directas, me golpearon el estómago. Observé su expresión, el modo en que se le tensaba un músculo bajo el pómulo, y sentí un calor repentino en el pecho, como si el fuego no estuviera solo frente a nosotros, sino también dentro de mí. Me ruboricé ligeramente —o al menos tuve la sensación de que me ardían las mejillas— y desvié la vista a algún punto indeterminado del suelo.

—¿Te das cuenta de que estoy aquí por tu culpa? —dije, con un hilillo de voz que no lograba enmascarar del todo la tensión.

William se puso serio al instante.

—¿En qué sentido?

Se movió un poco y, en ese momento, quedamos hombro con hombro sobre la alfombra, casi rozándonos los costados. Estábamos demasiado cerca, y era un milagro que no nos calentáramos más que con el propio fuego. Tragué saliva, intentando poner en orden mis pensamientos.

—Verás —proseguí, sin atreverme a sostenerle la mirada—, últimamente he pensado en mandarlo todo a la mierda. En marcharme, volver a Nueva York. Estaba tan cabreado que…

Me interrumpí, pasándome la mano por la nuca. No podía confesar en voz alta que la frustración me había aplastado hasta el punto de pensar en huir.

Pero William lo entendió al instante.

—¿De verdad quieres dejar Winter Hollow por mi culpa?

Apreté los labios.

—Cuando llegué a la cabaña, estaba prácticamente decidido a volver a Nueva York.

—¿Y ahora?

—Puede que haya cambiado de perspectiva. Pero tú también has puesto tu vida patas arriba. Recordaremos este Fin de Año por eso, ¿verdad? Has huido de Elisa, de la ciudad, de tus movidas… Las has dejado atrás para encontrarte en una cabaña conmigo. Una situación que, supongo, ninguno de los dos tenía prevista.

Él bajó la cabeza y sonrió.

—He mandado a la mierda ocho años de mi vida y aquí estoy, a un paso de incendiar esta cabaña.

Yo habría podido incendiarla con él, eso seguro.

Mientras hablaba, esbozó una sonrisa tensa, pero sus ojos estaban llenos de una emoción ardiente, casi febril. Me incliné hacia él, con el corazón a punto de salírseme por la boca. Estaba muy cerca, y de pronto me pareció que no podía respirar con normalidad. Ya no era el pique, el rencor, la aversión que nos había separado: era un deseo silencioso, casi atronador, que nos empujaba el uno hacia el otro.

—Sam —murmuró William, con la voz más grave de lo que nunca le había oído—. Yo…

No terminó la frase. Tal vez la acabó con la mirada.

Yo estaba tan abrumado por su olor, por la curva de su mandíbula, por el vaivén de su pecho al respirar, que no me contuve. Era como si todas las horas de tensión, de pullas, de miradas furtivas, confluyeran en una única decisión inevitable.

Aparté la vista hacia el fuego, cada vez más tenso.

Pero fue él quien habló primero.

—Sam, creo que necesitamos relajarnos.

Su mano resbaló por mi pierna y sentí cómo mi polla palpitaba bajo los pantalones. Se movió primero, nuestras narices se rozaron y luego nuestros labios se buscaron con una dulzura inesperada. Al principio fue un contacto vacilante, como pidiendo permiso para algo que ambos deseábamos conceder. Después, mientras una oleada de calor me explotaba en el pecho, sus brazos me atrajeron hacia él y el beso se volvió más hambriento, más intenso, más todo.

El ruido de la chimenea quedó relegado a un leve murmullo de fondo. La tormenta de nieve afuera se desvaneció, como si el universo entero se hubiera contraído en ese instante de contacto entre nosotros. Sus labios eran cálidos y suaves, y su aliento se mezclaba con el mío en un juego que jamás pensé que compartiría con William. Pero allí estábamos.

Un millón de sensaciones me asaltaron: la punta de su lengua rozándome, su olor, su pecho duro apretándose contra el mío y, sobre todo, ese hambre mutua, ese deseo que habíamos estado conteniendo demasiado tiempo y que ahora parecía no encontrar freno.

Cuando nos separamos, casi sin aire, nuestras miradas se encontraron en un intercambio mudo, cargado de asombro. Pude ver en él la misma confusión, el mismo arranque de pasión que me nublaba la cabeza, y una parte de mí comprendió que nada, a partir de ese momento, volvería a la normalidad que habíamos conocido.

Nos quedamos callados un instante largo, con las frentes casi pegadas y los corazones desbocados, mientras el fuego seguía iluminando intermitentemente nuestros rostros. Fue William quien rompió el hechizo con una sonrisa temblorosa, y su voz baja, casi un susurro:

—Este era el odio que sentíamos, ¿no?

No pude contener una carcajada, un sonido que salió mezcla de alivio y euforia.

—Sí —respondí, tirando de él para otro beso, más corto pero igual de intenso—. Es exactamente el odio que sentíamos.

Y mientras sus manos se aferraban a mi sudadera y las mías recorrían sus hombros, por primera vez en no sé cuánto tiempo, me sentí completamente vivo.

Nos separamos con la respiración entrecortada, y William deslizó una mano por mis pantalones, entre mis piernas, dejándome sin aliento. Me levanté de golpe, sin saber qué hacer. ¿Había besado a William? ¿Y por qué sentía un deseo por él que no había sentido jamás? Lo miré mientras también se incorporaba, a un par de pasos de mí. Su mirada era oscura, llena de una tensión que me puso la piel de gallina. Fui a sentarme al sillón, intentando aclarar lo que pasaba en mi cabeza. Cómo me sentía. Qué quería de él.

Sin embargo, William se acercó y se arrodilló ante mí.

—Joder… Era increíble. Increíble y peligroso.

Se quitó la camiseta, dejando sus pectorales al descubierto, unos pectorales que habría lamido toda la noche. Sus ojos seguían clavados en mí, así que abrí más las piernas para hacerle hueco, todavía de rodillas.

—No lo eches todo a perder —me advirtió.

La sonrisa que se dibujó en mis labios era justo la que esperaba. William metió las manos bajo mi sudadera y me la quitó. Al verme, soltó un gemido que fue directo a mi polla. La tenía tan dura como una piedra. Entonces hizo algo que me descolocó: inclinó la cabeza y la apoyó

contra mí, frotando su mejilla en mis pantalones. Notaba mi polla ardiendo de deseo dentro de los boxers, mientras él me masturbaba con el rostro, abriendo un poco la boca y gimiendo.

—William… —Pero lo único que salió de mis labios fue un jadeo.

—Estás tan duro… —gimió contra mi erección.

—Sácamela.

Alzó la cabeza, conteniendo el aliento ante el tono ronco de mi orden. Luego me bajó los pantalones del chándal, y mi polla saltó, golpeándome los abdominales. William se relamió al verla.

—Sabes, Sam, hace muchos años que no veo la erección de un hombre tan de cerca.

Se inclinó para rozar con sus labios húmedos la punta de mi polla y succionó apenas. Eché la cabeza atrás y cerré los ojos. Su boca estaba tan caliente y mojada que cada sensación me golpeaba con una intensidad que me volvía loco.

William se tomó su tiempo, lamiendo y besando la punta como si saboreara un polo. Cada caricia de su lengua lanzaba descargas de placer por mi columna, haciéndome temblar.

—Cristo, William… —gruñí entre dientes, enredando los dedos en su pelo oscuro. Su boca era puro vicio.

Él alzó la vista hacia mí bajo sus espesas pestañas, con los ojos oscurecidos de deseo.

—¿Te gusta? —murmuró, deslizando sus labios a lo largo de toda mi polla.

Sentirlo vacilar de esa manera despertó en mí unas ganas brutales de follármelo hasta derramarme dentro de él. No pude responder, pero mi polla, palpitando contra su lengua, habló por mí. William sonrió satisfecho y, sin previo aviso, se la tragó hasta la base.

—Joder, Will —solté, aferrándome a su cabello. El calor húmedo de su garganta me envolvió y me arrancó un gemido gutural. Empezó a chupar y lamer con ganas, bombeando la base con una mano mientras con la otra me masajeaba las pelotas.

Mi orgasmo ya se acercaba, acumulándose en el bajo vientre, listo para explotar. Pero no quería correrme tan rápido. Quería prolongarlo y saborear cada segundo de ese contacto íntimo y bestial.

—Vas a ser mi ruina, William.

Él continuó engullendo mi polla, hundiéndola en su garganta hasta el fondo. Jadeaba, gruñía y soltaba pequeños quejidos…

—Lo haces de puta madre, no pares, por favor. Quiero follarme tu boca. Una y otra vez…

Aumentó aún más la intensidad y empecé a acompasar sus movimientos con mis caderas.

—¿Puedes tragártela entera con esa boquita caliente?

William tenía los ojos vidriosos, se estaba ahogando, pero relajó la garganta y empujé con más fuerza.

—¿De verdad me deseas, William?

Él aflojó el ritmo y sacó mi polla de entre sus labios. Pasó la lengua por el glande y me hizo apretar los dientes; las pelotas me ardían de ansia.

—No me lo preguntes más —susurró, y frotó su erección, aún dentro de los pantalones, contra mi pierna. Pero ambos sabíamos que mi pregunta no iba solo de sexo.

Entonces se irguió para darme un beso en la boca, tan lascivo que mi polla gritaba por ser liberada. Descendió hacia mis pectorales y luego regresó justo donde más lo necesitaba.

—¿Quieres que me corra, cariño?

—Joder, Sam… —Se llevó la mano a la entrepierna—. Me encanta que me llames cariño.

William volvió a tragarse toda mi polla, chupando y lamiendo como si no existiera nada más en el mundo. El placer fue tan intenso que tuve que aferrarme a los reposabrazos del sillón para

no venirme al instante. Podía oír su respiración agitada, notar cómo disfrutaba haciéndome gozar, y eso encendía aún más mi deseo.

—Eres increíble, cariño —jadeé, alzando mis caderas—. Tu boca es perfecta. Eres… una maravilla. Una boca perfecta para mí.

William gimió alrededor de mi polla, haciendo que una vibración exquisita recorriera mi piel hipersensible. Una de sus manos se deslizó por mi vientre y mi pecho, jugueteando con mis pezones endurecidos. Cada caricia me lanzaba un fogonazo eléctrico por todo el cuerpo.

No podía creer que fuera William quien me diera tanto placer. Pero en ese momento, nada importaba más que las sensaciones demoledoras que me ofrecía. Solo deseaba abandonarme a él, perderme en el calor de su boca y sus caricias. Me hacía sentir como si fuéramos la misma maldita vibración.

Noté el orgasmo aproximarse cada vez más, un hormigueo intenso en la base de la columna.

—Will, voy a correrme… —lo advertí con voz ronca.

Él no se detuvo. Al contrario, intensificó sus movimientos, chupándome con más ansia y masajeándome los testículos con una mano. Solo bastaron un par de embestidas más para que explotara con un gemido ahogado. Ya no podía contenerme. Con un rugido grave, me corrí con fuerza, derramándome en su garganta en oleadas calientes. William tragó con avidez, apurando hasta la última gota y siguiendo hasta que mi polla dejó de palpitar.

Me desplomé contra el respaldo del sillón, con la respiración entrecortada y el cuerpo aún sacudido por los espasmos del placer. William se apartó con lentitud, relamiéndose los labios con aire triunfante. Fue ascendiendo por mi cuerpo a base de besos ardientes sobre mi piel sudada, hasta fundir su boca con la mía en un beso voraz que volvió a dejarme sin aire. Después retrocedió para ponerse en pie. Yo seguía aturdido, ardiendo, completamente encendido. Lo necesitaba encima de mí, lo deseaba de todas las formas posibles. Precisamente a él. Darme cuenta de ello me sacudió como un latigazo. Lo quería con todo mi ser, y además anhelaba ver cómo esa manipuladora de mierda desaparecía de su vida.

William me miraba mientras se bajaba los pantalones y se quitaba los boxers.

—Joder.

Se aproximó, sosteniendo su erección con la mano. Era una polla impresionante… larga, gruesa, enrojecida y perlada de líquido preseminal. Dio otro paso. Un escalofrío me atravesó al notar que mi propia polla volvía a desperezarse con fuerza.

—¿Te gusta lo que ves? —murmuró con voz grave, acariciándose despacio.

Tragué saliva con dificultad.

—Joder, sí… estás increíble.

Me lamí los labios sin darme cuenta, hipnotizado por la escena. Quería saborearlo, notar su peso en mi lengua, hacerle disfrutar como él acababa de hacer conmigo.

—Ven aquí —susurré con la voz ronca, alargando una mano para agarrarlo de la cadera y acercarlo a mí. William se dejó guiar hasta colocarse entre mis piernas, con su polla justo ante mi cara.

Sin titubear, la capturé con mis labios, deslizando poco a poco su longitud dentro de mi boca. William soltó un gemido gutural y echó la cabeza hacia atrás, abandonándose al placer repentino.

—Joder, Sam… —jadeó, enredando los dedos en mi pelo.

Empecé a chupársela con ansia, disfrutando de su sabor y de cómo llenaba mi boca. Lo quería hasta el fondo de la garganta, enloquecerlo del mismo modo que él acababa de enloquecerme.

Alcé la vista hacia él mientras me lo metía cada vez más hondo. Mantenía los ojos cerrados,

el rostro transformado por el éxtasis. Ver lo que le provocaba me ponía aún más cachondo. Sentí mi polla endurecerse de nuevo, reclamando más.

Le agarré las nalgas firmes, empujándolo para poder tragármelo entero. William gimió sin cortarse, avanzando las caderas de forma instintiva y empezando a follarme la boca con un ritmo pausado, gozando de cada sensación.

Le lamía el glande mientras él se pajeaba la base.

—Quita esa mano —ordené, apretándole las nalgas lo justo para que le doliera. Ese leve pinchazo hizo que su polla diera un respingo contra mi lengua.

William apartó la mano de su polla y, entonces, me la tragué hasta la base, deslizándola por completo en mi garganta. Soltó un gemido ahogado, arqueando la espalda de puro placer.

—Sam… eres increíble —musitó, temblando un poco.

Empecé a menear la cabeza adelante y atrás, rodeando su polla con labios y lengua. William se dejó llevar por gemidos cada vez más intensos, con las manos enredadas en mi pelo, sin forzarme.

Seguí chupándolo con un único objetivo: que se corriera a gusto. Sus caderas se mecían solas, buscando más calor, más fricción dentro de mi boca.

—Dios… estoy a punto… —logró balbucear, respirando con dificultad.

Aceleré el ritmo, bombeándole la base con una mano mientras lo chupaba con ganas. Noté sus pelotas contraerse y cómo su verga latía con más fuerza.

Con un gruñido ronco, William se corrió, echando la cabeza hacia atrás. Su semen caliente me inundó la boca en oleadas, y lo tragué todo, saboreándolo hasta la última gota.

Cuando sus espasmos remitieron, la polla de William se deslizó de mis labios con un suspiro de pura satisfacción. Se dejó caer sobre mis piernas, todavía temblando. Lo atraje para un beso profundo, compartiendo el sabor de su propio orgasmo.

Nos quedamos así un rato largo, frentes juntas, recuperando el aliento sin prisa. No hacía falta decir nada. Lo que acababa de suceder entre nosotros iba más allá de cualquier explicación lógica. Había sido pura pasión, una explosión de deseo contenido durante demasiado tiempo.

Cuando nuestras miradas volvieron a cruzarse, leí en sus ojos el mismo pensamiento que me rondaba: no había vuelta atrás. Fuera lo que fuera esto que nos unía, acababa de cambiar para siempre. Y mientras aferraba a William contra mi pecho, sintiendo su corazón palpitar al unísono con el mío, supe con total certeza que no habría ningún otro lugar en el mundo donde preferiría estar.

WILLIAM



El agua caliente de la ducha me caía encima sin lograr disipar el frenesí de mi piel. Acababa de chuparle la tremenda erección a Sam, el hombre al que casi había arruinado profesionalmente, el carpintero más sexy que había conocido. El macho que hasta hacía poco consideraba mi rival… y que ahora era el único que deseaba. El único.

Recordé cómo mi polla se hundió en su boca. Jamás pensé que me correspondería, ni que fuera tan condenadamente bueno con esa lengua pecaminosa. Mierda. El sexo con los hombres podía ser una jodida maravilla. No, gilipolleces. Con él era increíble.

¿Cuánto tiempo hacía que no me sentía tan en mi propia piel? Desde los primeros tiempos con Elisa, cuando me mentía creyendo que me quería por lo que era, y no por lo que pretendía hacer de mí. Sam, en cambio, lo sabía todo de mí, aunque apenas lleváramos unos días hablando de verdad. Aún recordaba cómo me puso ese trozo de madera en la mano para tallarlo: me entendía. Sabía que necesitaba reconectar con mi centro, con ese fuego interior, sin pensar en el dinero ni en la puta carrera.

Y ahora me estaba esperando; teníamos que compartir la cama... y yo me moría de ganas de follar con él, de sentirlo todavía más cerca. Me puse el albornoz y salí. Sam estaba apoyado en la encimera de la cocina, brazos cruzados sobre el pecho desnudo y los pantalones de chándal lo bastante bajos para dejarme ver el vello de su pubis… mierda, mi polla reaccionó al instante.

Pero en cuanto levanté la vista, noté que sus ojos estaban cargados de sombra. Un escalofrío de tensión me recorrió. Sam avanzó hacia mí con paso demasiado seguro y me estampó contra la pared. La fuerza del impacto me hizo jadear. No era un juego, no había nada de erótico: Sam hablaba en serio, estaba cabreado.

—¿Qué te pasa?

Sus manos me inmovilizaron contra el muro.

—¿Qué está pasando, William?

—¿De qué hablas?

—¿Esto es una broma? ¿Te estás riendo de mí?

No entendía nada; su cuerpo seguía pegado al mío y mi respiración estaba acelerada. No me apetecía pelear con él, joder, si acabábamos de regalarnos un orgasmo brutal, pero algo turbio se le estaba pasando por la cabeza.

—Dime qué te pasa, Sam.

—¿Te estás burlando de mí? ¿Es eso? ¿Otra de tus manipulaciones y las de tu ex? ¿Lo teníais todo planeado?

Esas palabras me partieron el corazón. Seguía viéndome como el cabrón que le había robado los encargos con malas artes y deslealtad.

—Apártate, Sam.

Lo empujé con fuerza, haciéndolo retroceder un par de pasos. El roce de nuestros cuerpos semidesnudos me provocó una descarga eléctrica por la espalda, pero la rabia y la confusión ganaron al deseo.

—No me estoy riendo de ti —gruñí, mirándolo entrecerrando los ojos—. ¿Cómo se te ocurre que todo esto es una manipulación? Acabas de chuparme la polla y yo... ¿De verdad piensas que lo hice para joderte la cabeza?

Sam apretó la mandíbula, con los puños cerrados a ambos lados.

—¿Y cómo voy a saberlo? Perdona si me cuesta confiar después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

Un pinchazo me atravesó el pecho al oírlo decir aquello. Entendía perfectamente sus motivos para dudar de mí, pero escucharlo poner voz a sus miedos dolía como el infierno. Me acerqué un paso, intentando mantener la calma pese al caos de emociones que sentía.

—Escúchame bien, Sam —murmuré entre dientes—. Lo que acaba de pasar no es un juego para mí. Ni manipulación ni engaño. Es solo que... te deseo, ¿vale? Te deseo como un loco, y ya no puedo fingir lo contrario. Me gusta la persona que soy cuando estoy contigo. La madre que me parió, casi ni me reconozco. ¿Es esto lo que significa ser uno mismo? ¿Que alguien te acepte sin intentar cambiarte? Yo diría que eres tú quien me está volviendo loco, Sam. Sí, tú, con toda esa mierda de sensaciones increíbles que me provocas desde el primer momento en que entré aquí. Te deseo, y quiero hablar contigo, follar, que me cocines cosas deliciosas, tallar madera y chuparte la polla hasta que me supliques que pare. Sé que es difícil creerme; para mí también. Pero desde que llegamos a la cabaña, vuelvo a sentirme yo… contigo. Capullo, ¿entiendes? Contigo.

Lo miré directamente a los ojos, dejándole ver toda mi vulnerabilidad, todo mi maldito miedo a que él me hiciera daño. Sam sostuvo mi mirada durante varios segundos, como si intentara leerme por dentro para averiguar si podía fiarse de mí de una vez. Al final, apoyó su cuerpo contra el mío. Sentí el calor de su piel, su aliento en mis labios. Su expresión se suavizó un poco.

—Yo también te deseo, William —susurró, tan bajo que casi no lo escuché—. Pero tengo miedo. Miedo de dejarme llevar y descubrir después que solo me he estado haciendo daño.

Noté un nudo en la garganta al oírlo, una mezcla de emoción y frustración. Asentí despacio, tratando de aclarar mis ideas.

—Lo entiendo, Sam. De verdad. No puedo borrar el pasado ni las cagadas que he hecho. Pero te juro que esto, lo nuestro, es real para mí. No estoy fingiendo ni manipulando. Solo quiero estar contigo.

La voz se me quebró en esa última palabra. No estaba acostumbrado a mostrar mis sentimientos así, sin filtros ni máscaras. Pero con Sam era distinto. Con él quería ser auténtico, sin jugar a jodidas intrigas de poder.

Sam me observó con intensidad, como si intentara atisbar mi alma. Luego, para mi sorpresa, alzó una mano y me acarició la mejilla con los dedos, con una ternura temblorosa pero sincera.

—Entonces veamos adónde nos lleva todo esto.

Entonces su expresión cambió. Sam me desató el albornoz sin apartarme de la pared. Sentí que se me cortaba la respiración.

—La forma en que me miras…

No quitó la vista de la mía mientras su mano descendía hacia mi polla. Me lamió los labios con devoción, sin soltar el puño que apretaba mi erección hinchada.

—¿Sam?

—¿Qué pasa?

—Quiero ser tuyo.

Él alzó la mirada, soltando una maldición cargada de deseo, y me arrastró hasta la habitación.

—Iré despacio contigo, baby. —Me advirtió mientras se desnudaba por completo—. Quiero que saborees cada segundo.

Antes de darme cuenta, ya estaba tumbado en la cama, sin el albornoz, y Sam se cernía sobre mí. Me contempló desde lo alto, su cuerpo desnudo y musculoso alzándose como una maldita fantasía. Sus ojos brillaban de deseo, pero también reflejaban una ternura que me hizo temblar por dentro.

Se inclinó y me atrapó los labios en un beso abrasador que me dejó sin aliento. Sus manos recorrieron mi cuerpo, acariciando cada centímetro de piel y dejando un reguero de fuego a su paso. Me estremecí bajo su toque, deseando aún más. Sam siguió descendiendo con los labios por mi cuello, mordisqueando y chupando puntos sensibles que me hicieron arquear el cuerpo contra él.

—Eres tan jodidamente hermoso, William —murmuró contra mi piel—. Quiero probar cada parte de ti.

Aquellas palabras me arrancaron un gemido cargado de necesidad. Yo también lo anhelaba, lo quería en todas partes: dentro y fuera de mí, hasta que no quedara claro dónde acababa uno y empezaba el otro.

Sam continuó con su cadena de besos ardientes bajando por mi pecho y mi vientre, su barba causándome un cosquilleo tan excitante que me erizaba la piel. Cuando llegó a mi ingle, mi polla ya estaba dura y goteando, lista para él.

Pero Sam me sorprendió. En lugar de tomármela de inmediato con la boca, me giró con suavidad hasta ponerme boca abajo.

—Quiero saborearte por completo —repitió con esa voz ronca de deseo.

El corazón me dio un vuelco al notar su aliento cálido sobre mi espalda. Fue descendiendo con la boca a lo largo de mi columna, cada vez más abajo, hasta llegar a mis nalgas. Entonces las separó con cuidado, dejándome completamente expuesto a su mirada hambrienta.

El primer roce de su lengua en mi entrada me arrancó casi un grito de lo intenso que fue. Había olvidado lo que se sentía al tener la lengua de un hombre en mi culo. Estaba perdiendo la cabeza. Sam lamió y chupó con dedicación, hundiendo la lengua y provocándome espasmos y gemidos desesperados. Era una tortura deliciosa, un placer tan íntimo y arrollador que sentí que me deshacía por completo.

—Joder, Sam… —jadeé, empujando contra su boca sin darme cuenta. Entonces él se detuvo y buscó algo en el cajón de la mesilla. Me acomodé de lado mientras se situaba detrás de mí, besándome la nuca. Su mano volvió a mi culo y noté que sus dedos estaban lubricados.

—Tus manos… Me encantan tus manos.

Con una mano, Sam me alzó un poco la pierna; con la otra se centró en mi agujero.

—¿Te gustan mis manos?

Introdujo un dedo. Lo adoraba. A ese hombre lo adoraba.

—Eres carpintero. Sabes cómo usarlas.

Él soltó una risa ronca contra mi cuello mientras me lamía detrás de la oreja y ensanchaba mi entrada con los dedos.

—Tú también lo eres, William. Solo debes recordarlo todos los días.

Aquellas palabras me estremecieron por lo acertadas que eran.

—Más… —susurré, jadeando. Sam metió otro dedo.

Se movía con cuidado, y yo estaba más que preparado. Lo ansiaba con todo mi ser.

—¿William?

—¿Hm…? —apenas podía articular—. ¿Qué quieres de mí, Sam?

—Necesito entrar en ti, cariño, por favor. Déjame colarme dentro de tu cuerpo.

Me faltó el aire, y para que supiera que también lo deseaba, empujé mi trasero hacia él, restregándolo contra su erección palpitante. Sam soltó un gemido gutural y me mordió el hombro con un gesto posesivo.

—Dios, William, me vuelves loco —gruñó, frotando su polla entre mis nalgas.

Me estremecí de placer y de pura expectativa, temblando por la necesidad. —Por favor, Sam… Te quiero dentro. Ya.

Con un último beso abrasador en mi nuca, Sam se acomodó detrás de mí. Noté la punta de su polla empujando mi entrada y contuve el aliento, sintiendo el corazón a mil. Se había lubricado sin que me diera cuenta.

Despacio, con una dulzura que casi me hizo derretirme, Sam se fue abriendo paso centímetro a centímetro. La sensación de ser llenado, de sentirlo abrirse paso en mi interior, me hizo agarrarme con fuerza a las sábanas. Una mezcla de ardor y anhelo recorría todo mi cuerpo mientras él se hundía más y más.

Cuando finalmente estuvo dentro, Sam se detuvo, dejándome asimilar su invasión. Me rodeó con los brazos, su pecho firme pegado a mi espalda, y cubrió mi nuca y hombros con besos suaves.

—Estás tan apretado… joder —soltó con la voz ronca de deseo—. Me haces sentir increíble.

Esas palabras me derritieron un poco más. Me empujé instintivamente contra él, haciéndolo entrar aún más profundo.

—Muévete, Sam… fóllame.

Ardía y dolía… pero al mismo tiempo, me hacía sentir más vivo que nunca.

Sam empezó a embestir con un ritmo lento y firme, dejándome sentir cada centímetro de su dureza. Me sujetó la polla con una mano, acariciándome al compás de sus empujones. Una oleada tras otra de placer me atravesó, cada vez más fuerte, arrastrándome hacia un abismo de puro éxtasis.

—Joder, William… voy a correrme… —jadeó Sam contra mi cuello, todo su cuerpo temblando por el esfuerzo de contenerse.

—Córrete conmigo… llename… —susurré, rogándole, mientras me apretaba contra él, desesperado por sentirlo palpitar dentro de mí.

—Todavía no, baby. Aún no.

Sam aminoró el ritmo y salió de mí para hacerme dar la vuelta.

—¿Por qué te has detenido…?

—Porque aquí mando yo, y te diré cuándo puedes correrte.

La forma en que lo dijo hizo que mi polla diera un respingo.

—¿Te gusta llevar el control, Sam?

—¿Te supone un problema?

Por supuesto que no. Moría de ganas de que me dominara.

—Dime qué hacer. Quiero obedecerte.

Sam me lanzó una mirada cargada de lujuria, con los ojos oscurecidos por el deseo.

—Tócate para mí, William —ordenó con voz grave—. Enséñame cuánto lo disfrutas, cuánto me deseas.

Un escalofrío de placer me sacudió de pies a cabeza. Sin dudarlo, llevé la mano a mi polla

dura y húmeda, empezando a acariciarme despacio. Mantuve mis ojos fijos en los de Sam mientras me masturbaba para él, exponiendo toda mi necesidad ante su mirada encendida.

—Así, muy bien… —murmuró, relamiéndose—. Me encanta verte rendirte a mí.

—Sam, necesito confesarte algo. No es la primera vez que me toco pensando en ti.

Su sonrisa se ensanchó.

—No me digas —susurró, apretando su propia polla y deseándome con la mirada—. ¿Cuándo?

—El otro día, cuando empezaste a tallar madera delante de mí por primera vez… —Me di un tirón en la polla que me arrancó un gemido.

—Recuerda que no puedes correrte, baby.

—Eres tan jodidamente sexy… Es una tortura.

—O sea que, mientras discutíamos, ¿tú ibas al baño a darte placer?

—Sam… —Aceleré el ritmo de mi mano—. ¿Y tú?

—La primera paja que me hice pensando en ti fue hace cuatro años —dijo, tocándose de forma más profunda sin apartar los ojos de mí.

No entendía.

—¿Cómo que hace cuatro años? —Bajé un poco el ritmo; estaba a un paso de correrme.

—La noche en el pub, ¿no lo recuerdas? Cuando hablamos —susurró, acariciándome los muslos y haciéndome soltar un gruñido de pura ansia. Mi puño no bastaba; lo quería dentro.

—Claro que me acuerdo. Fue la única vez que hablamos antes de este desastre.

—Quería follarte, William. Quería metérmela en tu culo allí mismo, en el baño del pub.

Dejé de masturbarme de golpe. Tenía los huevos a punto de explotar y… estaba en shock.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. Pero luego mencionaste a Elisa y supe que estabas con una mujer, así que lo dejé pasar.

—Ojalá lo hubieras hecho de todos modos.

Su mirada me atravesó.

—¿Te habrías dejado follar por mí en el baño de ese bar, con el lavabo clavado en tu espalda? ¿Habrías permitido que te poseyera aunque fuéramos rivales?

No respondí, ya estaba al borde del abismo. Él también cerró los ojos.

—William, eres mi perdición, baby.

—No paras de decirlo.

Sus palabras me arrancaron un gemido crudo. Retomé las caricias con más ímpetu, sintiendo cómo el deseo crecía bajo la atenta mirada de Sam. Entonces se inclinó sobre mí y atrapó mis gemidos en un beso salvaje que me dejó sin aliento.

Cuando se separó, ambos estábamos jadeando. Sam se acomodó entre mis piernas, guiando la punta de su polla de nuevo hacia mi entrada.

—¿Listo para mí? —preguntó, con la voz tensa por el deseo apenas contenido.

—Sí… por favor, fóllame —supliqué sin tapujos, temblando por la necesidad de sentirlo otra vez dentro.

Con un empujón firme, Sam volvió a hundirse en mí, arrancándome un grito de puro placer. Comenzó a moverse en seguida, con embestidas profundas y certeras que rozaban mi próstata a cada acometida. Yo seguí masturbándome, con el placer multiplicándose al doble estímulo de su polla y mi mano.

—Joder, estás tan estrecho… Me vuelves loco —gruñó Sam, acelerando y hundiéndose en mí con más urgencia.

Sentí el orgasmo formándose, los huevos tensándose, mi cuerpo rígido como una cuerda a punto de romperse.

—Voy a correrme…

—Córrete para mí, pequeño… Quiero sentirlo —ordenó con un gruñido primario.

Unas cuantas embestidas más y exploté. Me corrí con un gemido ronco, eyaculando caliente entre nuestros cuerpos sudorosos, un placer tan bestial que casi me hizo perder el sentido. Sam me siguió al instante, asestando un último empujón mientras palpitaba y derramaba su semen, que yo deseaba aún más, en mi interior. Permanecimos abrazados un largo rato, temblando por la intensidad del orgasmo, con nuestros alientos mezclándose. Cuando Sam salió de mí, solté un gemido final por la sensación de vacío. Se tumbó a mi lado y me atrajo contra su pecho fuerte, en un abrazo que era a la vez posesivo y protector.

—Joder, ha sido… increíble —susurró contra mi sien, la voz aún ronca de placer. Yo solo pude asentir, demasiado abrumado para responder. Me sentía ingrávido, como si Sam me hubiese consumido y llenado a la vez, dejando mi mente en calma absoluta.

Nos quedamos así, abrazados en silencio durante un tiempo indefinido, las manos deslizándose sin prisa por la piel sudada, regalándonos caricias y besos perezosos. Había una nueva intimidad entre nosotros, la sensación de habernos expuesto por completo, de haber compartido mucho más que nuestros cuerpos.

—¿Sabes? Es curioso —murmuré al cabo de un rato, apoyando la mejilla en su pecho musculoso—. Hasta hace nada nos odiábamos… y ahora estamos aquí, juntos. Parece un sueño.

Sam soltó una risa suave contra mi pelo, apretándome un poco más.

—No es un sueño. Es real. Quizá ha pasado todo muy rápido, pero… no me quedan dudas. Te quiero, William. Aunque seas un cabrón arrogante.

Me reí, dándole un pellizco juguetón en el costado.

—Y tú eres un cabezota orgulloso. Pero… también te quiero.

Nuestras miradas se cruzaron, cargadas de un entendimiento nuevo. No teníamos ni idea de lo que nos depararía el futuro ni cómo afrontaríamos el mundo exterior cuando saliéramos de nuestra burbuja.

SAM

Me desperté con su sabor en la boca. Me desperté con él encima. Joder. Estábamos desnudos y abrazados. William dormía tan tranquilo sobre mí, con el pelo revuelto por el sexo y una mano firme en mi cintura. Había olvidado lo que se sentía al estar así de completo. ¿De verdad podía estar tan enganchado a él en tan pocos días? Era como si toda la guerra que habíamos librado fuera un interminable y desesperante juego previo.

Le acaricié la espalda y William murmuró algo ininteligible. Seguía con los ojos cerrados, pero su mano descendió por mis abdominales hasta juguetear con mis pelotas. Mi polla ya estaba dura y palpitó al reconocer su toque, ese que me dejaba sin aliento. William empezó a masajearla con calma mientras se restregaba contra mi costado, sin abrir aún los ojos. ¿Qué me estaba haciendo este hombre? Viéndolo así, sin la coraza de ejecutivo, solo un chico al que podría… amar.

William aprovechó las gotas que brotaban de la punta de mi polla para lubricarla y siguió bombeándome a un ritmo lento, alimentando un deseo que me dolía.

—¿Quieres que te la chupe? —murmuró, abriendo los ojos para encontrar los míos, apoyado todavía en mi pecho.

—No.

Alzó una ceja.

—¿Y qué quieres, Sam?

—Quiero que me masturbes y me hagas correrme mientras me hablas. Quiero que me digas todo lo que sientes y todo lo que deseas, William, sin filtros. Que seas tú mismo, sin barreras.

William me miró con intensidad, con esos ojos oscuros que brillaban de un deseo más profundo que el simple sexo. Asintió despacio, como si estuviera dejando que mi petición se filtrase bajo su piel.

—Te deseo, Sam —empezó con un susurro grave, moviendo la mano despacio pero firme sobre mi polla—. Te deseo de una forma que jamás imaginé posible. Y no es solo por tu cuerpo, aunque seas el hombre más sexy que he visto nunca. Es todo de ti: tu talento, tu determinación, la manera en que me plantas cara y me desafías.

Tuve que tragar saliva, sintiendo el corazón golpear con fuerza ante sus palabras, tan brutales y sinceras. Sus ojos no se apartaban de los míos mientras seguía hablando y acariciándome, empujándome cada vez más cerca del límite.

—Quiero despertarme contigo al lado, pelear por quién hace el café, trabajar juntos en el taller, crear cosas bonitas. Quiero hacer el amor contigo hasta no saber dónde termino yo y empiezas tú. Quiero perderme en ti, Sam. Por completo.

Su puño se cerró con más fuerza, el pulgar rozando la punta hipersensible y repartiendo las

gotas que ya me humedecían. Gemí, arqueando el cuerpo contra su mano, encendido por sus caricias tanto como por sus palabras.

—Quiero sentir tu polla dentro de mí, esa polla grande que tienes.

Solté un jadeo y apreté las sábanas con la mano.

—Por qué… dímelo. Dime por qué la quieres. Dime la verdad, William.

Él aceleró el ritmo de la mano.

—Necesito que me folles, Sam. Me has hecho sentir… protegido.

Joder. Precisamente lo que yo quería ofrecerle: protección, confianza. Un lugar seguro donde pudiera ser quien era de verdad.

—No me conoces —le dije—. No lo suficiente. A veces soy…

—¿Cómo eres, Sam?

—Brusco. —Respiré hondo—. Hasta en el sexo… puede que lo que a mí me gusta no sea tu rollo.

William redujo un poco la velocidad solo para mirarme mejor.

—Basta, Sam. Te deseo. ¿Puedes aceptarlo? ¿Puedes aceptar que quiero todo de ti?

Cerró los ojos un instante.

—Entonces hazme correrme, peque. Hazme soltarlo todo, por favor.

William aumentó el ritmo de su mano sobre mi polla.

—Ah… Lo haces de puta madre, baby. Sigue así… quiero llenarte de mi leche…

Aceleró todavía más, mientras con la otra mano me estimulaba las pelotas.

—Mierda, casi… casi… no pares… —supliqué con la voz cada vez más rota.

Ahí estaba, volviéndome loco.

—No voy a parar, Sam. Quiero verte correrte para mí, quiero sentir tu placer —dijo William con un tono grave y cargado de deseo. Su mano se movía más rápido, empujándome al borde—. Te quiero con locura —prosiguió, con la mirada ardiendo al clavarse en la mía—. Lo quiero todo de ti, cabrón, ¿entiendes? Tu cuerpo, tu mente, tu corazón. Quiero que seas mío, por completo.

Esas palabras, sumadas a sus caricias, me hicieron explotar. Me corrí con un gruñido ronco, eyaculando caliente y abundante en su mano y sobre mi vientre. El placer me golpeó en oleadas intensas, dejándome tembloroso y sin aliento.

William continuó acariciándome con suavidad, alargando el clímax y susurrándome palabras tiernas contra mi piel sudorosa.

—Estás tan jodidamente guapo cuando te corres… me dejas sin respiración.

Cuando las últimas sacudidas se apagaron, me dejé caer de espaldas sobre el colchón, el corazón martilleando. William se inclinó para regalarme un beso lento y profundo.

Me rodeó con sus brazos y yo me aferré a él como a un ancla en medio del torbellino de emociones que me invadía. Había algo tan correcto, tan perfecto en estar así con él, piel contra piel, corazón contra corazón.

Al mismo tiempo, una parte de mí sentía pánico ante aquella intimidad, ante ese lazo visceral que notaba crecer entre nosotros. Me daba miedo soltarme por completo, confiar en él sin guardarme nada. Miedo a que pudiera romperme el corazón.

Como si lo adivinara, William me estrechó aún más y me besó la frente con una ternura que me sacudió por dentro.

—Estoy aquí, Sam. Contigo. No voy a irme a ningún sitio.

Me dormí así, acurrucado contra él, y fue maravilloso.

Al despertar, sin embargo, William ya no estaba. Se había levantado y me faltaba su calor.

—¿Dónde estás? —alcé la voz para que me oyera, con la puerta de la habitación abierta.

—¡Estoy preparando café! ¡No te muevas!

Me encantaba su voz. Me gustaba todo de él. Estaba jodido. Muy jodido con William. Me quedé esperando, dándole vueltas a lo absurda que era la situación, a cómo había huido a la cabaña para decidir si dejaba Winter Hollow y ahora me veía atado al hombre que había odiado durante años.

Eché un vistazo a la puerta. ¿Cuánto iba a tardar ese café?

Me levanté sin pensar en taparme. El calor de la chimenea era más que suficiente. Me giré en busca de William y lo vi en la cocina.

—¿En serio te has puesto los pantalones, William? Mala idea.

Pero mi sonrisa se esfumó al darme cuenta de que tenía esa expresión furiosa en el rostro y sujetaba… mi móvil.

—¿Ese es mi teléfono?

Por fin levantó la vista.

—Sí, es tu puto teléfono.

—¿Qué pasa? Relájate.

—No pasa nada.

Dejó el móvil sobre la encimera y se cruzó de brazos.

—No lo parece.

Con él siempre íbamos de cero a cien en un segundo.

De pronto soltó una carcajada, negando con la cabeza. No entendí nada, pero el estómago se me encogió.

—William.

—¿William qué?

—¿Me dices qué pasa?

—Anoche me dijiste que tenías miedo de que te estuviera engañando, de que todo fuera una maniobra planeada con Elisa. —Negó con la cabeza y se apartó—. Capullo.

No entendía nada.

—Te he dicho que confío en ti, joder. Nos pasamos toda la noche haciendo el amor, ¿por qué sacas ese tema ahora?

William se sirvió un vaso de agua.

—El que no puede fiarse soy yo.

No lograba seguirle el hilo. Cogí mi teléfono, porque estaba claro que se trataba de algo que había leído en él. Vi un mensaje de Matt en la pantalla de notificaciones. Seguro que William lo había visto y malinterpretado.

Leí lo que había escrito Matt:

“Necesito follar.”

Repasé el mensaje y pensé: “¿Dónde está el problema?”. Matt y yo nos lo contamos todo. Pero de pronto caí en la cuenta: William no sabía en realidad quién era Matt, ni que era hetero y estaba casado. Visto así, aquel mensaje podía parecer cualquier cosa menos inocente.

Miré a William, que seguía de espaldas fregando el vaso.

Me acerqué por detrás.

—¿Estás celoso de mí?

No respondió, pero su respiración se volvió más pesada.

—Matt es mi mejor amigo, es hetero. Lleva tres años casado. Está pasando una mala racha con su mujer y no tienen sexo desde hace cuatro meses. Así que con este mensaje, simplemente, me está diciendo que va a intentar arreglarlo esta noche, que es Nochevieja. O, si no lo consigue,

se hará una paja en el baño, como otras veces.

William se quedó inmóvil, la espalda rígida.

—¿Un amigo tuyo hetero?

—Exacto. —Me pegué a su cuerpo—. Volvamos a lo de que estás celoso.

—No estoy celoso, pero no quiero que me tomen el pelo. Para mí, esto no es solo sexo.

Mierda, iba al grano.

—¿Y qué te hace pensar que para mí sí lo sea?

—No puedo saberlo. Demuéstramelo, Sam. Demuestra que te importo de verdad.

—Como quieras. —Le agarré la nuca con firmeza y con la otra mano le bajé los pantalones. Tiré de él para separarlo de la encimera y lo incliné un poco hacia delante. Deslicé los dedos: su polla estaba dura y goteando.

—Vaya, aquí alguien está cachondo.

—Sam…

Yo también lo estaba, pero no tenía condones a mano. Me aparté para buscar uno y él gruñó.

—No te vayas, fóllame a pelo… Llevo un año sin acostarme con nadie. ¿Y tú?

—Yo, dos años.

A esas alturas, le abrí las nalgas y escupí mi saliva sobre su entrada. Volví a escupir en mi palma para aliviar la presión de mi propia polla, tan dura que dolía.

—Quieto. —Él se quedó inmóvil—. ¿Así que estás celoso, William?

—No.

—No lo niegues.

—¿Y si no, qué me harás, Sam?

—Si no, te follaré tan fuerte que olvidarás hasta tu nombre —gruñí contra su oído, presionando mi polla contra sus nalgas.

William se estremeció y empujó su cuerpo hacia atrás, hambriento.

—Pues hazlo —me retó con voz ronca.

Con un gruñido me acomodé y lo penetré de una sola embestida. Fui tan brusco que casi me corrí en el acto. Estaba estrechísimo, sus músculos se oponían, y yo empujé más para hundirme del todo. William gritó, arqueándose, con las manos aferradas al borde de la encimera. Lo llené hasta el fondo y solo paré cuando mis huevos chocaron contra su culo firme.

—Joder, baby, me vuelves loco.

William gimió, moviéndose, y empecé a follarlo con fuerza, marcando cada arremetida, haciéndole sentir la intensidad de mi deseo, la necesidad que tenía de él. Cada golpe directo a su próstata le arrancaba espasmos y gritos.

—Eres mío, William —le advertí, rodeándole el pelo con una mano y echando su cabeza hacia atrás—. Dilo. Di que eres mío.

—Soy tuyo —contestó sin vacilar, la voz quebrada por el placer—. Joder, Sam, soy tuyo. Solo tuyo…

Sus palabras me encendieron aún más. Aceleré el ritmo, dándolo todo, y sentí que ambos nos acercábamos al clímax. El orgasmo me subía por la columna, las pelotas se me tensaban, el placer se concentraba en mi espalda baja.

Le agarré la polla con un puño y empecé a masturbarlo con fuerza.

—Córrete, quiero tu semen… quiero lamerlo de mi mano.

Pero fui yo quien explotó primero, corriéndome sin preservativo dentro de él. Noté el chorro caliente saliendo mientras seguía aferrado a sus caderas. Eso desencadenó el orgasmo de William. Con un gemido ahogado, se derramó en mi mano.

Permanecimos así unos segundos, jadeando, con los cuerpos aún unidos y sacudidos por los temblores del clímax. Poco a poco, y a regañadientes, me separé, sintiendo al instante el vacío. Lo giré hasta acunarlo entre mis brazos y lo besé con todas mis fuerzas, queriendo transmitirle con ese contacto lo que sentía.

William se aferró a mí, devolviéndome el beso con la misma desesperación. Cuando nos separamos, apoyó la frente en la mía, los ojos cerrados y la respiración entrecortada.

—Perdona por dudar —susurró contra mis labios—. Es que… me da pavor perderte, descubrir que todo esto no es real.

Le acaricié la cara con ternura, levantándole un poco la barbilla para que me mirara a los ojos.

—No pienso irme a ningún lado.

Él asintió despacio, con una sonrisa que le iluminó todo el rostro. Nos besamos de nuevo, esta vez con más dulzura, sellando ese pacto silencioso.

Ambos sabíamos que no sería fácil. Había mucho de lo que hablar y obstáculos que superar. Pero, en ese momento, abrazados el uno al otro, supimos que juntos podríamos con todo.

Porque, al fin, nos habíamos encontrado.

Y estábamos exactamente donde debíamos estar.

WILLIAM



Me desperté envuelto en un calor que no solo venía de las mantas. Al moverme un poco, sentí algo firme y muy vivo pegado a mi costado.

Sam.

Dormía con un brazo rodeándome la cintura y la cabeza apoyada en el hueco de mi cuello. Desnudos, bajo las sábanas. Habíamos pasado toda la noche haciendo el amor. Y otra vez al amanecer, con una pasión que nunca antes había sentido, hasta quedarnos rendidos de puro agotamiento.

Una avalancha de imágenes me asaltó de golpe: sus manos, nuestros cuerpos buscándose como si encajaran a la perfección, su aliento caliente contra la almohada, palabras cargadas de fuego, momentos de pura adrenalina en los que sentí que podía venirme abajo… pero no fue así. Al contrario, me había sentido más vivo que nunca.

De pronto, mi estómago rugió con tanta fuerza que casi me dio un vuelco el corazón. Debía de ser cerca de la hora de comer, a juzgar por mi hambre y por la luz que entraba por las rendijas de la ventana. Busqué mi teléfono en la mesilla de noche: eran las 12:47.

Miré a Sam, temiendo que el rugido lo hubiese despertado. Pero seguía dormido, con el ceño fruncido y la boca entreabierta. Verlo así, tan diferente de su habitual aire de seguridad, me hizo sonreír. No era un sueño. Esa certeza me golpeó con una felicidad tan intensa que, por un instante, cerré los ojos y respiré despacio. En cuestión de días, habíamos pasado de ser enemigos acérrimos a compartir cama en mitad de una tormenta de nieve. Y lo más extraño era que me parecía lo más natural del mundo, como si toda la ansiedad, los deseos reprimidos y las mentiras hubieran quedado lejos.

Dudé un segundo sobre si despertarlo o dejarlo descansar. Intenté escabullirme despacio, pero en cuanto aparté un poco las mantas, Sam cerró la boca y murmuró algo, apretándome la cintura con fuerza.

—¿A dónde crees que vas? —gruñó con voz pastosa, abriendo apenas un párpado para mirarme—. Todavía no he terminado de dormir… ni de estar pegado a ti.

El corazón me dio un salto. Jamás habría esperado algo así de él, y fue como si me enganchara otra vez. Inútil fingir: estaba loco por ese hombre al que hasta hacía nada detestaba, y al que ahora no quería soltar ni un instante.

—Tengo hambre —confesé con un hilo de voz, como un crío pillado robando galletas—. Pero ya es casi mediodía y…

No me dejó acabar. Me atrajo aún más, hasta enredar nuestras piernas, y me besó con una lentitud perezosa, como si el tiempo se hubiera parado. Un beso mañanero, sin prisas, cargado de una ternura que todavía no sabía manejar. Su cercanía me resultaba demasiado tentadora,

demasiado sensual, demasiado…

—Ahora sí podemos levantarnos —susurró, apartándose apenas, con la frente apoyada en la mía y los ojos medio cerrados—. Yo también estoy muerto de hambre.

Le sonreí mientras me desenredaba de sus brazos, mordiéndome el labio. Empezaba a descubrir que lo cotidiano con Sam podía ser extraordinario. Estaba nervioso, pero lleno de un cosquilleo eufórico, como si flotara sobre las nubes. Tras salir a trompicones de la cama, nos turnamos en la ducha (con el altísimo riesgo de alargarlo todo otra hora, dadas las pocas ganas de mantener las manos quietas), y nos vestimos con lo primero que pillamos. Sam se apoderó de mi sudadera gris, que parecía su favorita, mientras yo me enfundaba unos pantalones de chándal suyos, un poco más anchos de lo necesario y con un sutil aroma… a él.

Me detuve un momento a contemplarlos. La idea de llevar puestos sus pantalones me sacó una sonrisa. De alguna manera, era como si me prestara parte de su espacio, de su identidad. «Tranquilo, no te montes películas», me repetí, aunque no pude reprimir un leve temblor de alegría.

En la cocina, Sam, con un gesto concentrado, empezó a hurgar en la nevera y en los armarios.

—Aún quedan un par de huevos, unas patatas y… oye, aquí hay un trozo de queso. Podemos improvisar algo, tipo tortilla o revuelto.

Me apoyé en la encimera, mirándolo buscar los ingredientes. Tenía el ceño relajado, y la sudadera se alzaba ligeramente cuando se agachaba, dejando ver parte de su abdomen. ¿En qué momento se había vuelto tan natural… y tan malditamente sexy?

—Vale, chef —respondí con un tonito burlón—. Soy un desastre cocinando, pero dime qué hago.

Él me lanzó una mirada pícara.

—Corta un par de patatas y ralla un poco de queso.

Me di cuenta de que aún llevaba el brazo vendado, aunque casi no me dolía ya.

—A la orden —dije, agarrando con cuidado un cuchillo para no cortarme. Mientras tanto, Sam batía los huevos y calentaba la sartén.

—No las quemes, por favor —bromeé, como si fuera todo un entendido.

Puso cara de fingida indignación, pero se acercó y me dio un beso rápido en los labios.

—Contigo cerca corro el riesgo de quemar no solo los huevos —susurró, con un tono que me puso la piel de gallina.

Me sonrojé y seguí cortando las patatas con una sonrisa boba. Nos lanzábamos pullas, intercambiábamos comentarios divertidos y algún que otro beso fugaz. Era todo tan… natural. Pensar en cómo habíamos dormido desnudos y enredados apenas unas horas antes me produjo un escalofrío delicioso. Respiré hondo y aparté esa imagen de mi cabeza, porque si no, nos darían las uvas sin comer.

No sé cómo lo logramos, pero veinte minutos después teníamos un plato de patatas salteadas con queso fundido y huevos revueltos, algo parecido a lo del día anterior, salvo que ahora no había rencores ni muebles ardiendo. Al contrario, parecía haber una complicidad única, como si el universo se redujera a nosotros dos urdiendo bromas en la cocina.

Nos instalamos en los taburetes de la isla. Mientras Sam se acomodaba a mi lado, vi cómo le brillaban los ojos con la satisfacción de haber cocinado juntos… y sentí que ese era el día más increíble de mi vida.

Nos zampamos la comida entre risas, algún que otro suspiro y comentarios sobre el exceso de sal. En un momento dado, Sam me lanzó —literalmente— un trozo de patata y lo cogí al vuelo

con la boca, riéndome como un crío. Cualquiera que nos viera habría pensado que éramos una pareja consolidada, de esas que se tiran pullas y juegan como dos enamorados. Pareja… una palabra que jamás habría usado para referirme a Sam y a mí, pero que ahora no me sonaba nada descabellada.

Al terminar, me estiré en el taburete y miré por la ventana. La nieve seguía cayendo, incluso más espesa, cubriendo todo con su manto blanco. Fuera debía de hacer un frío tremendo. Dentro, en cambio, el ambiente era suave y cálido, lleno de promesas aún sin pronunciar.

—En unas horas será Nochevieja —comentó Sam—. La última noche del año está a la vuelta de la esquina.

Lo sabía, claro. Pero oírlo en su voz me sacudió de pronto. Año Nuevo. Tendría que estar en mi casa, con Elisa y su fiesta descomunal, o tal vez en algún local de Winter Hollow bailando con desconocidos. Sin embargo, estaba en una cabaña perdida en la nieve con quien había sido mi peor enemigo, ahora convertido en la persona que más deseaba en el mundo. Imaginar pasar la Nochevieja con él me hizo sentir a la vez vergüenza y un subidón de emoción.

Sam notó mi desconcierto y me dirigió una mirada dulce y curiosa.

—¿Cómo quieres pasar la noche, William?

Sentí el calor subir a mis mejillas de golpe. Sabía que me estaba poniendo rojo, y Sam también lo percibió, ladeando la cabeza con una sonrisa divertida. Tenía razón: parecíamos dos adolescentes en su primera cita, aunque ya nos habíamos visto —muy— desnudos en más de una ocasión. Era un torbellino de contradicciones, y su pregunta me pareció un enorme interrogante para el que aún no tenía respuesta.

—Pues… esto… —balbuceé. En realidad quería decir: “Quedémonos aquí toda la noche besándonos junto a la chimenea”, o “Improvisemos una cena romántica”, o incluso “Pongámonos a tallar madera otra vez, desnudos, mientras fuera la nieve nos encierra en nuestro propio mundo”. Pero pronunciado en voz alta sonaba todo tan ridículo.

—Yo tampoco lo sé, Sam —admití, bajando la mirada un momento—. No tengo ningún plan. Es la primera vez que paso un fin de año sin un esquema, y…

—Y es la primera vez que estamos juntos, así —remató él con un tono suave.

Asentí, clavando mis ojos en los suyos. Por Dios, cómo me gustaban sus ojos… y ese aire serio que siempre lo acompañaba.

—Tranquilo —prosiguió Sam, colocando una mano sobre la mía con una naturalidad que me encogió el corazón—. Tenemos toda la tarde para pensarlo. A lo mejor podemos… no sé, cocinar algo rico, abrir una botella de vino, mirar la nieve por la ventana y luego podría comerte la polla hasta el fondo…

—Sam… —sentí un cosquilleo urgente entre las piernas—. Me estás torturando.

—Solo son sugerencias.

—¿Y si te digo que me da igual lo que hagamos, siempre que no dejes de besarme como antes?

Sam soltó una risa ronca y me apretó la mano con más fuerza. Se inclinó para darme otro beso rápido, lo bastante corto para dejarme con las ganas, pero tan intenso que me puso la piel de gallina. Al separarse, llevaba esa expresión pícara que tanto me enloquecía.

—Creo que no habrá problema, William —susurró. Y en ese momento comprendí que, fuera lo que fuera lo que tuviéramos pendiente con el pasado o con nuestros errores, encontraríamos la manera de afrontarlo juntos.

Dios, cómo conseguía ponerme la cabeza patas arriba.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mirándonos a los ojos, con las manos enlazadas,

mientras en el fuego seguía calentándose un cazo de agua que habíamos olvidado. Fuera, la nieve continuaba cayendo; dentro, el tiempo parecía suspendido.

No tenía ni idea de lo que me depararía el nuevo año. Ni de cómo lidiaríamos con lo que viniera, con Elisa, con mi trabajo, con todos los líos aún sin resolver. Pero, joder, si no era feliz de estar en ese preciso instante.

Sam apartó la mirada de la mía.

—Entonces, señor roba-mantas, ¿pensamos un menú de Nochevieja que no acabe en incendios? ¿O prefieres que empiece a meterle mano a ese cuerpo tuyo tan duro? —Me dio un beso rápido, mojándome los labios con la punta de la lengua—. No consigo separarme de ti, William. ¿Qué coño me has hecho?

Me mordí los labios para evitar sonrojarme.

—Lo mismo que tú me has hecho a mí —contesté con un nudo en la garganta. Y la chispa que vi en sus ojos me hizo temblar hasta las rodillas.

Sam se puso en pie y, tras recoger un poco, me guió a la mesa donde tallábamos la madera.

Era perfecto. Era justo lo que necesitaba.

Detrás de nosotros, la chimenea crepitaba, arrojando chispas y un calor que me recorría la espalda, pero mis ojos estaban fijos en el bloque de madera que sujetaba entre las manos. Tallaba un pequeño detalle y sentía que, con cada golpe de cuchillo, también iba desprendiendo las sombras de mi pasado. Al otro lado de la mesa, Sam se concentraba en lo suyo. Habíamos puesto de fondo una lista de villancicos con campanillas y coros, de esas que nos hacían reír de pura exasperación en cada estribillo. Me invadió una punzada en el pecho. En cuestión de días, todo había dado un vuelco. Ahora podíamos permanecer en silencio, cruzar una mirada y, aun así, sentirnos comprendidos. Estaba a punto de dejarme llevar por esa paz cuando un ruido fuerte llegó del exterior.

El rugido de un motor, y luego un chirrido de frenos.

Sam se tensó, dejó la gubia a un lado y se puso en pie.

—¿Quién demonios será?

Yo reaccioné al instante, como si temiera otro incendio o alguna desgracia. Solté el bloque de madera sobre la mesa y corrí tras él. Se abrió la puerta de la cabaña, y la nieve seguía cayendo con esa densidad gris que casi tapaba el cielo. En medio de la ventisca, distinguí una pickup oscura con el capó aún humeando por la carrera.

Del vehículo bajó Elisa.

Se me congeló la sangre al instante. Nunca la había visto tan furiosa: el pelo rubio le caía en mechones desordenados sobre el abrigo negro y tenía los ojos de hielo encendidos de ira.

—¡William! —bramó, dando un portazo—. ¿Se puede saber qué broma es esta? Lo he organizado todo para ti y te largas aquí, en mitad de la nada, con él. —Señaló a Sam con desprecio.

Sam dio un paso adelante, protector, pero no pensaba dejar que él cargara con mi culpa. Me adelanté un poco.

—Elisa, ¿qué haces aquí?

—Eres un crío —escupió, acercándose otro par de pasos—. He tenido que sonsacarle a Brian tu paradero, es el único amigo que te queda aparte de mí, y he venido directa.

Mierda, qué arpía.

—Tú no eres mi amiga.

Se acercó sin tocarme, pero intimidándome con cada paso como si fuera a golpearme en cualquier momento.

—Claro que soy tu amiga. Me preocupo por tu bien, niño. Pienso por ti. Te organizo una fiesta gigante para tus negocios, para que consigas contactos cruciales, ¿y tú? Te escondes en esta cabaña perdida. ¿Te has vuelto loco?

—¡Yo no te pedí nada! —repliqué, alzando la voz por encima del viento y de su furia—. No te pedí que organizaras nada. Siempre quieres controlarlo todo. Desde el primer día que nos conocimos, joder, Elisa, ¿no ves que habría hecho lo que fuera por ti? Estaba loco por ti, eras mi mundo. Pero luego me di cuenta de que no era amor. Era mi necesidad de demostrar que valía lo suficiente, lo que me hacía correr y correr tras lo que querías. Creía que tenía que ganarme tu cariño, como me enseñó mi padre.

Ella negó con la cabeza, sus ojos eran cuchillos clavados en mí.

—Cuéntate lo que quieras, crío. Te hice yo, William. Sin mí, seguirías siendo un adolescente vendiendo baratijas en mercadillos por cuatro perras. Hablé con decenas de contactos, te allané el camino al éxito y, ¿así me lo pagas? ¿Encerrándote en esta cabaña con ese tipo?

El tono con el que se refería a Sam me revolvió el estómago. Una rabia contenida durante demasiado tiempo brotó en mi interior. Di un paso y la señalé con el dedo.

—Basta. Se acabó el juego con tus normas. Tú no me "creaste": me manipulaste, me empujaste a hacer cosas que nunca quise. Me hiciste creer que mis peores partes eran las únicas que me definían. Y, francamente, no necesito el permiso de nadie para que brote mi talento. No quiero triunfar a base de trucos sucios. Es una mierda. Y lo sabes.

Elisa soltó un bufido despectivo.

—¿De veras? ¿Y dices eso ahora que tienes un montón de contratos gracias a mí? ¿Sabes que, mientras estás aquí, el alcalde te está esperando en tu casa? Podrías tirártelo si quisieras y sacar un pastón de la próxima obra municipal. ¿Y en vez de eso te encierras aquí… por quién exactamente?

Noté cómo buscaba provocar mi explosión. Me acordé de Brandon, de cuántas veces había hecho la vista gorda ante sus artimañas. Ya estaba harto.

—Lo acabas de decir tú —respondí, con la voz temblando de rabia y amargura—. Me convertiste en alguien como tú: un trepa que pisa a los demás para ganar. Pero esa imagen no es la mía. Me da asco. ¿Y sabes qué he descubierto estos días? Que ya no me importan tus tejemanejes, Elisa. Quiero salir adelante con mi talento real.

Ella puso los ojos en blanco con desprecio.

—Ay, pobrecito idealista, ahora te haces el santo. Bien contento que estabas cuando yo usaba mis métodos. ¿Te acuerdas de lo que hice con Brandon hace un año para averiguar la oferta de Sam? No te vi escandalizarte ni detenerme. Te vino de perlas, ¿no?

Se me secó la garganta y el corazón me retumbaba en el pecho. Su voz era un trueno en medio de la nieve.

—Pero te dejé, y fue duro de narices, porque siempre parecía que el culpable era yo. Aun así, este último año, mientras seguías gestionando mis cosas, intenté ser el hombre que tú y mi padre queríais: alguien que lo consigue todo sin pararse ante nada. ¿Y sabes qué? Me ha destrozado. Me he sentido como una mierda y ahora estoy... estoy libre.

Ella se lanzó hacia mí como para agarrarme, pero Sam se interpuso.

—Ni se te ocurra. No vuelvas a llamarlo crío. Ya no tienes nada que ver con William. —Inclinó la cabeza y la miró con frialdad—. ¿Me oyes, zorra? No es ninguna broma.

Un nudo me atenazó el pecho. Estuve a punto de romper a llorar y soltarle a Sam todo lo que sentía por él, tan loco y tan repentino. Nunca me había sentido así de protegido.

Elisa apretó los puños contra las caderas.

—¿Quién te crees que eres? ¿Os creéis que encerrándoos aquí váis a solucionar vuestros problemas? William tiene que volver conmigo, para la fiesta, para sus negocios. Esto que tenéis no va a ninguna parte, sea lo que sea.

Su arrogancia me sobrepasó. Di un paso al frente, apartando a Sam con cuidado, y me encaré con ella. Sentía el viento helado en la nuca, pero la sangre me ardía.

—Elisa —solté, notando el temblor de furia en mis pupilas—, ya no decides nada. No pintas nada en mi vida. Te despido. No eres mi representante, ni mi asesora… Y desde luego no eres mi amiga ni mi pareja. No quiero verte. Desaparece de mi puta vida.

Ella se quedó clavada, con los ojos como platos, sin procesar lo que acababa de oír.

—No tienes ni idea de lo que dices. Piénsalo: si hablo con tus clientes y suelto cómo lograste tus trabajos, estás jodido. ¿De verdad crees que Sam podrá salvarte? ¿Crees que alguien te lo va a perdonar?

Reprimí una sonrisa amarga.

—No, no lo creo. Sé que tendré que rendir cuentas por mis errores. Pero, a estas alturas, prefiero empezar desde cero sin ti, antes que seguir fingiendo ser otro. ¿Y sabes qué? Si lo pierdo todo, al menos habré sido honesto conmigo mismo. Y si puedo reconstruir algo, será con mi verdadero talento, no con tus tácticas de manipuladora.

La nieve nos golpeaba la cara, el viento hacía volar los mechones de Elisa en todas direcciones, y ella parecía un animal arrinconado. Crucé la mirada con Sam y encontré la misma determinación salvaje en sus ojos. Éramos un equipo, una alianza reciente pero más sólida de lo que nunca habría imaginado.

Elisa apretó la mandíbula y soltó una carcajada breve y venenosa.

—Ojalá disfrutes haciendo el papel de fracasado, William. Desde luego, estáis hechos el uno para el otro: dos ingenuos jugando a ser artistas. Adiós.

Se dio la vuelta, avanzando con las botas por la nieve. Subió a la pickup, que patinó un par de veces en el lodo helado antes de arrancar con un rugido y desaparecer en la cortina blanca.

Nos quedamos allí, contemplando las huellas que se alejaban, hasta que el estruendo del motor dejó de oírse. El corazón me latía como si fuera a reventar y me faltaba el aire. Por un instante, temí venirme abajo, darme cuenta de que acababa de romper con la vida que conocía.

Pero me giré hacia Sam, y sus ojos me acogieron como un refugio seguro.

Él no dijo nada. Solo me puso la mano en el hombro y me apretó con suavidad. Agarré esa mano, aferrándome a aquella estabilidad que empezaba a llamar “nosotros”. Tenía un nudo en la garganta, pero conseguí hablar con un hilo de voz:

—Se acabó.

Sam me besó el cuello y susurró:

—Para ti, cielo, esto no ha hecho más que empezar.

EPÍLOGO: SAM

—¿Echas de menos la cabaña? —preguntó William, mirándome mientras daba vueltas por mi piso. Habíamos regresado apenas unas horas antes y, la verdad, yo sentía exactamente lo mismo. Llevábamos allí tantísimos días, aprovechándonos de forma indecente de nuestra necesidad de reencontrar el equilibrio... y de amarnos. Aquella escapada de Nochevieja se había convertido en... un mes entero. ¿Una locura? Pasamos un mes aislados, saliendo solo para buscar provisiones básicas y poco más. El resto del tiempo lo invertíamos en follar, cocinar platos deliciosos (bueno, yo cocinaba) y tallar madera casi desnudos... antes de volver a tocarnos, follar y, en definitiva, vivirnos sin prisas.

Había sido increíble. La experiencia más intensa de toda mi vida. El problema era lo enganchados que estábamos. Ya no soportaba pasar ni una hora sin él. Y William parecía igual: deambulaba sin rumbo para acabar inevitablemente junto a mí. Necesitaba mi cuerpo, ni que fuera para rozarme; necesitaba mis ojos, que no dejaban de desearlo.

Había llegado el momento de retomar nuestras vidas. Nuestros ayudantes (en mi caso solo tenía uno) habían mantenido abiertos los talleres, pero todo estaba prácticamente en pausa, como congelado desde antes de nuestra marcha. Bueno, "todo" menos... Elisa, que había estado friendo a llamadas a William durante días, hasta que él bloqueó su número. También nos aseguramos de cambiar las contraseñas que ella conocía; no fue sencillo con el móvil en una mano y la señal de internet fallando, subidos a sillas para encontrar cobertura. Pero, al fin, la dejamos fuera.

—William. —Alargué el brazo para rodearle la cintura y detenerlo—. Tranquilo.

—Estoy tranquilo.

—No lo parece.

—Ya estamos de vuelta en Winter Hollow.

Me até el pelo en un moño improvisado.

—No cambia nada.

—¿Tú crees?

—Depende de nosotros.

William me miró con esa intensidad suya que me arrancaba pedazos de alma cada vez, dejándome sin palabras.

—El trabajo... tengo que organizarme ahora que Elisa ya no está en el ajo.

—Te las apañarás de sobra.

—¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—Te fuiste a la cabaña para decidir si volvías a Nueva York.

Suspiré y lo atraje hacia mí.

—¿Me tomas el pelo? ¿Adónde crees que iría sin ti?

William asintió y soltó un suspiro de alivio.

—O sea, que te quedas.

—Claro que sí. Y, de hecho, se me ha ocurrido una idea. —La llevaba barajando desde la cabaña—. ¿Te acuerdas de las piezas que hicimos allí?

—Esas que ahora invaden tu taller.

—Podríamos organizarnos una expo conjunta y venderlas.

William se echó ligeramente atrás.

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente. No estoy proponiéndote montar una empresa a medias, pero sí colaborar en algunos proyectos. Y esas creaciones son perfectas para empezar. ¿Cuánto hace que no montas una exposición para vender tus propias piezas?

—Ni me acuerdo. A Elisa no le parecía rentable.

—¿Entonces?

—Me parece una idea genial.

—Va a salir bien, confía. Vamos a hacer que funcione. Lo digo por todo.

William se acercó y me besó con ternura, pero su cuerpo pedía más. Lo sentía en cómo se apretaba contra mí, con esa erección que rozaba la mía. Se restregaba y yo apretaba la mandíbula, porque sentir su polla contra la mía me volvía loco. Necesitaba cerciorarse de que, aunque hubiéramos salido de la cabaña, seguíamos siendo "nosotros".

Le quité el jersey y le mordí un pezón, haciéndolo gemir.

—Eres mío, baby, también aquí.

—Entonces fóllame, Sam, por favor.

Lo besé y lo arrastré hasta mi habitación, frotando su polla por encima de los pantalones.

—Desnúdate.

William se quedó completamente desnudo, con la polla dura y húmeda, suplicando mi boca. Me quité la ropa y me tumbé en la cama.

—Tú, de pie.

William abrió los ojos sorprendido.

—¿Y qué hago?

—Dímelo tú. Hoy mandas tú, William. Pídeme lo que quieras para ponerme a cien.

William me miró con deseo, con los ojos oscurecidos de pasión. Vaciló un instante, como saboreando el poder que le estaba dando. Luego, con voz ronca y firme, dijo:

—Tócate para mí.

Un escalofrío de puro placer me recorrió. Sin dudarlo, llevé la mano a mi polla, ya dura, y empecé a acariciarme despacio. No aparté la mirada de la suya mientras me masturbaba, ofreciéndome por completo a su mirada hambrienta.

—¿Así está bien?

William se pasó la lengua por los labios.

—Ahora, cariño, tócate atrás y métete los dedos, uno a uno.

Tragué saliva, notando la respiración acelerada. Sin pensarlo dos veces, humedecí mis dedos y los llevé a mi entrada.

Un escalofrío me sacudió en cuanto noté el primer roce.

Con cuidado, introduje un dedo, suspirando de placer al sentirlo. Empecé a moverlo dentro y fuera, sin dejar de mirarlo.

—Así, muy bien… —gruñó William—. Ahora otro. Quiero verte meterte dos.

Gemí, desesperado de tanto deseo; la doble estimulación de mi polla y mi próstata me estaba volviendo loco.

—Estás precioso así —añadió, acariciándose lentamente.

Me metí un tercer dedo, follándome con ellos y fantaseando con que fuera su polla la que me llenara. Sabía que le estaba ofreciendo un espectáculo obsceno y maravilloso, a juzgar por su mirada incendiaria.

—Joder, voy a correrme… —le advertí.

William se acercó a la cama, sin dejar de tocarse.

—Para, Sam. Quiero que te corras dentro de mí.

William se acomodó a horcajadas sobre mí, dirigiendo la punta de mi polla hacia su entrada ya lista. Despacio, fue dejándose caer, haciendo que lo penetrara centímetro a centímetro. Echó la cabeza hacia atrás con un gemido profundo en cuanto estuve completamente dentro, con sus nalgas encajadas contra mis caderas.

—Joder, Sam... yo…

Detuve el movimiento de mis caderas y sujeté sus costados con ambas manos. ¿De verdad iba a pasar? ¿Se atrevería a decirlo en voz alta? Yo sabía que lo amaba, coño. Llevaba semanas sabiéndolo.

William respiraba agitadamente.

—Te amo, Sam.

—Yo también… Yo también te amo.

Empezó a moverse sobre mí, cabalgándome con un ritmo lento y sensual que me volvía loco. Tenía las manos apoyadas en mi pecho, y sus ojos, clavados en los míos, rebosaban una intensidad que casi me dejaba sin aire.

—Tu polla es una pasada, Sam. Joder, me encanta.

Un espasmo de puro placer me recorrió con tanta fuerza que olvidé decirle que mi polla lo quería solo a él, para siempre. Notaba sus músculos cerrándose a mi alrededor cada vez con más fuerza.

—Voy a correrme ya, baby. Voy a llenarte… no aguanto más.

Me corrí con un gruñido ronco, vaciándome dentro de William en largos chorros calientes. Él me siguió apenas un segundo después, derramándose entre nuestros cuerpos con un gemido ahogado. Nos mecimos juntos, entregándonos a las últimas sacudidas del orgasmo y aferrándonos el uno al otro como si la vida nos fuera en ello. Cuando por fin los espasmos se aplacaron, William se desplomó sobre mí y escondió el rostro en la curva de mi cuello. Lo envolví con mis brazos, acariciándole la espalda sudorosa y besándole la sien con infinita ternura. Podía sentir su corazón latiendo al mismo compás que el mío.

—Te amo tanto que me da miedo, Sam.

Le levanté la barbilla con dos dedos y busqué su mirada. Sus ojos brillaban de emoción. Sonreí con suavidad, acariciándole la mejilla.

—¿Te mudas conmigo?

William rodó de costado y se separó lo justo para verme mejor.

—¿Cómo?

—Te hago una pregunta sencilla, así que contesta con sinceridad.

—Habla…

—¿Serías capaz de pasar una sola noche lejos de mí? Porque yo no. Ni de coña, baby. Ni siquiera puedo imaginármelo.

William me contempló unos segundos, con los ojos muy abiertos y el aliento contenido. Casi

podía ver cómo bullían sus pensamientos: la sorpresa, la emoción, la esperanza… Al final, una sonrisa temblorosa asomó en sus labios.

—No, no podría estar lejos de ti ni una noche. No después de lo que hemos vivido.

Sin vacilar, lo atraje contra mí y lo besé con todo el amor y la pasión que me ardían por dentro.

—Entonces quédate conmigo, peque —murmuré sobre sus labios—. Ven a vivir aquí. Hagamos de este sitio nuestro refugio, nuestra cabaña. Juntos.

EPÍLOGO: WILLIAM

Poner la mesa no debería ser tan complicado. Sin embargo, ahí estaba yo —William, treinta años (vale, veintiocho, tal y como Sam se empeña en recordarme con esa sonrisita burlona)—, en mitad del salón, pasando platos y cubiertos de un lado a otro por tercera vez. La mesa ni siquiera era grande: de roble, construida por Sam con sus propias manos mientras yo tallaba las decoraciones. Era el orgullo de esta casa que, ahora, también era la mía, pero la contemplaba como si fuera la primera vez que invitaba a alguien a cenar.

Sam, con una sudadera enorme y el pelo rubio suelto, estaba trajinando en los fogones con un delantal absurdo —decorado con un árbol de Navidad, pese a que estuviéramos ya a finales de febrero—. Me daba la espalda mientras removía algo en una olla. En un momento dado se giró y me lanzó una mirada divertida.

—William, es la tercera vez que pones la mesa. ¿Piensas marear a nuestros invitados o qué?

Puse los ojos en blanco, apretando la servilleta como si esperara que me contestara:

—No es culpa mía si estoy nervioso. Y, además, esta cena es una locura. ¿De verdad teníamos que invitarlos a todos la misma noche?

Sam apagó uno de los fuegos y se volvió hacia mí, con la cuchara de madera aún en la mano. Al ver su sonrisa, noté que se me relajaban los nervios… y, a la vez, algo se encendía dentro de mí.

—Claro que sí. Brian tiene la culpa de habernos juntado y habernos hecho enamorar en esa maldita cabaña, y le prometí que lo celebraríamos juntos. Y Matt… bueno, es mi mejor amigo, y después de decirle que planeaba irme a Nueva York por tu culpa, creo que va siendo hora de que entre vosotros haya un acercamiento. Lleva semanas evitándote, y a mí no me molesta tomarme unas cervezas con él, pero en cuanto salgo por la puerta y pienso en ti y en tu culo perfecto, se me disparan los nervios.

Fruncí el ceño. Sabía exponer sus razones de forma muy convincente.

—Matt me odia.

Sam sonrió, volviendo a remover lo que fuera que estaba preparando.

—No te odia, solo es… protector conmigo. Al principio pensaba que eras mi archienemigo, sobre todo con todo lo que pasó entre nosotros. Cuando le dije que estábamos saliendo, su primera reacción fue preguntarme si había perdido por completo la cabeza. Para él, resultaba imposible entender que me hubiera liado con el tipo que me había quitado tantas comisiones.

Resoplé, apoyando los codos en la mesa.

—¿Le contaste todo? Lo de las jugarretas sucias, Elisa, que nos hicimos daño pero al final descubrimos que nos queríamos…

Sam dejó la cuchara y se acercó a mí con una sonrisa mezcla de diversión y ternura. Me

rodeó la cintura con un brazo y tiró de mí. Sentí su calor incluso a través de la ropa, y no pude evitar devolverle la sonrisa, aunque lo que pretendía era mostrarme un poco malhumorado.

—Sí, se lo conté todo. Y ahora sabe de sobra que te amo.

Un escalofrío me subió por la espalda al oírlo. Aunque lleváramos semanas viviendo juntos y hubiéramos dejado atrás el follón con Elisa, y aunque nos hubiéramos consumido cuerpo y alma, cada vez que Sam decía "te amo" mi estómago daba un respingo. O quizá fuera el corazón.

—¿Qué hora es? —pregunté, separándome con reticencia y echando un vistazo al reloj de la pared—. Deberían llegar en cualquier momento.

Sam asintió, sacando el pan del horno, y un golpe de calor se extendió por la cocina.

—Sí, Matt me ha dicho que está al caer. Y Brian suele ser puntual, así que en nada sonará el timbre.

Como si fuese una profecía, el timbre sonó. Nos miramos un segundo para asegurarnos de que la cocina no fuera un caos —dentro de lo posible, claro— y fui yo a abrir la puerta. Ahí estaban, con los abrigos llenos de nieve y las mejillas rojizas por el frío: Matt y Brian. Al verlos, noté un nudo de ansiedad en el estómago. Matt era alto, pelirrojo y un tanto desaliñado, con el ceño fruncido. Brian lucía barba de varios días, ojos vivaces y una sonrisa que contagiaba.

—Eh… —los saludé, haciéndome a un lado—. Adelante.

Brian sonrió, sacudiéndose la nieve de los pies en el felpudo.

—Está nevando de la leche.

Matt entró tras él y me dirigió una mirada que solo podía describir como… recelosa.

—Hola.

Una sola palabra. Bueno, podría ser peor.

Se quitaron los abrigos y las bufandas. En ese momento apareció Sam desde la cocina, cuchara de madera en mano, como si formara parte de su anatomía. Los saludó con un gesto animado, tratando de parecer lo más amable posible.

—Chicos, ¿una cerveza?

Beber nos pareció la mejor solución. Al cabo de un rato, Matt se arrimó a Sam.

—Entonces, nada de Nueva York, ¿no?

Noté un deje sarcástico en su voz.

—Efectivamente. —Sam miró hacia donde estaba yo y le devolví la mirada con una sonrisa.

Nos sentamos a la mesa. Sam sirvió el estofado y nos colocó delante unos cuencos humeantes. Teníamos jazz de fondo, y me pareció que Matt lo aprobaba (al menos movía la cabeza al ritmo, así que quise pensar que sí). Brian empezó a contar la historia del sofá que habíamos quemado y, para cuando nos dimos cuenta, las risas ya habían disipado la tensión.

—Digo yo —intervine, asomándome a la ventana—, estamos a finales de febrero y aún veo luces navideñas por todas partes. ¿Tiene algún sentido?

Sam soltó una carcajada desde el otro extremo del salón.

—William, esto es Winter Hollow. Aquí la Navidad es casi una locura colectiva.

Brian se dejó caer en el sofá, cruzando las piernas en plan relajado.

—¿Sabíais que el año pasado dejaron las luces encendidas hasta abril? Y el anterior, hicieron una votación para decidir si los árboles de Navidad se quedaban todo el año en los espacios públicos.

Matt asintió con seriedad.

—Y la propuesta se desestimó por solo cinco votos. Increíble.

La conversación derivó en anécdotas descacharrantes sobre la obsesión navideña de Winter Hollow. Matt recordó la vez que el anterior alcalde apareció en una reunión oficial con un jersey

navideño lleno de luces parpadeantes, mientras Brian describía un concurso para el belén más original, con ovejas de verdad y un par de sustos con cabras.

Nos reímos tanto que, por un momento, olvidé mis nervios. Era alucinante cómo el hielo inicial se había derretido, dejando paso a un ambiente cómplice y relajado. Incluso Matt se veía menos tenso, atreviéndose a bromear con Sam.

Después de cenar, Sam me tomó de la mano y me llevó hasta la repisa donde teníamos las dos piezas de madera que habíamos tallado juntos en la cabaña. Él había tallado un árbol increíblemente detallado, y la mía era una pequeña zorra en posición agazapada, con el hocico levantado hacia el árbol.

—Quedan bien aquí, ¿no crees? —preguntó, pasándole el dedo por encima.

—Sí —asentí, sintiendo un nudo de emoción—. Son perfectas.

Me giré para mirarlo y encontré en su rostro una sonrisa tan llena de amor que me faltó el aliento. Sam me atrajo todavía más, como si el resto del mundo no existiera. Fue un beso lento, dulce, cargado de todas esas cosas que apenas expresamos con palabras.

—Gracias —musité contra sus labios, sin saber exactamente por qué lo agradecía: tal vez por haberme cambiado la vida, o simplemente por ser él.

Sam me contempló con esos ojos tan profundos y luminosos, y supe en ese instante que poco importaba lo que nos deparara el futuro. Habíamos encontrado nuestro sitio, juntos, y con eso bastaba.

—Te quiero, William —me susurró el que fuera mi rival, mi amor, con una sonrisa capaz de calentarme hasta en el día más frío. Y mientras fuera la nieve seguía cayendo, cubriéndolo todo de un silencio invernal, entendí que, al fin, tenía un hogar. De verdad.

MANTENTE EN CONTACTO CON LA AUTORA

ELLIS NYX es una autora de romance MM.
Puedes escribirle a: ellisnyxauthor@gmail.com.
Síguela en Amazon en la página de autora de Ellis Nyx.